



*Colgada
en
Nueva York*

Erina Alcalá



COLGADA EN NUEVA YORK

Erina Alcalá



Primera edición en *ebook*: Febrero, 2021

Título Original: Colgada en Nueva York

© Erina Alcalá

© Editorial Romantic Ediciones

www.romantic-ediciones.com

Diseño de portada: Olalla Pons - Oindiedesign

ISBN: 9788418616143

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



Dedicada a mis lectores.

*Después de que te vuelves adulto,
te das cuenta de por qué
Peter Pan no quería crecer.*

CAPÍTULO UNO

Nerea González estaba en la puerta del piso número 25 del edificio de una de las avenidas de Manhattan donde vivía su amiga de Málaga, Adriana Sánchez, llamando a su puerta sin que nadie le respondiera. Eran las diez de la noche. Había llegado a Manhattan hacía apenas dos horas y atravesó la ciudad en un taxi desde el aeropuerto, en busca de su amiga.

Había hablado apenas la semana pasada con Adriana desde Málaga y le dijo dónde estaría, la dirección que revisó dos veces, bajando y subiendo en el ascensor y preguntando al portero. Se estaba impacientando, ya que Adriana no contestaba al teléfono tampoco, le saltaba el contestador las quince veces al menos que la había llamado.

—No, señorita, no la he visto, apenas acabo de entrar a mi turno —le dijo el portero.

—¿Pero la conoce?

—Claro que conozco a la señorita Adriana Sánchez, es la única extranjera del edificio.

—Bueno, subo de nuevo y la espero en la puerta.

—Si sabe algo de ella, es mi compañero de la mañana, pero claro, hasta mañana...

Y allí que cargó de nuevo con las dos maletas y el bolso de mano hasta el ascensor.

Adriana vivía bien, era una ejecutiva de un despacho de *marketing* en Manhattan. A veces viajaba, ¿no se habría ido sin decirle nada? O quizá habría tenido un viaje de improviso y allí no tenía cobertura o estaba en una reunión... Pensó mil cosas.

Se estaba impacientando.

La semana anterior cuando hablaron, no mencionó nada de irse a algún viaje. Por eso ella quiso ir y darle una sorpresa. Iba a quedarse en Estados Unidos, encontrar una buena editorial para sus novelas, aunque en Amazon sus novelas se vendían como rosquillas, no podría pagarse un piso de ese nivel en Manhattan, pero bueno, buscaría en otra zona. Y buscaría un trabajo de chef a media jornada, le encantaba la cocina y probar platos nuevos, lo tenía como una afición, pero podría hacer esos dos trabajos a la vez.

Había hecho un curso de cocina especializada. O también podría buscar en un instituto dar clases de castellano o de literatura americana, de lo que había realizado su máster. Pero eso le iba a resultar más complicado y quizá era mejor empezar desde abajo, aunque intentaría todo. De eso estaba segura.

Ya había discutido lo suyo con su madre y su padre, divorciados ambos y con parejas y ninguno quería que se fuera tan lejos, aunque su mejor amiga estuviese allí.

Nerea había hecho algunas sustituciones en institutos, bajas de maternidad, bajas...

En total, casi dos años, pero necesitaba el máster para las oposiciones y pensaba hacerlo cuando su amiga la animó a irse porque allí en Estados Unidos no se necesitaba ese máster. Solo con tener un trabajo podía acceder más adelante a dar clases en alguno. Y se le metió el gusanillo. Y con el dinero ahorrado en esos dos años, al final consiguió que sus padres cedieran y con veintiséis años, se hallaba sola esperando en la puerta de su amiga.

Se quedó sentada en una de las maletas y puso la cabeza en la pared entre el piso de su amiga y el de al lado, esperando por si venía Adriana. La llamó de nuevo al móvil y siempre le salía el contestador.

Estaría hasta las doce, si no, llamaría a un taxi y se buscaría un hotel cerca para esa noche, quizá estuviera pasando la noche fuera.

Estaba cansada de tantas horas de vuelo, y eso que durmió en el avión como una cosaca. Bueno, a esperar un par de horas. Estaba muerta de hambre.

Taylor Larsson era alto, guapo y rico, tenía un cuerpo espectacular con su 1,88 de altura y hasta tenía un chofer.

Había heredado una empresa de publicidad y *marketing* en el centro de Manhattan de cinco pisos. Era de las mejores. Estaba más que satisfecho de que su abuelo se la dejara. No tenía más nietos, solo tenía un hijo, su padre, que era un cirujano prestigioso en el hospital Monte Sinaí, y su madre que era enfermera y vivían también en Manhattan, pero en una zona distinta. No muy lejos de él.

Al dejarle su abuelo la empresa y retirarse a los Cayos de Florida con su abuela, él tomó las riendas de la empresa, modernizó todo lo que estaba obsoleto, pintó, cambió mobiliario y con sus conocimientos y trabajo la empresa y subió como la espuma. Claro que, a base de jornadas de trabajo de muchas horas y ganas. Y a sus veintinueve años era un todoterreno.

Iba con su chofer a casa esa noche, estaba cansado. Había sido un día intenso de trabajo y reuniones.

—¿Está cansado, señor? —le dijo Peter, el chofer.

—Sí, Peter, hoy ha sido un día largo. ¡Maldita sea! —le dijo, acordándose de algo.

—¿Qué pasa, señor?

—Que quedé con la chica de servicio a las ocho y son las diez. Me la recomendó un amigo de mi padre.

— Quizá lo esté esperando aún.

—¡Joder! Ahora tengo unas cuantas celebraciones en casa y la necesito las veinticuatro horas.

—Tiene espacio en casa.

—Sí, pero me temo que la he perdido. Mañana ya veré llamarla de nuevo.

Cuando llegó al piso 25, salió del ascensor y vio a una chica joven, morena y de pelo largo, adormilada sobre dos maletas.

Le dio pena, la pobre había esperado casi dos horas. Estaba esperando entre la puerta de al lado y la suya con la cabeza apoyada en la pared.

—¡Hola!

Y ella dio un respingo.

—Perdona, se me ha pasado la hora. Te he dejado tirada dos horas. Menos mal que me has esperado, te necesito sobre todo por las fiestas que tengo que dar para la empresa, te agradezco que estés aún aquí.

—Pero yo, yo... —balbuceó Nerea.

—Soy Taylor Larsson y tú eres... —le dijo, extendiéndole la mano.

Ella se levantó y se alisó la falda.

—Nerea González —lo saludó.

—Ya no recordaba el nombre, cuando el amigo de mi padre te recomendó no presté atención, lo siento. Ha sido un día duro.

Abrió la puerta de al lado de la de Adriana.

—Vamos, Nerea, pasa y te enseño el trabajo y la casa. Tengo que dejarte las instrucciones dadas para mañana.

—El trabajo... —dijo ella.

Ese hombre la había confundido, pero bendita confusión, y cogió sus maletas y entró, a ver qué le deparaba el destino en esa casa. Al menos hasta que su amiga contestara al móvil.

—¡Dios mío! —dijo sin pensar al entrar.

—Sí, es sorprendente, ¿verdad?

—Es una pasada. —Taylor rio, se quitó la chaqueta y entró en lo que debía ser un dormitorio.

Entró de nuevo a esa inmensidad de salón en dos pisos, con dos escalones que lo separaban, con un ventanal alucinante, y unas vistas y una terraza a la ciudad que ya quisiera ella cuarto y mitad de ese piso.

Era elegante, tenía cuadros y sofás, mesas y una cocina abierta al salón que era una inmensidad. Una mesa de comedor para doce comensales.

—Esto es...

Lo sé, demasiado grande para ti, pero te pagaré bien. Además, tienes tu espacio propio y comida gratis.

—Sí —dijo ella.

—Ven por aquí, trae las maletas, te lo explico todo y tomamos algo. Ya mañana te ocupas tú de todo. ¿Has visto?, esto es la terraza, enorme, si tengo invitados solemos salir, estas mesas se abren y hay asientos de sobra. Aunque la gente suele estar de pie.

—Ya lo veo.

—Las flores, tendrás que regarlas. Se me van a secar. La señora que tenía se fue la semana pasada.

—No se preocupe.

—Bueno, has visto el salón comedor y la cocina. Dos aseos y el despacho. —Y se los enseñó.

—Es todo enorme.

—Sí, ahora, a este lado tres puertas. Te enseñó mi cuarto que da a la avenida y a la terraza, como mi despacho al otro lado del salón. Necesito luz.

Su cuarto era... por Dios... ¿Cuántos botes de perfume y cremas tenía ese hombre espectacular? Un vestidor con más de 100 trajes, camisas corbatas, relojes... Horroroso.

—Mira, esta percha es solo para la ropa del tinte, por eso está vacía. Si te dejo algo en ella la llevas al tinte. El portero te dirá dónde está, un poco más abajo en la avenida.

—Bien. Entendido.

—El resto de la ropa la dejo en el cubo del baño, creo que ya hay para un lavado o dos.

Ya ni hablaba del baño que ese hombre tenía. ¿Para qué?

—Tendrás que limpiar en unos cuantos días, ya lleva como te digo una semana sin hacerle nada al piso.

—No pasa nada.

—Este es un cuarto de invitados, al lado mío, todo completo, vestidor y baño, cama grande. —Era su cuarto, pero la mitad.

—Bien.

—Por si se queda algún invitado.

—Y esta es tu zona. La puerta da frente a la cocina, pero tienes luz por el otro lado de la avenida. Es una *suite*, pequeña. Un saloncito con todo lo imprescindible, un dormitorio, vestidor y baño.

—¡Qué bonito! Es como un apartamento pequeño.

—Tienes un espacio como despacho, al lado de la televisión bajo la ventana, un par de sofás y sillón, y una puerta entre el salón y la parte del dormitorio. Estos botones son por si te llamo,

tienes uno en el dormitorio y otro en la sala. Y tienes que venir.

—Ya, claro.

—Tienes de todo. Si te falta algo, me lo pides.

—No creo.

—Salvo que cenarás o sola o conmigo, depende de si tengo invitados.

—Vale.

—Y este cuarto es el de limpieza y colada.

—Estupendo.

—Nerea, ¿no?

—Sí, señor Taylor —dijo ella muy puesta.

—Taylor, solamente.

—Me cuesta.

—Bueno, te acostumbrarás.

—¿Qué te parece?

—Perfecto, voy a meter mis maletas.

—Ahora sales, mañana colocas todo y si necesitas plancha tienes el cuarto.

Dejó las maletas y el bolso y salió de nuevo al salón.

—El apartamento tiene 600 metros cuadrados.

—Supongo que sí.

—Pero suelo desayunar fuera y comer también, así que solo harás la cena a no ser que te llame y tenga que cenar fuera por algún motivo.

—Muy bien.

—Tienes que darme tu DNI.

—Vengo de España. —Taylor se quedó pensativo.

—Pasaporte para hacerte el contrato, no me importa de dónde seas mientras hagas tu trabajo.

Y ella se lo dio. Taylor entró al despacho e hizo unas copias. Y volvió a dárselas.

—Mañana te lo traigo, lo firmas y te quedas con una copia del contrato de trabajo. Son 3000 dólares mensuales, porque eres interna y si te necesito más horas... pero una vez que limpies, no tienes tanto trabajo. Puedes hacer lo que quieras cuando acabes tu trabajo.

«Eso sería perfecto, mejor que buscar por ahí...», pensó ella.

—¿Qué tipo de comida le gusta?

—No soy delicado.

—Toma.

Y le dio una lista de bebidas que debía comprar.

—Cuando tenga una fiesta te daré la lista de lo que quiero.

—Bien.

—¿Sabes cocinar bien?

—Sí, señor, tengo un curso de chef, no necesitaré a nadie.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Ni camareros?

—¿Para qué? las bandejas pueden ponerse en las mesas, la gente no es manca, ¿no?

—Tienes razón.

—Bueno, de momento compruebas si faltan productos de limpieza y sobre todo las bebidas, la comida... Las compras con esta tarjeta y el tinte. Tienes que darme tu número de cuenta para el

ingreso de tu nómina. —Y ella se lo dio. Lo juntó con la copia del DNI y el pasaporte—. Bien, esta tarjeta tiene 5000 dólares, espero que tengamos para comer los dos cada mes. Si hago fiesta o celebración, te lo dejo en efectivo junto con la lista.

—Perfecto.

—¿Y ahora qué hay?

Y abrió la nevera y lo miró...

—No hay nada —dijo Nerea.

—No, lo siento. Voy a pedir chino y comemos.

—¿Puedo darme una ducha mientras traen la comida?

—Llamo y me doy yo otra. Da tiempo.

—¡Ah, Nerea!

—Dígame, señor.

—Estas son las llaves, tómalas. Si se te olvidan, el portero tiene otras, abajo hay un súper y nos traen la compra. Y esta es la tarjeta de la empresa y mis teléfonos. Solo urgencias. Este es el de la casa. Necesito el tuyo. —Nerea se lo dio.

—Creo que está todo.

—Pues nada, una ducha y mañana empiezas.

—Tardaré al menos tres o cuatro días en dejar esto totalmente limpio. Es muy grande.

—Lo sé, no te preocupes.

¡Ah, Dios!, se metió en su *suite* y se dio una ducha, estaba muerta, y tenía ganas de pillar la cama.

Mientras comían...

—La cena siempre a las diez, suelo venir tarde.

—No pasa nada, en España comemos a esa hora.

—El desayuno no lo necesito, siempre que tenga café en la cafetera, es lo único que necesito por las mañanas.

—¿A qué hora?

—A las siete en punto, cuando haya venido del *gym* y me haya duchado.

—No hay café.

—Pasado mañana, entonces.

—Bien.

Quién era, ¿Superman? Ella ya estaba agotada.

Al final se dieron las buenas noches, ella recogió lo de la comida y de momento se marchó a dormir.

Mañana no iba a poner alarma ni nada de nada.

—Nerea...

—Sí, señor.

—Tienes el domingo libre y el sábado por la tarde, si no salgo, me dejas la cena.

—¡Está bien!

¡Ah, Dios! ¡Qué felicidad!

Lo sentía por la chica, pero ese trabajo con ese sueldo y poder tener una casa y escribir unas horas sus novelas en cuanto terminara la limpieza, era suyo. Y tenía para escribir sábados y domingo, perfecto.

Había sido una suerte. Lo malo es cuando se enterara de que no era la chica, quería tener en sus manos ya su contrato; sabía limpiar, cómo no, sabía hacer de comer, comprar y, sobre todo, tiempo para seguir escribiendo sus novelas.

Era perfecto.

Y se quedó dormida a plomo.

Al día siguiente, se levantó a las nueve de la mañana. Muy tarde para el horario americano, pero bueno, la casa era suya. Primero iba a salir a desayunar. Iba a mirar si había trajes para el tinte y hacer una buena compra que se le la llevaran mientras ella se traía lo necesario de la limpieza para la cocina que era lo primero que iba a limpiar, aunque todo estaba reluciente; solo había un poco de polvo.

Llevó dos trajes al tinte y puso una colada. Tenía la cesta de la colada llena. La dejó puesta y salió primero al tinte y luego se metió en una cafetería a desayunar.

Se había puesto unas mallas cómodas, unas zapatillas y una camiseta.

Era mediados de abril y no tenía frío, hacía buena temperatura e iba a limpiar.

Después de un buen desayuno, subió de nuevo la avenida y entró en el supermercado y preguntó si le llevaban la compra, así que estuvo un buen rato para llenar la nevera, más la lista de bebidas que le había dado Taylor. Llenó dos carros. Fruta, zumos, café, congelados, carne, pescado; todo para una semana al menos y algunos perecederos.

Y la limpieza que se la llevó ella a casa y el portero la ayudó hasta el ascensor.

—No se preocupe, si me van a traer la compra del señor Taylor.

—¿Trabajas para él?

—Sí, me llamo Nerea.

Menos mal que era el otro portero, no el de la noche anterior.

—Yo me llamo Marc, si necesita algo, lo que sea, aquí estoy.

—Gracias. se lo agradezco. Que me suban la compra cuando lleguen.

—Muy bien, señorita...

—Nerea, Marc.

Cuando llegó a casa, abrió el balcón para ventilar la casa, así como todas las ventanas y puertas. Se puso a limpiar la cocina. No tardó mucho, y aunque era enorme con la isla, taburetes y demás, solo tenía un poco de polvo.

Abrió todos los cajones y puertas y los dejó abiertos para ventilarse.

Cuando colocara todo, limpiaría el suelo de la cocina.

Aún no le habían traído la compra y limpió la puerta de entrada. Como era bajita, buscó unas escaleras en el cuarto de la limpieza, que utilizó para la cocina. Limpió el salón enorme que tenía y la terraza, regó las plantas y solo quedaba de todo el suelo del salón.

Llegó la compra y empezó a colocar los enseres.

Cuando acabó, eran las tres de la tarde y tenía hambre, así que se hizo una ensalada de pollo y un café.

Iba a fregar todo ese suelo con una mopa y un líquido especial, ya que el suelo era de madera, excepto la terraza, que la limpió con la fregona. Y limpió los cristales del gran ventanal.

Cuando terminó, estaba muerta. Recogió la colada, hizo la cama de Taylor y se metió en la cocina a hacer la cena.

Al día siguiente recogería lo del tinte y haría las habitaciones.

Casi en dos días podía terminarlo.

Hizo una paella para dos y medio o tres, porque Taylor era un tipo alto y suponía que tendría hambre al llegar.

La tapó, se dio una ducha y descansó.

Ya no podía hacer nada más ese día. Estaba muerta.

Dejó su *suite* abierta y se recostó en el sofá de su saloncito. No iba a poder escribir en dos o tres días, pero al menos iba pensando en la trama.

Cuanto más a gusto estaba, le tocaron el hombro.

—Nerea. —Ella saltó del sofá.

—No te asustes, mujer, soy Taylor, acabo de llegar.

—Me he quedao dormida, perdón.

—No me extraña, la casa está perfecta y la nevera llena, y hay arroz, con una pinta...

Ella sonrió.

—¿Pongo ya la mesa?

—Sí, comemos juntos.

—Pero yo puedo comer aquí.

—No me gusta comer solo. Venga, me doy una ducha y mientras pones la mesa del salón.

—Voy.

—Huele estupendamente la casa a limón.

—Sí, es un ambientador que he comprado.

—Pues me gusta cómo huele.

—Me he gastado una pasta en el súper.

—No pasa nada.

—En el cajoncito de la entrada está el tique y el de la tintorería que lo he pagado por adelantado. Mañana lo recojo.

—Habrás visto que tengo la ropa por colores.

—No, hoy no he entrado a las habitaciones, mañana, y ya a diario voy dando un repaso. Y un día, a fondo.

—¡Ah, vale!, pues intenta colocarme la ropa por colores.

—De acuerdo.

—Soy un poco maniático en el orden y, bueno, ya me conocerás.

Ya quisiera ella conocerlo...

—Firma el contrato. —Y sacó del maletín su contrato. Le dio uno y otro se lo quedó él.

—Toma esta tarjeta. Es porque eres extranjera, por si te la piden, es un visado por trabajo, la das como señal de que trabajas aquí.

—Vale.

—Bueno, me ducho.

—Pongo la mesa.

—Solo para los dos.

—Bien. —Ella cogió un mantel pequeño y puso la mesa preciosa, organizada, la ensalada en medio y la paella para echar en los platos, dos copas. Ella tomó agua y para él no había puesto nada, el pan, servilletas, los cubiertos en orden.

Y cuando salió Taylor con un olor estupendo y con un chándal de algodón gris que no dejaba nada a la imaginación y una camiseta igual, pensó ella que iba a tener problemas. No era de piedra.

—¡Madre mía, Nerea! ¡Qué mesa!

—Sí, me gusta la decoración hasta para la comida, ¿qué va a beber?

—¿Has comprado el vino que te encargué?

—¿El tinto o el blanco?

—El blanco con el arroz.

—Se lo traigo, y le llevo la botella y el abridor.

—Bueno, vamos a probar esto que has hecho. Tu primera cena. Si no me gusta, te despido... — dijo riendo.

—Aún está a tiempo.

—Vamos a comer, mujer. Ummm, ¡qué bueno está! Es arroz con pollo y gambas, almejas, mejillones...

—Es paella.

—¿Paella española?

—Bueno, hay muchas clases de paella, iré variando los ingredientes cuando la haga.

—¡Me encanta!

—Y la ensalada de aguacates con olivas y tomates pequeños. Este aceite...

—Es de oliva. Es un poco más caro, pero mejor para el colesterol, además, no voy a utilizar grandes cantidades y merece la pena para las comidas.

—Deberías ser chef, Nerea.

—Soy chef, hice dos cursos en España, por *hobby*.

—¿Por *hobby*? ¿Y entonces a qué te dedicabas?

—Soy profesora de castellano y literatura americana. Y escribo novelas románticas.

—¿Para alguna editorial?

—De momento las publico en Amazon.

—¿Y te da para vivir?

—En España, sí, aquí, ya veré, de todas formas, seguiré escribiéndolas en español.

—Vaya, tengo una escritora chef en casa. Y una profesora.

—Sí.

—¿De dónde eres?

—De Málaga.

—¿Y cómo te enteraste del trabajo?

—Cuando me lo encontré en el pasillo, me metió dentro.

—Menos mal que eres sincera.

—¿Por qué?

—Porque la chica que iba a contratar estuvo dos horas esperando, se fue y tiene otro trabajo. Si no, tendrías que irte.

—No me dio tiempo de decirle nada, iba a ver a una amiga. Vive en la puerta de al lado, pero no doy con ella.

—¿Sigues queriendo el trabajo?

—Sigo, sí, me gusta, voy a tener tiempo de escribir y limpiarle la casa, la comida...

—Me encanta la zona, el horario y el sueldo.

—¡Está bien, Nerea!, porque no me gustan las mentiras.

—No dije ninguna, no me dejó decir nada. O eso, o me iba a un hotel.

—Bien, vamos a ver.

—Sí.

—¿Tienes veinticinco años? —le preguntó mientras comían.

—Sí, veinticinco cumplí el mes pasado, en marzo.

—¿Has ido a la universidad?

—Sí, hice literatura. Se lo acabo de decir.

—¿Y no puedes dar clases?

—Bueno, estaba estudiando el máster, me faltaban las oposiciones para entrar en un instituto, aunque puedo entrar en uno privado sin oposiciones. Pero quise venirme aquí y me costará más encontrar un instituto, aunque lo intentaré, tengo a mi amiga Andrea. Y me gusta escribir. Y cocinar. Usted es una sola persona, si fuese una familia, no podría estar trabajando con usted. Sería demasiado trabajo para mí para poder hacer otras cosas. Pero mientras, puedo quedarme con usted.

—Y te quedarás. Te necesito ahora. En dos semanas hago una reunión de amigos, el viernes.

—¿Sí? ¿Para cuántos y qué desea?

—Pues canapés, ¿sabes hacerlo?

—Claro.

—Pues canapés y algunos platitos, pinchos y champán, no hay otra bebida que esa.

—¿Cuántos serán?

—Unos quince.

—Puedo con ello.

—¿En serio?

—Sí, ¿a qué hora?

—A las ocho, la hora de la cena.

—Tendré preparado todo. Meteré el champán en el enfriador de botellas.

—Te diré la marca.

—Vale, y la cantidad.

—También.

—No se preocupe, saldrá estupendamente.

—Cogeremos el salón y la terraza, la cocina y el aseo. El resto de las habitaciones estarán cerradas —dijo Nerea.

—Bien. Me parece perfecto.

—Yo me ocupo.

—¡Qué bueno está esto! Mejor que en el restaurante donde suelo comer.

Y ella rio.

—¿Y tus padres? —le preguntó Taylor.

—Están divorciados. Mi padre es ingeniero. Nos dejó cuando era pequeña, tiene otra mujer. Mi madre también tiene otra pareja. No se llevan muy bien que digamos. Y mi madre tiene una perfumería en el centro. Es suya.

—¿Y con quién vivías?

—Con ella, pero no aguantaba su humor, aunque la quiero mucho, nos contábamos todo. Y me vine con mi amiga Andrea, que no me contesta el teléfono, quizá esté de viaje.

—¿No tenías novio ni dejaste a ningún chico?

—Sí, lo dejé hace unos meses. Estoy libre. Como el viento. Y la distancia me vendrá bien.

—Eres graciosa, pero hablas bien inglés.

—¿Cuántos idiomas sabes?

—Solo inglés y castellano, ¿y usted?

—Tú, Nerea, de tú.
—¡Está bien! Sé cuatro, además francés y alemán. Puedo practicar contigo el castellano.
—Si quieres... —le dijo en castellano—. Pero no en alemán. Ese es complicado para mí.
—Un poco, sí. ¿Qué tenemos de postre? Porque ya no puedo más.
—Café y tarta, fruta, yogurt...
—Fruta.
—Fresas, plátano, naranjas, uvas, arándanos, manzanas, melocotones...
—¡Qué variedad!
—Y café por la mañana.
—Ummm, eso lo necesito. Prefiero un plátano.
—¿Café no?
—No, esta noche no me apetece.
—¿Ni tarta?
—Tampoco, la dejamos para mañana, a no ser que tú quieras.
—Quiero, sí.
—Pues venga.

Retiró los platos y le dio un plátano; ella se sirvió un trozo de tarta.

Cuando acabaron, él entró y se lavó los dientes; lo oía. Mientras, ella recogía todo, metió todo en el lavavajillas y recogió la cocina.

Y se levantaría temprano a hacerle el café recién hecho, mientras se duchaba al venir del *gym*.

—Me voy un rato al despacho, Nerea. Voy a trabajar. Gracias por la cena, ha estado buenísima.

—Pues si no me necesitas me voy a la cama, estoy muerta. ¿A qué hora quieres el café?

—A las siete.

—Bien.

Puso el reloj a las siete menos cuarto, se dio una buena ducha y se acostó a plomo. Estaba que le dolían todos los huesos del cuerpo.

El reloj le sonó y se levantó desorientada, pero al momento supo dónde estaba. Se puso unas mallas limpias y otra camiseta, y le preparó el café. Cuando salía del dormitorio, estaba listo.

—¿Con azúcar?

—Solo.

—Esa es mi taza.

—¿Manías?

—Sí. —Rio él.

—Espero que no se me rompa.

—Tendremos que comprar otra igual. —Y sonrió.

Se tomó el café y cogió su maletín.

—¡Hasta la noche, Nerea!

—¡Hasta luego!

Ese hombre estaba demasiado bueno. Vivir sola con él iba a ser un problema para ella tan enamoradiza, pero claro, un hombre así, tendría mujeres a montones.

Eso sí, era cercano y bueno, al menos con ella, y respetuoso.

La dejaba libre hacer el trabajo. Esperaba no arrepentirse.

Volvió a llamar a su amiga y nada, no contestaba. ¿Dónde se habría metido?

Menos mal que Taylor la confundió; la otra chica encontró otro trabajo y ella tuvo la mayor suerte del mundo, aunque sabía que no iba a ser su futuro, no iba a ser limpiadora. Si su madre se enterara, la mataría.

Pero con suerte sería un lugar donde estar con un buen sueldo hasta encontrar un trabajo de profesora, que es lo que su madre siempre le aconsejaba, que se dedicara a escribir novelas, eso que no lo dejara, pero que al menos diera clases, que le encantaba también. La cocina era una afición. Ella también lo sabía.

Pero mientras no hubiera otra cosa, tendría que quedarse en casa de Taylor. Ya iría enviando currículum hasta encontrar lo que necesitara.

Iba a hacer una lista —después de la limpieza—, de todos los institutos cercanos. De momento descansaría y a ver si aparecía Andrea por algún lado.

Le dolían todos los huesos, también iba a hacer un poco de ejercicio, aunque fuese correr avenida arriba y abajo. De momento le quedaba limpiar esa casota que tenía el señorito Taylor. ¿Para qué querría una casa como esa si venía de trabajar a las diez? Además, con solo dos dormitorios, el otro era para el servicio y una cocina que hacías ejercicio nada más darle la vuelta a la isla.

Los ricos no sabían en qué gastarse el dinero, la verdad.

Se hizo el desayuno. A media mañana, tendría que buscar un hueco para recoger los trajes del tinte, o antes o después de comer, ya vería.

Con gusto se acostaba de nuevo un par de horas, pero quería terminar la casa cuanto antes para poder llevar su vida como quería, hacer ejercicio en cuanto le pusiera el café, volver, desayunar, la casa, un par de horas y ponerse a escribir. Comer y hacer la cena y escribir, enviar currículum y así serían todos los días.

Más adelante saldría los fines de semana a conocer la ciudad, cuando tuviera algo de dinero, ya se había gastado parte en el vuelo y no quería quedarse sin nada.

Solo tenía lo que había ganado en esos dos años descontando lo que se había gastado en ropa y en salir, así que tenía que mirar bien en qué se gastaba el dinero que tenía y que iba a ganar de momento en ahorrar algunos meses.

Esa era la solución, ahorrar unos meses, ya tendría tiempo de salir después. Además, ahora no tenía ganas de salir, sino de avanzar en el trabajo de las novelas, tenía una buena racha y no iba a desperdiciarla.

—Bueno, ya basta, a trabajar —se dijo.

CAPÍTULO DOS

Bueno, ya no iba acostarse, quería terminar de limpiar todo, así que se preparó un buen desayuno y empezó por la habitación de Taylor, ordenando todo por colores y en plan militar. El vestidor y el baño. Quitó hasta el nórdico, las cortinas, toallas y sábanas. Hizo la colada y como nuevo todo. La perfumó y cerró las ventanas.

Y cuando tuvo su habitación lista, se metió en la de invitados, e hizo lo mismo. Las puertas, ventanas y suelos.

Solo quedaba el suyo y el despacho, pero iba a salir a por los trajes y luego haría los aseos y el despacho, la comida y poco más.

Al día siguiente haría la suya.

Al volver, se preparó un sándwich de pavo y una coca cola, necesitaba energía.

Hizo lo previsto, ducharse y lavarse el pelo y se tumbaría de nuevo.

Ya al día siguiente su *suite* y el siguiente ya empezaría después de un repaso a escribir.

Esa noche pasó como la anterior, hizo una ensaladilla rusa y filetes de pollo empanados.

Y a él le encantó y se tomó cerveza. Se metió en el despacho como siempre y ella se marchó a la cama.

Y por fin terminó la limpieza.

Ya era cuestión de darle a todo un poco cada día, en unas dos horas, hacer la compra un día a la semana, ir al tinte y preparar la cena.

El resto del tiempo era para ella. Así que se hizo un plan, ya que su amiga ni aparecía.

Iba a correr por las mañanas, se traería la ropa del tinte y la compra el día que tocara, dos horas de limpieza, y sobre las once se pondría a escribir sus novelas.

Dedicaría hora y media a buscar editoriales, aunque no era tan importante como buscar institutos privados para dar clase de castellano y enviaría su currículum allí. Porque en Amazon ganaba un sueldecito.

Escribiría, prepararía la cena y así transcurrían sus vidas durante esas dos semanas que pasaba con Taylor.

Este estaba contento con ella, de cómo tenía arreglada la casa tan grande y de la comida.

El primer sábado y el domingo no salió de casa, tan solo fue a correr y por la tarde a dar un paseo.

Taylor dijo que salía de la ciudad el sábado temprano, y que volvería el domingo por la noche, así que tenía la casa para ella sola. Llamó a sus padres y se dedicó a escribir y adelantar la novela que había empezado en Málaga. Ya le quedaba corregirla y enviarla a la plataforma.

Taylor no le dijo dónde iba, tampoco tenía que darle explicaciones. Seguro que se había ido de fin de semana con alguna mujer. Seguro que sí. Era un hombre elegante, educado al menos con ella, simpático y demasiado trabajador, no se quejaba, y a veces bromeaba con ella.

Nerea estaba contenta con él, no le preguntaba lo que gastaba, le encantaba la comida que le hacía y siempre alababa cómo estaba la casa y cómo olía. Pero a pesar de haber ido a la universidad, nunca se fijaría en una chica como ella, tenía veintinueve años, cuatro más que ella, seguro que le gustaban las mujeres altas y guapas a rabiar.

¡Ag! ¡Qué rabia no estar a la altura de un hombre como ese! A veces Taylor quería hablar durante la cena en castellano y ella lo corregía, sobre todo en los verbos.

Vino el domingo por la noche, ya cenado y tarde. Ella lo oyó entrar solo, sobre las doce. Ya estaba acostada.

Por la mañana...

—Recuerda que este viernes tenemos la pequeña reunión.

—Sí, lo sé, me tienes que dejar la lista.

—Te la hago esta noche. Te dejaré tres mil dólares en efectivo, ten cuidado.

—¿Tres mil?

—Sí, el champán es caro.

—Bueno, intentaré ahorrar en otras cosas.

Ya sabía que el viernes no trabajaría en la novela, se dedicaría enteramente a la limpieza de la casa, iría a la compra y se metería en la cocina.

Pero el martes, a eso de las doce, estaba escribiendo una novela nueva cuando Taylor la llamó desde el despacho. Nunca la llamaba.

—¡Hola, Nerea!

—¡Hola, Taylor!, ¿qué pasa?

—Necesito que me traigas a la oficina unos documentos, me los he dejado encima de la mesa del despacho.

—Voy para el despacho.

—Son tres carpetas negras.

—Sí, aquí están.

—Mira bien los nombres que te doy.

—Sí son estas.

—Coje la tarjeta que te di para la compra, vienes en un taxi y me las traes, paga con la tarjeta y a la vuelta coges otro para regresar.

—Está bien, voy a vestirme e iré lo antes posible.

—Gracias, Nerea.

—De nada.

¿Qué iba a ponerse? Hasta ahora solo había utilizado mallas y chándal, pero no iba a ir así a su despacho. Se puso un vestido estrecho con mangas a la sisa, color verde como sus ojos. Por encima de la rodilla, estrecho. Se peinó, se dejó el pelo suelto caer por casi la cintura, ya que siempre tenía una cola alta más cómoda para el trabajo y para escribir, y se maquilló a la carrera un poco y se perfumó; se puso unos tacones altos verdes igual que el vestido y el bolso, las carpetas, la llave. Lo llevaba todo.

El portero le pidió un taxi y en media hora estaba en la empresa.

—¡Dios qué enorme!

Miró el nombre de la empresa en la entrada más amplia que una estación de tren y fue directa a los ascensores. Eran cinco pisos, pero pararía en el primero, el 20, ya le dirían dónde estaba el jefe.

En el 25. Debía ser su número de la suerte. Recorrió varios pasillos con cubículos y gente trabajando que la miraba. La recepcionista le había dicho dónde estaba.

Director. Esa era la puerta.

Llamó y le contestaron:

—Pase.

Y ella entró.

—Taylor —dijo ella.

—Pasa, Nerea. —Pasó, dejando un rastro de perfume fresco. Él la vio distinta, pero no hizo comentario alguno, aunque la vio preciosa y no le pasó desapercibido.

—¡Hola!, no he podido llegar antes.

—No te preocupes, llegas a tiempo. —La miró de arriba abajo y fue la primera vez que la vio como una mujer, preciosa. «¡Joder, Nerea!», pensó. Tenía unas piernas preciosas y estaba guapísima.

—¿No estaba fuera mi secretaria?

—No sé, Taylor, no la he visto, ni he preguntado. He visto el cartel de director en la puerta y he llamado. Ahí tienes las carpetas.

—Te presento a Jacob, mi abogado.

—Encantada, señor Jacob.

—Solo Jacob. —Y ella se sonrió. Era guapo también y Taylor se sintió incómodo.

—Bueno, me voy.

—Vale, nos vemos en casa. Toma un taxi para regresar.

—Vale. Encantada, Jacob.

—Lo mismo digo, Nerea.

Y salió del despacho. Cogió un taxi y se enfrascó de nuevo con sus novelas, aunque tomó algo antes. Luego, haría la cena.

Cuando Nerea salió del despacho...

—¿Quién es?

—Nerea, la chica que me cuida la casa.

—Esa chica no te cuida la casa, es demasiado fina, ¡qué suerte tienes, cabrón!

—Me cuida la casa, solo que hubo un error, es profesora de literatura, chef, y escribe novelas.

—¿En serio? ¿Qué tipo de novelas?

—Románticas.

—Cuando vaya el viernes, le digo cómo se llama para comprarlas, por si tiene algún pseudónimo.

—Por Amazon.

—Me da igual, es un bomboncito, me gusta.

—Olvídate, es mi chica.

—¿Tu chica de qué?

—De casa.

—Se irá, ¿lo sabes? Ha ido a la Universidad, es profesora, no se va a quedar a limpiarte la casa, amigo. Tiene más clase que eso.

—Sí, lo sé, tiene un buen currículum.

—Estará buscando algún empleo como profesora. Yo lo haría, ser profesora y escribiría en mi tiempo libre.

—Lo sé, vamos a lo nuestro.

—Tío. Es que está buena, es guapa, educada, me gusta. Ese pelo...

—Deja eso.

—¿Por qué? ¿No tiene días libres?

—Sí, el sábado por la tarde y el domingo entero.
—Ah, pues la invitaré el viernes cuando vaya.
—No creo que sea buena idea, Jacob.
—Es una mujer, tú tienes a Sonia, ¿o te gusta? ¡Te gusta!... ¡Qué cabrón!
—Sonia es un pasatiempo y Nerea es la chica de la limpieza y no me gusta.
—Pues lo siento por ti si te gustan los pasatiempos, a mí Nerea, si no te gusta de verdad, la voy a invitar. Si me dices que te gusta, no la invito.
—No me gusta.
—Pues Nerea no es un pasatiempo para mí. No he pensado eso por un instante, me ha gustado de verdad, ha sido como... un flechazo.
—Anda, venga, aquí tengo las carpetas. Empecemos.

¡Qué guapo era el abogado!, iba pensando Nerea mientras iba a casa en el taxi. Había visto dos hombres guapos y ninguno estaba a su alcance. ¡Vaya mala suerte!

El viernes, cuando se levantó temprano, salió a desayunar fuera y con la lista de bebidas más la que ella hizo para los canapés, se trajo todo lo que iba a necesitar, hasta servilletas decoradas, unas flores para los rincones, y en un bazar encontró cazuelas y paellitas, que ya era raro.

Preparó toda la casa y tomó algo sobre la una.

Fue sacando las bandejas y colándolas en las mesas con las copas y servilletas en bandejas más pequeñas, dejando espacio para las bandejas de la comida.

Una paella, unos cuantos solomillos al *whisky* con patatas y eso lo metería en las cazuelas y paellitas.

Ahora los canapés, pinchos, con jamón y queso, y aceite de oliva en pan, pinchos de melva con mayonesa y pimientos rojos cocidos, pincho de salmón con queso fresco, aceitunas en cuencos, verdes y negras.

Y los canapés se los inventó de queso de untar y de fuagrás, con gambas peladas, salmón, coco rallado por encima y virutas de chocolate, mezcla de dulce y salado. Y una guinda encima.

Eran preciosos metidos en las tartaletas.

Iba a sobrar comida, pero hizo cinco bandejas de pinchos, otras cinco de canapés y otras tantas de cazuelas con un tenedorcito y de paella igual.

Después, había comprado unos dulces pequeños de bocado y bombones de chocolate negro en la mesa de la cocina para ponerlos de postre, las bebidas preparadas y cuando lo tuvo todo, quedaba una hora; Taylor estaría al venir.

Se dio una ducha, recogió todo y repartió las bandejas, excepto la de los postres, la caliente y las bebidas, y se dio una ducha. Se hizo una cola alta, se maquilló, sus zapatillas, mallas y camiseta negras, y se había comprado un delantal precioso, negro con lunares rojos como las servilletas, los platitos y bandejas y tartaletas.

Las flores rojas y blancas repartidas en jarrones.

Pensó que todo estaba maravilloso. Y olía perfectamente.

Solo había esperar en su *suite* a que fuesen llegando los empleados.

Se dio un susto de muerte cuando salió Taylor de su habitación.

—¡Dios mío, qué susto!

—Te llamé, pero sentí la ducha.

—Sí, estaba arreglándome.

—Y yo. He visto esto por encima, pero me fui a arreglarme directamente.

—¡Qué bien huele!

—Gracias, Nerea, tú también. Seguro que podrás con todo.

—¿Está todo listo?

—Solo sacar las paellas y colocarlas en las bandejas, tengo que calentarlas dos minutos, lo mismo con el solomillo y las patatas, mientras van comiendo los canapés. Luego los voy poniendo en las bandejas y las reparto por las mesas.

—La verdad, esto está de lujo. Has comprado flores y este mandil...

—A juego con las servilletas y las cazuelas.

—¿Puedo probar?

—Solo de este plato. —Y sacó un gran plato de la nevera.

—¡Ah, bruja, has guardado!

—Sí, siempre dejo algo por si acaso, como ahora.

—Venga, come uno.

Y comieron uno cada uno.

—¡Dios qué bueno! No puedo perderte.

—Bueno, si encuentro un instituto, puedo traerle la cena y las comidas de empresa, siempre que sean viernes tarde y fines de semana, pero para la limpieza, será otra.

—No quiero que te vayas, Nerea, si acabas de venir. Y escribes tus novelas, ¿no estás bien?

—Estupendamente.

—¿Entonces? —Y él la miró—. Tienes razón, eres una chica de universidad. Sería egoísta por mi parte.

Llamaron a la puerta.

Ella abrió saludando a las personas y Taylor también.

Jacob llegó el último.

—Ya estoy aquí. ¡Hola, Nerea!, estás muy guapa con esos lunares como con el vestido.

—Sí. —Rio ella.

—Déjala, Jacob.

—No pienso dejarte en toda la noche —le decía bajito Jacob.

—Tengo que poner las cosas.

—Bueno, mientras comen.

Y cerró la puerta. Taylor fue abriendo las botellas de champán y echando en las copas junto con ella.

Se las llevó a la encimera para ir rellenando más, y que no faltara en las bandejas. De paso, retiraba las vacías.

—¿Qué has hecho aquí, mujer? ¿Esto lo has hecho tú?

—Sí, señorito —le dijo con acento de película sureña.

Y Jacob se rio.

—¡Qué guasa tienes, Nerea! ¿De dónde eres? —le dijo con una copa en la mano, mientras ella rellenaba las cazoletas de arroz y de solomillo y le dejaba una de cada a su lado. Jacob la miró encantado.

Cuando las llenó, las puso en las bandejas y fue a ponerlas repartidas en las mesas.

—Te espero.

—Ve probando, ¡están buenísimas!

Cuando hubo repartido todo, estuvo al tanto de las bebidas, porque comida había de más.

—Eres una cocinera estupenda.

—¿Te gusta?

—Sí. Es perfecto.

—¿Eres española? —le preguntó Jacob.

—Sí.

—Y profesora de literatura. De castellano.

—También.

—Y novelista. Dame tu pseudónimo para leerlo.

—Tiene un toque erótico.

—Mejor —le dijo él al oído, y Taylor lo vio desde lejos, pero él estaba con Sonia. Sería su novia porque era pegajosa como ella sola, y guapa también, con un cuerpo envidiable.

—¿Es la novia de mi jefe?

—Dice que es un pasatiempo.

—Pues es una modelo, no he visto mujer más guapa.

—Ni yo —dijo Jacob mirándola.

—Eres un guasón, como dicen en mi tierra. ¿No te vas a departir con el resto?

—Son todos unos vanidosos.

—¡Vaya!

—Prefiero la cocina. ¿Sabes que mi madre fue sirvienta?

—Como yo.

—No, tú eres pasajera.

—Del vuelo 880.

—Ahora eres tú la graciosa —decía Jacob riéndose a carcajadas—. Quiero decir que te irás, esto no es lo tuyo.

—No, no lo es, pero encontrar un instituto para dar clases...

—¿Has enviado currículum?

—Sí, en institutos privados.

—Echa en todos, mujer.

—¿Puedo dar clases en los institutos sin oposiciones?

—¿Qué oposiciones?, en todos los de Manhattan tienes trabajo ya, puedes solicitar plaza.

—Me pondré el lunes.

—Haz una lista. Busca en Internet.

—Gracias, Jacob.

—Dame tu teléfono. —Y ella se lo dio.

Taylor estaba que rabiaba.

Sin embargo, ella estaba contenta y hacía su trabajo, no faltaba nada en las copas y reponía los canapés y limpiaba las bandejas.

Después, puso los postres.

Todo el mundo fue a darle las gracias por los canapés y ella les daba las gracias por los cumplidos.

Querían que Taylor se la dejara para sus fiestas.

—La tengo contratada y le pago un buen sueldo, es mía.

Y Sonia lo miró con una cara...

Se fue hacia ella, mientras Taylor iba despidiendo a los invitados.

—¡Hola, Nerea!

—¡Hola, señorita!

—Sonia, soy la novia de Taylor.

—Encantada —le dijo ella—. Es usted preciosa.

—Gracias, la comida es mejorable.

—¿No le ha gustado?

—Está fenomenal, Sonia —le dijo Jacob.

—Bueno, algunas cosas se salvan.

—Pues cómete las que se salven, anda, vete con tu novio que estoy ligando con Nerea.

—¿Para eso has quedado? —le dijo Sonia.

—Para eso, encanto.

Y ella se fue.

—No me puede ver. Es tonta retonta, no le hagas caso, no es su novia, y está celosa, la comida está genial, te lo dice todo el mundo.

—Gracias, Jacob.

—No sé qué ve mi amigo en ella.

—¿Tú también eres publicista?

—No, soy el abogado, pero nos conocemos desde la universidad, estuvimos ambos en Harvard, carrera y máster; luego, cuando recibió la empresa de su abuelo, me llamó. Llevamos ya unos años juntos.

—Me alegro.

—Sí, es como mi hermano. No le gusta que hable contigo.

—Deberías ir a dar una vuelta, no quiero que se enfade con los dos.

—Bueno voy a dar una vuelta y luego vengo. Ya queda poca gente. ¿Salimos mañana por la tarde?

—¿Quieres salir conmigo?

—Sí, claro.

—¿No tienes novia?

—No. Vengo a por ti a las siete, damos un paseo y cenamos y tomamos una copa.

—Bueno, tengo libertad.

—Hecho. Te espero a las siete abajo.

—¿No quieres que se entere Taylor?

—De momento no. Me daría el coñazo.

Y ella rio.

—Vale, a las siete abajo.

—Dile que llegarás tarde.

—Puedo venir cuando quiera, tengo desde el sábado a mediodía hasta el lunes a las siete.

—Ah, perfecto. Bueno, guapa, voy a dar una vuelta antes de que el jefe nos mate.

—Sí, anda, que no me dejas.

Y así ella fue rellenando los postres de la gente que quedaba y retirando bandejas hasta que casi todo el mundo fue retirándose de la terraza, del salón y el último tal como vino, Jacob, se fue.

Se quedó Sonia a dormir.

—Vamos a la cama, cielo.

—Sí, estoy agotado.

—Nerea, deja eso y lo recoges mañana.

—No importa, voy a dejarlo listo.

—Déjala, es mejor que lo recoja.

—Buenas noches, Nerea, y gracias, ha sido genial, les ha gustado a todos, un éxito. Dentro de poco tendremos otra, pero una cena.

—Bien.

—¡Buenas noches, Sonia!, ¡buenas noches, Taylor!

—¿Le dejas que te llame Taylor?

—Sí, le dejas, ella no quería. —Y Nerea oyó lo que le dijo:

—Cabrona de mierda...

Recogió y puso las copas en el lavavajillas, y el resto lo fregó a mano. Lo puso a escurrir mientras quitaba las bandejas, las fregó e hizo lo mismo, limpió las mesas y dejó fregada la terraza y el salón, limpió la cocina y guardó todo, quedó algo de la bandeja, se sentó en un taburete y mientras terminaba el lavavajillas comió y se bebió un par de copas de champán.

En estas, salió con un pijama sin nada por encima Taylor, y casi se atraganta.

—¿Aún no te has acostado?

—No, espero que salga el lavavajillas mientras me tomo una copita y como algo.

Se llevó un vaso de agua.

—¡Hasta mañana!

—¡Adiós!

Cuando acabó de comer, colocó las copas, terminó de limpiar la cocina y el suelo, y no quedó ni rastro de la fiesta.

Se dio una ducha, se quitó el maquillaje y no oyó nada en el silencio de la noche. «Esos debían hacer el amor silencioso», pensó ella.

¡Menuda arpía debía estar hecha! Si lo llega a pillar desnudo y a ella en la cocina seguro que le hubiera dicho que la echara a la calle.

No era por nada, pero la comida había estado buena.

—A mí me gustaría ver qué haces en la cocina, tonta del culo —dijo Nerea hablando sola mientras terminaba de fregar el salón.

«No sé cómo a los hombres les gustaba ese tipo de mujeres. Como decía Jacob, era tonta retonta. Allá él...», pensó.

CAPÍTULO TRES

Cuando se levantaron a la mañana siguiente ya era tarde. Ella había ya desayunado y estaba escribiendo un rato. Había ido a correr, e incluso se había duchado.

Sonia le dio al timbre y ella dejó lo que estaba haciendo y salió al salón.

—El desayuno completo para los dos —le dijo.

Y Nerea, sin decir nada, se metió tras la isla de la cocina y les preparó los dos desayunos con zumo de naranja incluido. Cuando lo terminaba de hacer, salió Taylor.

—¡Buenos días, Nerea!, ¡qué buena pinta! Tengo hambre.

—Buenos días, Taylor. ¿Te lo pongo en la mesa o en la cocina?

—En la cocina, no te preocupes.

Pero Sonia, por llevar la contraria, lo quería en la mesa y él dijo que mejor en la cocina.

—Tengo que dejar la cena preparada, voy a salir por la tarde. A las dos termino.

—No te preocupes, vamos a salir a dar una vuelta y luego cenamos fuera.

—¡Está bien!

—¿Vas a salir?

—Sí, no sé si vendré el lunes por la mañana o esta noche o mañana por la noche, aún no tengo los planes definidos.

—¿Con alguien?

—Sí. Voy a salir con alguien.

Ni ella quiso decirle con quién, ni él preguntó, pero se imaginaba que era Jacob, ¡maldita sea!, pensó.

—Bueno, os dejo que desayunéis. Luego recojo, y ya dejo todo listo.

—La cama —dijo Sonia.

—No se preocupe, lo que me dé tiempo hasta las dos que termino mi turno, se quedará hecho.

Y ella la miró con insolencia.

—Es una insolente, Taylor, deberías despedirla.

—Se irá pronto, en cuanto encuentre trabajo.

—Mejor, me incomoda y me molesta.

—¿Y eso por qué? ¿Porque es guapa y duerme en mi casa?

—No digas tonterías. Es bajita y fea. No tiene gracia ninguna.

Y Taylor pensó que era la última vez que iba a estar con ella, eso lo tenía claro. Cuando se despidiera de ella esa noche, se acabaría ese pasatiempo. Era cruel, tonta, pegajosa y denostaba a la gente. Y ni como pasatiempo la quería. Tampoco haciendo el amor saltaban chispas entre ellos.

Solo deseaba que Nerea no se acostara con Jacob, ¡joder! La deseaba.

A las seis se estaba vistiendo cuando la llamó Jacob.

—¡Hola, preciosa!

—¡Hola, Jacob! ¿Qué pasa?

—Tendremos que dejar la salida para la próxima semana, se acaban de presentar mis padres de improvisto. Vienen desde Boston a pasar el fin de semana.

—¡Ah! No te preocupes, Jacob, no pasa nada.

—¿No te molesta?

—Hombre, ¿cómo me va a molestar?, para nada, así avanzo en mi novela y quizá, ya que estoy, salga a tomar algo fuera.

—Lo siento, guapa.

—Que no te preocupes...

—Ah, Nerea...

—Dime, Jacob...

—La tarjeta que te dio Taylor, es una Visa.

—Sí, lo sé, eso quiere decir que trabajas en el país y puedes buscar otro trabajo. Aquí no hay oposiciones para entrar en un instituto y estamos en mayo casi. Es el tiempo ideal para enviar currículum a los institutos, te paso una lista por WhatsApp que te he preparado esta mañana. Pero hay más, te he buscado los más cercanos, también puedes buscar en Brooklyn. Tienes un par de ellos en la avenida donde vive Taylor. Son estos dos.

—Vale, Jacob, te lo agradezco mucho. ¡Ojalá tenga suerte!

—Venga, dale, que creo que en junio eligen al personal, a finales, en septiembre, empieza el curso. Y debes preparártelo si te eligen. Así que aprovecha el mes en que se vaya Taylor de vacaciones y te puedes buscar tu espacio para vivir. No sigas limpiando, con tus novelas y si encuentras un instituto...

—Gracias, Jacob, eres un cielo.

—Te dejo, que me acosan. —Y ella se rio porque oía a gente hablando.

—¡Adiós, guapa!, ya me cuentas, te llamo el lunes.

—Vale.

Ya que estaba a medio vestir, se animó a salir, aunque fuera por la misma avenida. Iba a cenar en cualquier cafetería y a tomar una copa si encontraba algún sitio o daría un paseo de vuelta y escribiría un rato.

Comió en una cafetería. Y en la avenida más abajo, en una terraza, se tomó un café. Y se dio una vuelta por los institutos que le había recomendado Jacob. Los dos que había en la avenida... Eran perfectos, si la llamaban al menos de uno...

Llamó a sus padres, mientras tanto, aprovechando que era de noche en Nueva York y de día en España.

No tenía ganas de entrar a tomar una copa, al menos ese día. Y se fue andando a casa. Eran las once de la noche. Había estado un buen rato en la terraza, mirando los institutos que le había enviado Jacob. Era un buen chico y guapo. Volvió también a llamar a su amiga Adriana y se preocupó y nada. Si en un mes no recibía noticias llamaría a su casa de Málaga. O a su trabajo, el lunes, eso podría hacerlo. Y lo haría.

Cuando llegó a la casa había luz, se la habría dejado encendida.

Taylor la llamó:

—Estoy en el despacho. ¿Ya has llegado?

—Sí.

—Muy pronto. —Ella se asomó al despacho, estaba en chándal trabajando.

—Sí, al final no tuve cita, pero salí sola.

—Bueno.

—¿Y tú?, ¿qué haces tan pronto?

—He acabado con Sonia.

—Bueno, eso no me lo tienes por qué contar.

—Bueno, te lo cuento. —Dejó lo que estaba haciendo y la miró de arriba abajo. Estaba guapísima. Llevaba un top negro, y una falda negra, taconazos y la falda era mini, joder, si hasta se puso duro, él que se controlaba más que nadie.

—Bueno, ¿has cenado?

—Sí, no te preocupes.

—Me voy a cambiar y voy a escribir un poco.

—¡Está bien!

Pero Taylor estaba inquieto. Salió al cabo de un rato de su despacho, se hizo un café y entró en la sala de Nerea sin llamar. La vio escribiendo.

—¿Te molesto?

—No, para nada. —Ella se sorprendió.

Y él se sentó en el sofá.

—¿Has salido con Jacob?

—No, he salido sola.

—Pensé...

—Pensaste bien, iba a salir con él, pero su familia ha venido de Boston, así que lo dejaremos para la semana que viene.

—¿Te gusta?

—Es guapo, sí, y divertido. Sonia también era muy guapa, ¿por qué la has dejado?

—Hemos roto esta noche. —Ella dejó de teclear y se volvió hacia él—. No me gustaba.

—¿Y por qué salías con ella?

—Por pasatiempo, supongo.

—No me parece bien, si quieres mi opinión.

—¿Eres mi madre?

—No quiero serlo, faltaría más, además, si ella estaba de acuerdo, no tengo nada que decir.

—Era insolente y no me gustan las personas que miran por encima del hombro.

—Bueno, si es para mejor, me alegro.

—Es para mejor, Nerea. El caso es que me gustaría salir con una chica como tú.

—¿Como yo? Soy la sirvienta.

—No seas tonta, sé que te irás más pronto que tarde, este no es tu lugar.

—Lo sé, mañana voy a enviar más currículum a institutos. Con eso y con escribir...

—Lo sé, te voy a echar de menos cuando te vayas.

—Puedo hacerte las cenas y comidas, te las cobro y saco un extra, solo los fines de semana.

—En eso te tomo la palabra.

—Bien.

—Eres guapa, Nerea —dijo Taylor echando atrás la cabeza en el sofá.

—¿Estás ligando conmigo?

—Sí, me gustaría acostarme contigo.

—No voy a hacerlo y lo sabes.

—¿Por qué?

—¡Ah, no!, eres guapo y mi jefe, me gustas mucho, pero sobre todo y lo más importante es que anoche te acostaste con una mujer.

—¿Y qué?

—¿Cómo que y qué? Que no lo veo ético, no voy a hacer eso, tendrás que esperar.

—¿Cuánto?

—Unas semanas, un mes... ¿Cómo puedes hacerlo?
—Haciéndolo.
—Yo no soy un pasatiempo.
—Lo sé, Nerea, aun así...
—¿Es porque me ha pedido Jacob salir?
—Sí, estaba celoso. Lo reconozco.
Y ella rio, pero él se mantuvo serio.
—¿De verdad?
—De verdad, sé cómo es Jacob.
—¿Cómo es?
—Honesto.
—Mejor para mí.
—Pero no para mí, Nerea, porque saldrás con él, y te acostarás con él.
—Eso no lo sabes.
—Lo sé, a ciencia cierta.
—¿Y qué quieres? ¿Que me acueste primero contigo?
—Sí, eso es.
—Pero ¿estás loco?
—No, me gustas mucho.
—No te conozco.
—Ya me vas conociendo.
—Esto es incómodo, Taylor.
—Es una elección.
—¿Y vas a esperar un mes para acostarte conmigo?
—Lo que haga falta.
—¿Y después?
—No hago planes a tan largo plazo.
—¿Y si te gusto?
—Pues salimos, ¿qué vamos a hacer?
—¿Y cuándo te aburras?
—No voy a pensar en eso ahora. La elección es tuya...
Se levantó, le dio las buenas noches y le cerró la puerta.
«Pero qué... —pensó Nerea—. Eso es egoísmo, ¿es que le gusto? ¿Es que es una lucha entre ellos o qué?».
Ese hombre tenía más testosterona que un camión.

La siguiente semana envió unos veinticinco currículum a institutos. No hablaron más de nada de lo del sábado y no pudo salir de nuevo con Jacob porque Taylor lo mandó a los Ángeles a hacer un trabajo y tardaría dos semanas, ella pensó que lo había hecho a propósito y Jacob también.

La llamaba por las noches.

—Creo, Nerea, que tiene celos, le gustas, me ha enviado al quinto carajo. —Ella se reía.

—Aprovecha, en Los Ángeles hay chicas guapas y me puedes olvidar.

—Bueno, ya saldremos, aunque sea a tomar algo. Cuídate, guapa.

—Vale, un besito.

Entró Taylor y le dijo:

—¿Ya has hablado con Jacob?

—Sí.

—¿Estáis saliendo?

—Difícilmente, si no lo veo. Es un amigo, nada más.

La siguiente semana tuvo una cena, la que él le dijo, con doce comensales, entre los que no estaba Jacob. Eran directivos de otras empresas que iban a hablar de encargos y trabajo.

Ella hizo una cena especial con entrantes, una ensaladilla rusa de primero y de segundo, un lenguado con patatas pequeñas. De postre preparó un flan casero con nata.

Luego, cuando quitó la mesa y hablaron de trabajo una copa de champán que dejó en la mesa, botellas, unos dulces y bombones.

Taylor le dijo que podía retirarse y ella se fue a su *suite*.

Estuvo escribiendo y mientras lo hacía llamó su amiga Adriana y además recibió dos correos electrónicos de institutos; luego los miraría.

—¡Por Dios, Adriana!, ¿dónde estás?

—En Australia, en Sídney.

—Y yo estoy de vecina tuya, tuve la suerte de trabajar para Taylor Larsson.

—¿En su empresa?

—No, hija, limpiándole la casa.

—¿Cómo estás, loca?, sal de ahí y busca trabajo en lo tuyo.

—Eso hago, pero de momento escribo novelas y me pagan bien, ¿cuándo vienes?

—Pues no vuelvo ya. Y menos ahora que estás ahí.

—¿Que no vienes a Nueva York?

—No, cariño, me llevé casi todas las cosas, aunque me faltan algunas que dejé en el apartamento.

—¿Pero lo estás pagando?

—Sí, hasta final de mes.

—¿Y la llave?

—La tiene el portero. Quiero, ya que estás ahí, que me hagas un favor, que me lo guardes en cajas. Te mando la dirección y me lo envías, te hago un bizum por lo que cueste. Llamas a esta empresa. Te lo envío por *email*.

—Bien, son muchas cosas, aprovecharé las horas libres y te lo dejo todo en el salón.

—Ya ellos se preocupan de envolverlos y meterlos en las cajas. Habrá como tres cajas medianas.

—Vale, no te preocupes.

—Te haré la lista completa. Aún me quedan diez días.

—¿Cómo es el apartamento?

—De un dormitorio, vestidor y baño con ducha, no tiene bañera. Tengo un despachito en el salón en un rincón al lado de la ventana, ese lo compré yo, no iba con los muebles, es tuyo si lo quieres. Por si te vas a otro lado, dos sofás y un sillón. Un aseo con cuarto de lavado y limpieza y poco más. Es precioso, luminoso y me va a dar pena.

—¿Cuánto pagas por él?

—Con comunidad y gastos, me salía por unos 3500 al mes. Con todo. Comida aparte. Puede ser

unos 4000.

—¡Joder! Si encontrara un trabajo en un instituto me lo quedaba.

—Pídele al portero la llave y si encuentras trabajo, quédate, es un sitio tranquilo e inmejorable. Te enviaré también el nombre de la chica de la inmobiliaria que me lo alquiló, por si acaso.

—Bueno, mañana lo veré e iré metiéndote cosas en el salón, aprovecharé el domingo por la tarde y el lunes llamo a la agencia y que se lo lleven todo. Cuando lo tenga listo, te llamo.

—Gracias.

—¿Y cómo que te quedas allí?

—Una sucursal nueva, y me pagan muy bien, esto es precioso, creo que, como Nueva York, pero precioso.

—Bueno, me llama el jefe.

—Te mando todo por *email* y hablamos el lunes.

—Bien. Cuídate.

Y ella salió al salón.

—¿Ya se han ido?

—Se han ido todos, Nerea, ya puedes comer tú y recoger.

—¡Está bien! —Comió y recogió, mientras él se metió con una carpeta enorme de papeles en el despacho.

Cuando terminó de comer y recoger todo, se dio una ducha y se puso un camisoncito de verano fresco, y miró el correo.

Adriana le había enviado una lista inmensa de cosas y dónde estaban en el apartamento y la dirección donde debía enviarlas.

Y vio también que tenía dos entrevistas de trabajo para dos institutos. ¡No podía creerlo! El lunes y el martes. Miró los sitios, uno era en esa misma avenida y el otro en Brooklyn. Prefería, si la cogían, el primero y quedarse con el apartamento, aunque aún no lo había visto.

El domingo salió a correr y después de una ducha se vistió con unos vaqueros y una blusa.

—¿Dónde vas, Nerea?

—A dar un paseo y a comer por ahí fuera.

—¿Puedo acompañarte si vas sola?

—Quería ir al parque.

—¿Andando? Es una buena caminata.

—Bueno.

—Venga, vamos, nos llevamos mi coche y andamos por el parque, si quieres, claro.

—Sí, si no tienes nada que hacer...

—Por la tarde después del café, pero si te quieres quedar por ahí...

—No, me vengo, quiero ver el piso de mi amiga.

—¿Te ha llamado?

—Sí, se va a quedar en Sídney, tiene pagado hasta final de mes. El portero tiene la llave y quiere una lista inmensa de cosas que se dejó para que se la envíe. Miraré luego.

—Bien, nos vamos.

Taylor cogió la cartera y el móvil.

Cuando bajaban en el ascensor...

—Taylor...

—Dime.

—Tengo una entrevista de trabajo, bueno, en realidad dos, dos institutos, uno en Brooklyn y otro aquí cerca.

—¡Ojalá te cojan, de verdad, Nerea! Me gustaría.

—Me da pena dejar el trabajo, pero si me cogen en esta avenida abajo, voy a alquilar el apartamento de mi amiga.

—¿El que está a mi lado?

—Sí, seremos vecinos, lo que te dije de las cenas y celebraciones de fin de semana sigue en pie. También puedo hacerte la cena, si la hago para mí...

—Podemos llegar a un acuerdo.

—Lo malo es que tendrás que contratar a una chica para la limpieza. El dinero me vendrá bien para pagar el apartamento, es pequeño, pero caro. Un dormitorio solo.

—¿Te cobran mucho?

—A mi amiga 3500 dólares.

—Bueno, no está mal si es con comunidad y gastos de luz y calefacción, Internet y todo...

—Sí, pero debo ganar un buen sueldo, si no, no puedo pagar eso. No sé cuánto ganan los profesores de instituto.

—Unos 5000 dólares, ¿cuánto ganas con las novelas?

—Cerca de 2000, o unos 1600, depende del mes.

—Pues mujer, puedes vivir aquí y ahorrar algo. No te vas a gastar en comida todo el resto. Yo puedo darte 1500 por la cena sin bebidas.

—Eso es mucho.

—Haces buenas comidas.

—1000

—1300 y no se hable más. Me llevo mi bandeja y punto. Si me voy a ahorrar dinero. Meto a la chica de la limpieza una vez a la semana o dos y ya está. O dos horas diarias. Me compensa. Las bebidas que me las compre la chica y que también haga la compra.

—¡Está bien! Es otra entrada de dinero, pero yo creo que es un lío para ti.

—Y por cada fiesta, te pagaré según la celebración.

—Vale.

—Eso lo hablaríamos. Vas a ser rica.

—Voy a trabajar mucho.

—También. Yo trabajo demasiado.

—Es verdad.

—Bueno, espero que mañana tengas suerte. De todas formas, no entras hasta septiembre.

—Sí, tengo que pagar tres meses, si me quedo con él.

—Pero es tuyo, merece la pena, pero seguirás en mi casa, hasta que coja las vacaciones en agosto. Ya puedes cambiarte ese mes y preparar tus libros y tu apartamento.

—Sí, puedo permitírmelo.

—Puedes, claro. Y si necesitas, te lo presto.

—No, tengo, gracias, Taylor.

—Bueno, móntate en el coche.

—¿Este es tu coche?

—Sí, hoy no hay chofer.

—¿Por qué tienes un chofer?
—Porque voy trabajando y aprovecho.
—Trabajas demasiado, hombre.
—Lo sé, pero me gusta trabajar demasiado.
—Es una empresa grande.
—Tú lo has dicho. Pero tengo buen personal y buenos contratos, ayer cuando hicimos la cena conseguí un contrato de dos millones de dólares.
—¿En serio?
—Sí, eso no quiere decir que gane eso neto.
—Ya, imagino.
—Gracia a tu cena. La alabaron, como todas.
—Gracias.
—¿Entonces te vienes en busca de tu amiga y ella se va a Sídney?
—Exacto, es tremenda.
—Sí, te ha dejado colgada.
—Luego iré a juntar las cosas en el salón para que la agencia las envuelva. Y miraré el apartamento, a lo mejor no me gusta.
—Voy contigo.
—Vale, a cotillear.
—Exacto. Quiero cotillear cómo puede haber un apartamento de un dormitorio al lado del mío.
—Creo que tiene unos 60 metros cuadrados, es pequeño, pero no necesito más. Será por la esquina, para aprovechar los espacios. Es caro para los metros que tiene.
—Estamos en Manhattan, Nerea.
—Eso sí.
—Voy a aparcar aquí.
Salieron del coche y fueron dando un paseo. Cuando se cansaron de hablar y pasear se sentaron en un banco. Frente al lago.
—¿El apartamento es tuyo, me refiero, si lo has comprado?
—Sí, con la plaza de garaje.
—¿Y el edificio del trabajo?
—También, al menos eso lo tengo cubierto.
—No quiero preguntarte qué te costó este apartamento.
—No, te caerías de espaldas.
—¿Cuánto mides?
—1,86 o así.
—Yo, 1,60.
—Eres pequeña.
—Sí, la vida es dura. —Y se rieron—. Casi todos los ricos que conozco son altos.
—Yo conozco muchos gordos. —Y volvieron a reírse.
—¿Has trabajado de profesora?
—Sí, haciendo sustituciones, por embarazos, bajas... en total, dos años.
—Bueno, algo es algo. ¿Darías clases de castellano?
—O de literatura.
—¿Conoces la literatura americana?
—Sí, fue la especialidad y el máster que hice en la carrera.

—Eres una caja de sorpresas.

Y le tocó el pelo largo.

—Me gusta tu pelo largo y liso.

—¿Otra vez ligando?

—Sí, ya han pasado semanas.

—Sí. —Y Taylor acercó su boca a la de ella y la besó, primero despacio en los labios y luego introdujo la lengua en su boca y recorrió los espacios vacíos, entre sus lenguas. Acariciaba su pelo y la atraía a su cuerpo hasta pegar sus pechos y sus pezones a su pecho duro y ancho.

Después de besarse unas cuantas veces... Ella puso la cabeza en su hombro mirando los patos del lago.

—No sé si es una buena idea, Taylor.

—Ya no vas a ser mi chica de la limpieza.

—Aún queda para eso y no sé si me darán el trabajo.

—Sé positiva.

—Lo soy —dijo, mirando sus ojos azules preciosos.

—Quiero tenerte a mi lado.

—¿Para qué?

—Para lo que vamos a hacer luego.

—Pues a eso tengo miedo, mucho.

—¿Por qué? Somos jóvenes y con necesidades y eres tan guapa...

—Tú también, y *sexy*.

Y Taylor se reía con ganas.

—Lo eres, tonto, ¿por qué te ríes?

—Me hace gracia, nadie me ha llamado así.

—Porque están ciegas.

—Supongo, ¿quieres comer?

—Sí, tengo hambre.

—Vamos. —Y la cogió de la mano—. Comeremos cerca.

—¿Un día de colesterol?

—¿Cómo lo has adivinado?

—Lo imaginaba.

—Eres muy lista.

Comieron y él se rio bastante con ella. No recordaba días felices con nadie como ese día con Nerea.

Después tomaron un café y se fueron en el coche a casa. Le pidieron al portero la llave del apartamento de su amiga. Ya Andrea había avisado al portero con antelación.

Cuando entraron a casa de Taylor, este le dijo:

—Ven aquí, pequeña.

—Taylor...

Fue hacia ella y la cogió, la alzó a su altura y ella sintió su sexo creciente y devoto, duro y tieso como un junco entre sus vaqueros.

La cogió en brazos y se la llevó a su cuarto.

CAPÍTULO CUATRO

La metió en su cama y empezó a desnudarla, mientras la besaba.

—Nena, me encantan tus pechos, firmes y altos, duros.

Lamía sus pezones y los mordía, y ella echó la cabeza hacia atrás y le bajó los vaqueros y la ropa interior.

Cuando se hubo quedado desnuda, él la miró.

—Preciosa, me encantas.

Se desvistió a toda prisa y ella miró su cuerpo *sexy*, grande y su miembro a punto de estallar.

—¡Joder, Nerea, tócame! —Ella lo tocó, rodeando su piel de terciopelo mientras buscaba un preservativo en la mesita de noche. Se lo puso y entró en su cuerpo penetrándola, mientras ella aceptaba en el suyo oculto su cuerpo de hombre grande.

—¡Buff. Tenía ganas de estar así, nena. —Ella gemía con él.

—No gimas tan fuerte que me pones, y no aguanto.

Pero ella no oía nada, sentía solamente y se aferraba al cuerpo de Taylor. Sentía el calor de su pene en su sexo y sus embestidas. Si seguía así iba a correrse enseguida, porque hacía tiempo que no lo hacía y deseaba a ese tipo tan guapo.

—¡Oh, Taylor! ¡Por Dios!

—¿Qué pasa, nena?

—Voy a tenerlo... ¡Oh, Dios!, voy a tenerlo... —Él mordió sus pezones y luego la besó, y en sus dos últimas embestidas él sintió el calor emanar del cuerpo de Nerea y se corrió con ella.

—¡Oh, Dios! —Se retiró a un lado y la besó.

—¡Joder, pequeña!

—¿Qué?

—Si gimes así me pones demasiado caliente.

—Si me haces lo que me haces, gimo. No puedo controlarme.

—Espera. —Y fue al baño.

Cuando volvió, se metió en sus nalgas.

—Taylor...

—Déjame, tengo ganas de comerte.

—Agg, Buff, Taylor... —Él la chupaba y lamía, y ella se agarró a su cabeza, abriendo sus piernas para sentirlo, pero no podía aguantar lo que ese hombre le hacía y se quedó en su boca.

Él subió reptando por su pequeño cuerpo hasta besarla y abrazarla y se la puso encima para verla.

—¡Estás preciosa cuando te corres!

—Estoy colorada como un pimiento de la vergüenza.

—¿Qué vergüenza, tonta?

—Ha sido muy especial, Taylor.

—¿El mejor?

—¡Qué te gusta ser el primero y el mejor!, eres un vanidoso.

—Sí que lo soy. Competitivo hasta en la cama.

—Hasta hoy el mejor de todos, porque eres muy *sexy*. —Y él se rio.

Ella se abrazó a su gran cuerpo y le besó en el cuello...

—Me estás dando escalofríos, boba.

Y luego el pecho, y bajó más abajo mientras él se ponía tieso de nuevo.

—Nena...

—¿Qué?

—¿No quieres?

—Claro.

—Tú lo has hecho, voy a ver si supero a las demás, yo también quiero. —Y metió su pene en la boca y le hizo el amor con ella, chupándolo, moviéndolo y lamiéndolo. Lamiendo sus nubes, y Taylor gemía y se estiraba como un cóndor en pleno vuelo, le cogió la cabeza y sentía un deseo tremendo cuando ella lo movía en su boca, hasta que estalló en mil pedazos.

Le costaba respirar.

—Ummm, hasta hueles bien, presumido.

—Nerea. ¡Eres perfecta, nena!

—¿Para tener sexo?

—Para muchas cosas, lo sabes.

Cuando pasó un rato, ella cogió de la mesita un preservativo y se lo puso y como estaba arriba, lo metió en su cuerpo y cabalgó sobre él, moviendo sus pechos al aire, eso le encantaba a Taylor, le cogía los pechos, y se los mordía a la vez, y la tumbó sobre él, rozando sus sexos hasta tener un clímax brutal.

—¡Dios, nena, vas a matarme! Para ya, chiquita, nunca he tenido tanto sexo en una noche.

—¿No?

—No.

—¿Ni cuando eras adolescente y salido?

Taylor reía.

—Nunca fui un adolescente salido, era muy tímido y modosito.

—Ummm, pues conmigo no serás ese. Me gustan los hombres calientes.

—¡Qué tonta eres!

—Sí, románticos, calientes, empotradores...

—¿Eso qué es?

—Aquí te pillo y aquí te mato.

—No tienes pelos en la lengua, loca.

—No, y me gustan juguetones. Ya lo sabes. ¿Eres ese hombre?

—Por ti seré lo que tú quieras.

—¿Cómo te gustan las mujeres?

—Sexuales, sensuales, que sepan bien cocinar y escriban novelas romántico-eróticas.

—¿Has leído alguna?

—Sí.

—¡Maldito!, has leído y no me has dicho nada... —Él se reía.

—¿Querías comprobar si el sexo era...?

—Sí, eso es.

Y ella se reía.

—¡Eres tremendo!

—Me puso cachondo, lo reconozco. Esa noche estaba solo y tuve que... ya sabes.

—¡No me lo puedo creer!

—Créelo, o me metía en tu habitación o me lo hacía solo. Lo primero no se podía.

Estuvieron un rato charlando y riendo, y reiniciaron de nuevo la pasión que habían comenzado.

La puso de espaldas y la penetró por detrás, de lado, y al final la empotró en la ducha, porque estaban sudando.

—¡Dios, déjalo por hoy, Taylor!

—Sí, hemos tenido suficiente, mañana trabajo.

—Y yo, ¿qué crees?, y quiero ir al apartamento cuando venga de la entrevista. Tengo que preparar todo.

—¿A qué hora la tienes?

—A las doce, me da tiempo de correr, preparar la casa y acudir a la entrevista. Cuando venga hago la cena, como y voy a ver el apartamento e iré juntando las cosas en el salón.

—¿Me lo enseñarás cuando venga?

—Sí, claro.

—Mañana voy a estar pensando en ti todo el día, muerto y cachondo.

—Nunca pensé que eras tan sexual.

—¿Por qué? —le preguntó él.

—Porque cuando venía Sonia no se oía nada.

—No se quería romper las uñas.

—¿Eso qué quiere decir, bobo?

—Que se ponía boca arriba y se quedaba así.

—¿En serio?

—Sí, en serio.

—¿Una muñeca hinchable?

—¡Qué tonta eres!, anda, ven, que nos vamos a dormir ya, guasona. —Y se quedaron dormidos abrazados.

Cuando ella se despertó, se levantó a hacer el café.

Llegó Taylor de correr y se metió en la ducha, no sin antes darle un beso.

Pero cuando salió de la ducha la llamó, tenía puesto un preservativo.

—¡Joder, nena!, me tengo que llevar energías, ven aquí. —Le bajó las mallas por detrás y la penetró entre gemidos de ambos y se corrieron como locos.

—¡Qué loco! —dijo, dejándose caer en la cama boca abajo, rendida.

—Sí, esto es la gloria.

Ella se subió las mallas y fue a calentarle otro café. Cuando salió tan guapo y arreglado con ese traje azul que le quedaba como un guante, la besó de nuevo por la cintura, con la otra mano se tomó el café y fue a por su maletín.

—Suerte, nena. Te llamo luego a ver qué tal. Si no me da tiempo, me cuentas en la cena.

—Hasta luego, hombre *sexy*.

—Hasta luego, mujer caliente.

—Tonto.

—Tonta.

Y con una sonrisa cerró la puerta.

Iba feliz. Y era verdad, jamás iba con tanta energía en una noche de tanto sexo. Nerea era única, lo complementaba y se deseaban de la misma forma. Sexualmente era perfecta. Podía tenerla hasta las vacaciones, luego ya vería.

¡Joder, qué suerte! Le gustaba tanto... Pensó en Jacob, y menos mal que la había tenido él antes, porque ahora sí que era suya por las noches. Desde que la vio por primera vez, le había gustado desde siempre.

¡Oh, Dios! ¡Qué hombre más *sexy*, y más bueno!, y más caliente y qué suerte tenía, iba pensando ella feliz mientras corría por la avenida.

Desayunó fuera, por un día..., le gustaba desayunar fuera, pero no podía permitírselo a diario. Llegó y recogió la casa, eran las once cuando acabó. Se duchó y preparó su maletín con su currículum y trabajos, ya tenía listo sus documentos, y se vistió con un traje de falda y chaqueta de verano a juego, zapatos de tacón no muy altos, algo maquillada y la cola alta y bonita. Unos pendientes de perlas que le regaló su madre cuando terminó el máster y rezó un padrenuestro mientras iba a la entrevista.

El director, un señor de unos cuarenta y cinco años, la recibió en su despacho.

Era un hombre alegre y educado y le estuvo haciendo una serie de preguntas. Le pidió el currículum. Nerea contestó a todo.

Al final, el director le dijo que necesitaban a un profesor de lengua castellana, aunque tener un máster en historia americana iba a servirle mucho. Que le gustaba y la quería en septiembre.

—¿En serio?

—Sí, señorita. El 1 de septiembre empieza las clases... Venga conmigo, voy a enseñarle el instituto entero, luego su clase y su despacho. Dentro de tres meses estará dando clases.

—Gracias por la oportunidad.

—Esta será su clase. Dará a chicos de todos los cursos de instituto.

—Bien.

Luego visitaron los baños, clases, laboratorios, las pistas, las entradas, la biblioteca y salas de estudio, los comedores...

—Tenemos chicos buenos, algunos complicados como en todos sitios, pero es un buen instituto.

—Me encanta.

—Bueno, vamos de nuevo al despacho.

—Vale.

—Solo tengo que poner su nombre en el contrato. —Y ella sacó sus documentos y le hizo el contrato—. Un número de cuenta para la nómina. —Y se la dio.

—Son 5000 dólares netos.

—Me parece bien.

—El horario es de ocho a tres. Si quiere quedarse a corregir o en casa... Hay un día a la semana que tendrá que quedarse hasta las cinco, los jueves le toca a usted. En realidad, nos quedamos todos. Por si algún padre tiene que hablar con usted o viceversa, a principios de curso, usted le pone lo que quiera y sus libros, pero tendrá solo las carpetas de los chicos repartidas por cursos con sus fotos, para que los conozca. Además de pc de sobremesa, y materiales e impresora. Folios, etc.

—Gracias, si falta algo, yo lo traigo.

—O lo pide, tenemos de todo.

—Perfecto.

—Bueno, me falta darle los libros, por su quiere echarle un vistazo.

—Me encantaría.

—Libros y cuadernillo de deberes, más los que usted prepare. Así como los exámenes cuando desee, siempre que tengan tres principales.

—Sí, lo sé, como en España.

—Exacto. Bueno, estos son sus libros, y los cuadernillos de cada curso. Los cuatro cursos.

—Gracias.

—No va a cobrar hasta primeros de octubre.

—Lo sé, claro.

Y cuando se levantaba...

—Oiga, señorita González, me falta la dirección.

—Intentaré enviársela por mensaje esta tarde. Estoy a la espera de que la agente inmobiliaria me dé el sí a un apartamento.

—Vale, tiene mi número y yo el suyo, pero quería comentarle si le interesa dar cursos de verano.

—Sí, claro, por supuesto.

—Se lo digo porque tenemos cursos de literatura y de castellano, de los que usted está preparada. Son de dos horas cada curso al día, de lunes a viernes, quince días el curso, se pagan tres mil por curso, y se dan en junio y julio. En agosto estamos cerrados, hasta el 20 en que yo entro, se limpia y pinta el centro y los profesores entran el primer día.

—Pues me interesa, sí.

—Cuatro cursos, cuatro horas diarias, dos de castellano y dos de literatura americana, durante dos meses.

—Estoy muy interesada.

—Son por la tarde de cuatro a ocho, porque es para personas generalmente de más edad o profesores de primaria. Se les concede un diploma al final del curso, firmado por usted y por mí, con el sello del instituto.

—Perfecto, me viene estupendamente. Y me interesa mucho.

—La anoto, nos faltan profesores para los cursos.

—Yo daré esos dos, los dos meses.

—Muy bien, más libros y cuadernillos. Va a ir cargada.

—Bueno, no son tantos, dos libros, dos cuadernillos y el examen final se les da un título.

—Muy bien.

—Pues ya está anotada, el 1 de junio nos vemos a las cuatro. Y a las seis el otro curso.

—Los dos meses.

—Los dos meses.

—Cuando venga, tiene el contrato de los cursos, ese lo hacemos después, porque los estoy preparando aún.

—No importa.

—Tengo sus teléfonos. La llamaré un par de días antes de los cursos y del curso del año.

—Perfecto.

—Encantada, y bienvenida, señorita González. Espero que esté contenta con nosotros.

—Muchas gracias a usted por la oportunidad.

—Creo que trabajará bien con nosotros.

—Gracias, eso espero.

Y se fue cargada de libros.

Cuando llegó, el portero le dijo:

—¿De dónde vienes, hija?

—De conseguir un trabajo.

—¿En serio?

—Sí, voy a ser profesora.

—¿Pero no trabajabas para el señor Larsson?

—Mientras encontraba un trabajo, sí.

—Me alegro, muchacha.

—Gracias, Marc. Subo, que voy cargada.

Bueno, lo siguiente sería tomar algo, y después iría a la casa de Adriana.

Porque iba a alquilar el mes siguiente el apartamento, si podía. Iba a ganar con los cursos casi 24000 dólares. Y luego 5000, y no pensaba dejar a Taylor hasta agosto. O sea que iba a ganar un buen dinero, y sus novelas y el tiempo iba a compatibilizarlo bien. Si a Taylor no le interesaba se iba, no pasaba nada. Hablaría con él.

Dejó los libros en su escritorio y cogió la llave del apartamento de Adriana, y cuando entró, se quedó pasmada.

Era precioso. Resultaba cuco y maravilloso; era algo pequeño, pero su amiga tenía un despachito que le vendría de maravilla, además, el frontal del sofá tenía estanterías de madera blanca a cada lado de un fuego eléctrico, de adorno, porque había calefacción centralizada, así como aire acondicionado.

La habitación era preciosa, no tenía bañera, pero tenía dos vestidores y en la habitación una cómoda alta con cajoncitos pequeños y de varias medidas como le gustaba.

Los colores grises y verdes *vintage*, le daban un tono alegre al apartamento, abrió cajones y no faltaba nada, los electrodomésticos de acero inoxidable, el frigorífico de una puerta, no necesitaba dos como Taylor, lavadora y secadora, un aseíto precioso. Le encantaba, lo quería y lo primero que hizo fue volver a por el teléfono de la agente.

Lo tenía en una lista aparte.

La llamó y le dijo que quería el apartamento de su amiga, que le cumplía a final de mes.

—Podemos quedar mañana, aunque te ponga a primero de mes, eso sí, tienes que pagarme un mes de fianza y otro de junio.

—No importa.

—Te pondré el nombre para los suministros de todo y te cambio el buzón. Eso te lo hacemos.

—Me encanta. Te daré el nombre del teléfono y ya es tuyo, te quedas con las llaves y pagas en julio del 1 al 5. Necesito una cuenta para todo. ¿Tienes trabajo?

—Tengo un contrato de profesora.

—Haz una copia para mañana de todos tus documentos.

—Bien, quedamos a las diez.

—Me parece bien.

—Pues quedamos en el apartamento.

Perfecto. Ella llamó al director del centro y le dio la dirección y su teléfono fijo, el móvil se lo había dado.

—Gracias, Nerea.

—De nada, hasta pronto.

¡Ay, Dios!, tenía apartamento. En agosto que no tenía nada de trabajo, limpiaría su pequeño apartamento y se cambiaría.

Empezó a recoger las cosas de la lista de su amiga y en tres horas lo tenía todo en el salón.

Repasó dos veces y llamó a la agencia. En dos horas había pagado y se habían llevado las cosas.

Llamó a Andrea y le dijo que se habían llevado todo, que en menos de una semana le llegaban a su dirección.

—He repasado todo, amiga, dos veces.

Y le contó lo del instituto.

—Me alegro, ¿te quedas con el apartamento?

—Mañana viene la chica a hacer el contrato a las diez.

—¡Qué bien! Bueno, dime qué te ha costado el envío.

Y ella se lo dijo.

—Te mando la factura por mensaje.

Y enseguida recibió un bizum.

—Pero mujer, no hacía falta tan pronto.

—Que sí, por supuesto.

—Bueno, te dejo, estamos en contacto.

—Te quiero, hablamos.

—Me voy que tengo que hacerle al jefe la comida.

—¿Qué vas a hacer?

—Carne con patatas.

—Ummm...

—Te quiero. Chao.

Fue llegar a casa de Taylor y preparar la carne con patatas; mientras se hacía, abrió la terraza y echó la cortina, para que se ventilara la casa de la cocina.

Guardó en una parte los libros del instituto con los ejercicios y dejó fuera los dos cursos que empezaba a dar ya, en unos días.

Le quedaba poco para terminar una novela, así que eligió esa noche para intentar terminarla en tres días y ver lo de los cursos.

Pero estaba nerviosa; mientras, fue a ver la comida y a hacer una ensalada y cuando acabó de hacer las patatas, se puso con la novela hasta las diez en que sintió la puerta.

Al día siguiente la tendría lista en un par de horas, el resto, tenía que ir al tinte, comprar, y limpiar a fondo.

La semana que le quedaba era de cursos, novela y demás.

Ufff... ¡Qué estrés!

—¡Hola, nena! ¿Dónde estás?

—En mi casita.

Dejó el maletín en el despacho y se fue quitando la chaqueta.

—Anda, ven a mi habitación.

Y ella fue.

—Ven aquí a la cama. Huele que da gusto, tengo hambre.

—Ah, ¿sí? —Y le mordió un pezón por encima de la camiseta.

—Eso no es comestible. —Se reía ella.

—¿Te has duchado?

—No.

—Pues venga, antes de comer.

Y se desvistieron. Se metió en su ducha y le hizo el amor mojado.

—Nena, qué ganas tenía de llegar a casa y hacerte esto.

—¡Ah, Dios! Taylor...

—Buff, calla que me pones... —le dijo en su boca.

—Me gusta ponerte...

—Mala. —Y embistió más fuerte hasta correrse juntos.

Ella puso su cabeza en el hombro de él.

—Menos mal que eres grande.

—Y tú no pesas nada. Podría estar así penetrándote toda la vida sin parar.

—Vaya, ¿qué has tomado?

—Tonta. —La bajó y se quitó el preservativo.

—Vamos a comer.

—Sí, voy a ponerme algo.

—Siempre desnuda.

—¡Qué bobo! Tengo la ropa en mi habitación, listillo.

—Se puso un tanga y un camisón corto.

Puso la mesa y salió Taylor con un chándal y una camiseta.

—¡Vaya, tenemos minifalda!

—Es un camisoncito.

—¡Me encantan tus camisoncitos!

—Más te va a gustar la comida.

Se sentó en la mesa ya puesta, a falta de echar el plato.

—Carne con patatas.

—Sí, sabes que me encantan.

—Por eso las he hecho.

—Eres tan preciosa...

—Tengo mucho que contarte, Taylor.

—Venga, empieza, mientras comemos. ¿Cómo ha ido la entrevista?

—Me han cogido, empiezo el 1 de septiembre, de ocho a tres y un día a la semana el jueves hasta las cinco, por los padres.

—¿En serio?

—Sí, 5000 dólares.

—No me lo puedo creer.

—De profesora de castellano.

—¡Joder, Nerea!

—Y no te lo pierdas...

—Dime.

—Voy a dar cursos de verano en junio y en julio, dos cursos al día de dos horas, de castellano y de literatura, son por las tardes de cuatro a ocho. Me pagan 3000 el curso, en los dos meses 24000 dólares por cuatro horas al día. Es una pasada, me he traído los libros de todo. Y hoy he visto el apartamento de mi amiga, he recogido todo y se lo han llevado.

—¿Has hecho todo eso?

—Eso, la casa, la comida... Mañana hago el contrato del apartamento. Me quedo con él, he hablado con la chica.

—¿Sí? —Y lo vio serio. Ella no paraba de hablar entusiasmada.

—Te has puesto serio

—¿Te cambias al final de mes?

—No, si no quieres. Si vienes a las diez y yo voy a las cuatro, tengo tiempo de todo, y de hacer la cena, pero si no quieres me voy. Me puedes quitar la mitad del sueldo.

—No, si haces lo de siempre, no puedo.

—Lo haré.

—Lo malo es que tengo dos celebraciones en junio y en julio otras dos o cenas.

—Si es en fin de semana, las puedo hacer, no te preocupes.

—Vale, intentaré que sean en sábado, pero lo tienes libre por la tarde.

—No pasa nada, y no me tienes que pagar más, como si es en domingo.

—En domingo no, en sábado sí.

—Pues nada, a eso llegamos, tú me dejas hacer los cursos y yo te hago las celebraciones en mi tiempo libre.

—Vas a ganar más que yo.

—No creo —dijo Nerea feliz.

—Luego me voy en agosto. Ese mes si te vas de vacaciones no tienes que pagarme. Luego te buscas una chica para la limpieza.

—¿Y el resto, la comida?

—Piénsalo, yo te la puedo hacer y las celebraciones los fines de semana.

—¿Y cuándo vas a escribir?

—Tengo las tardes libres, excepto un par de horas para preparar las clases, escribo otras dos horas y el fin de semana.

—Lo tienes todo controlado.

—Sí, pero tú piensa si es mejor que te hagan la comida, Taylor. Algún día puedo invitarte a comer.

—Vale, si no, va a ser un lío.

—Las celebraciones sí me gustaría.

—En eso no tendré problema.

—Está bien, ya veré a quién contrato y hablamos.

—Perfecto, aún quedan dos meses y tus vacaciones tres.

—Pero estoy contento de que vayas a hacer todo eso.

—Sí, mañana tengo mi apartamento, en agosto lo limpio y me voy de compras. Cuando cobre mis cursos, voy a ser una profe impecable y elegante.

—Ummm... Te voy a perder.

—Pero si estoy al lado, tonto.

Y fue a sentarse encima de él.

—¿Qué quieres de postre?

—¿Qué hay?

— Recién hecho, mus de chocolate. Luego tienes la fruta, yogurt...

—Ummm, engordaré contigo, contrataré una que no sepa de cocina.

—Me echarás de menos.

—Tendré que irme a tu cama alguna noche y tú a esta.

—Sí, seguro.

Comieron el postre y mientras él se metía en el despacho, ella recogió la cocina.

—Ahora vienes, pequeña.

—Voy, espera que termino.
Y cuando acabó, fue a su despacho.
—¿No vas a enseñarme el apartamento?
—¿Ahora?, ¿así, en pijama?
—Está al lado, no nos va a ver nadie.
—Bueno, espera y cojo la llave.
Y fueron a verlo.
Él lo miró a conciencia y lo observó todo.
—¿Qué?, ¿cómo lo ves?
—Me encanta, es pequeño, pero para ti sola está estupendo.
—Y no necesito chica de la limpieza, con un día a la semana puedo comprar y limpiar.
—Vales una mina de oro.
—Bueno, ¿te gusta entonces? —le preguntó, mientras cerraban la puerta.
—Me encanta, Nerea, creo que tenerte al lado me hace bien. Y los colores me gustan.
—¿Verdad?
—Sí, nena. —La cogió de la cintura por detrás.
—Espera que entremos...
—Me da igual.
—¡Estás loco!
Y cuando entró la subió más alto.
—¡Ay, Dios!
—¿Estrenamos el sofá?
—Harás lo que te dé la gana, tienes seis.
—Pues este mismo. —La tumbó en el sofá y le hizo el amor, más lentamente esa noche entrando despacio, y ella le metía prisa, pero él dominaba la situación, hasta que le hizo tener un orgasmo y siguió hasta que tuvo el segundo.
—¡Ay, Taylor! ¡Qué bueno eres!
—¿Sí?
—Sí.
—Creo que la buena eres tú, mujer multiorgásmica.
—Estás tan bueno...
—Ahora vengo, vamos mujer, tengo que trabajar un poco.
—¿Vas a trabajar?
—Una hora y media o así me queda.
—Pues entonces, me pongo a terminar la novela, a ver si puedo acabarla entre hoy y mañana. Quiero estudiar en cuanto termine mis cursos, antes de empezar otra nueva.
—De verdad, Taylor, si tengo que irme...
—No digas tonterías, te quiero en la casa hasta finales de julio.
—Tendrás que casarte conmigo.
—Ni lo sueñes, nena.
—Ah, ¿no? ¿Por qué?, ¿no piensas casarte un día?
—De momento no, tengo veintinueve años nena, y tú veintiséis. Tengo que poner la empresa en órbita aún.
—¿Solo por eso? O porque te gusta variar y tener entretenimientos.
—No es eso, me gustas mucho, pero solo nos hemos acostado dos noches.

—Es verdad.

—No pienses en nada, deja el destino que haga lo que tenga que hacer, no te plantees nada y disfruta de este hombre *sexy* como tú dices. Yo disfrutaré de este cuerpecito perfeto.

Y la besó.

—Bueno, después te llamo, ¿te vienes a mi cama esta noche?

—¿Así, sin preguntar?

—No lo necesito, nena, me gusta tu olor y quiero tenerte todas las noches.

—Está bien, mi señor.

—Tontorrón, dame un besito y ve a trabajar, anda. Que mañana vas a tener una casita de chocolate.

Le dio tiempo a acabar la novela. En dos días la tendría corregida y lista para meterla en Amazon, cuando Taylor fue en busca de ella.

—¿Qué?, ¿nos acostamos, preciosa?

—Sí, acabo de terminar la novela, en un par de días la subo en Amazon. Tengo mucho trabajo. Mañana me toca la casa, la compra y el tinte, y a las diez lo de mi apartamento.

—¡Qué trabajadora!

—Tengo un buen jefe que molesta poco.

—Que te hace feliz.

—Sí, me paga parte en carne.

—¡Qué loca estás!

—Desnúdate, me gusta que estemos desnudos.

Y se metieron en la cama.

—¿Dónde vas de vacaciones en agosto?

—¿Por qué? ¿Quieres venir?

—Tengo que dejar mi casa lista y echarle un vistazo a los cursos.

—Bueno, en principio, creo que este año voy a Grecia.

—Por Dios, ¡qué lejos!

—Sí, quiero ir a Grecia y de vuelta a Italia.

—Las islas griegas te van a gustar. Dicen que son preciosas.

—¿Tú no vas de vacaciones?

—Este año no, me quedaré, limpiaré, escribiré y miraré mis cursos. Iré de compras...

—¡Qué buen plan!

—¡No te rías!, no soy como tú de ricachona.

—Ven aquí, pobre mujer...

—¡Ay, Taylor! ¡Ah, Dios! Hombre.

—Me encanta hacerte esto.

—¡Ay, madre mía!

—Joder, nena, joder...

Y así, al día siguiente tuvo su apartamento nuevo. Pagó y tuvo su contrato de alquiler. Estaba tan feliz y contenta...

Y pasaron los días.

Ella llevaba la casa de Taylor y a primeros de junio empezó sus cursos. Tenía veinte personas por curso. Le encantó dar los cursos a mayores y a todas las edades. Lo había preparado a

conciencia y una vez dado los dos primeros, los terceros eran iguales.

Al final le hacía los exámenes y en esos dos meses estaba muy ilusionada; hacía la comida al llegar de las clases, o antes, dependía, y mientras limpiaba, terminó otra novelita, y era feliz por las noches con Taylor. Tuvo cuatro eventos en los dos meses, con clientes de Taylor a eAlla le encantaba la cocina y fue un éxito. Aunque fueron meses de mucho trabajo, pero ella tenía energía. Había llamado a casa y a su amiga un par de veces también.

Se acercaba agosto y le daba pena que en menos de una semana tuviera que irse. Terminaba sus cursos, aunque cobraría ese mes de cursos y tenía ya un dinerito guardado en su cuenta, a lo mejor se compraba un coche para Navidad o al año siguiente para salir, tenía una plaza de garaje vacía.

—Taylor...

—Dime, preciosa.

—Ya mismo en dos días tengo que irme, aunque en realidad está el sábado y el domingo. Me iré el sábado al mediodía. Te lo digo por si quieres hacerme una lista de lo que te meto en la maleta para las vacaciones y te lo dejo listo.

—Sí, perfecto y recuérdame que te pague y rescinda el contrato el viernes.

—Sí, porque tengo ya mi otro contrato.

—¿Cuándo te vas?

—El lunes, vamos a aprovechar el fin de semana de sexo, para llevarme eso.

—Taylor...

—Dime, guapa.

—Si te acuestas con alguna chica, ¿me lo dirás?

—¿Para qué quieres saberlo?

—¿Cómo que para qué?

—Para mí, que nos hemos acostado durante más de dos meses, tiene mucha importancia. Pero si para ti no ha significado nada, quiero saberlo.

—Son dos meses, Nerea.

—Para ti es poco, y ¿si me acuesto durante las vacaciones con algún chico?

—Eres libre, Nerea.

—¿En serio?, ¿no te importaría?

—Me importaría, pero es tu vida.

—¿De verdad me lo dices?

—Sí —le dijo, mirándola serio.

—Pues a mí sí que me importaría que te acostaras con otra.

—No salimos juntos, Nerea.

—Es cierto, por eso me voy el viernes a mi apartamento, después de que te recoja la cena. Es el último día del mes, si quieres las maletas, prepárame la lista y te las dejo hechas. Y el contrato para rescindirlo.

—Nerea, vamos...

—Termino mi trabajo esa noche, lo tendré todo preparado y me voy.

—¿Porque me puedo acostar con otra? Aún no lo he hecho.

—Bueno, hablaremos cuando vuelvas, no me llames, ¿vale?

—Pero, Nerea, no seas niña.

—Solo me llamas si es cuestión de trabajo, pero prefiero que te busques a alguien que te haga

la comida. Solo te puedo hacer las celebraciones si son en fin de semana.

—Pero ¿qué? Nerea, eres radical.

—Sí, lo soy, no me acostaré más contigo. Lo siento.

—Si es lo que quieres...

—Es lo que quiero.

Y así fue. Él le pagó el viernes por la mañana, y cuando vino por la noche firmó la rescisión del contrato. Había recogido todo, ropa de aseo y todos sus enseres, menos el bolso. Y le había hecho un par de maletas con la lista que le dejó.

Y cuando le recogió la cocina y le dejó todo impecable, le dijo que se iba a su casa.

—Me voy, Taylor, que pases felices vacaciones.

—Gracias, Nerea. Por todo.

—Adiós.

—Nena...

—Qué...

—¿Por qué haces esto imposible?

—Ya te dije que no era un pasatiempo.

—¿Esperabas un anillo en dos meses?

—No, y lo sabes, pero me merezco más que una incertidumbre.

—Habla cuando vuelva.

—Me parece bien. Gracias, Taylor por todo.

Y se fue a su casa con lágrimas en los ojos esa noche.

Cambió las sábanas y se acostó llorando.

Claro que no esperaba un anillo, pero al menos llevaban dos meses, y no era una sirvienta. Y eso es lo que él pensaba, pero ya no lo sería más, ni para él, solo sería profesora y escribiría novelas, no se pondría un delantal en su casa, ni de lejos. Ni creía que él la llamara, lo conocía. Ni celebraciones ni nada. Se lo diría a la vuelta, que contratara un *catering*.

Eso acababa ahí. Era un tipo orgulloso y vanidoso y además tenía un horario exagerado. Sin embargo, ella no quería otro hombre. Esperaría a que volviera de las vacaciones.

Tendrían ambos tiempo para pensar.

Era una tonta redomada, él no tenía que pensar nada, si le hubiese gustado, no la habría dejado marchar ese fin de semana.

Era el hombre de las mujeres que le duraban dos meses y ella no era especial para él. Era una chica más que había pasado por su cama y cuando antes se diera cuenta de ello, mejor para ella, menos sufriría.

Así que lo que tenía que hacer era olvidarlo cuanto antes mejor. No lo vería ni como vecino. Se lo encontraría en el pasillo rara vez y punto.

Era una tontería hacerse ilusiones con un tipo como ese. Tenía todo lo que quería. Era libre, rico y vanidoso y tenía todas las mujeres que quería y las dejaba cuando ya no le interesaban o se cansaba de ellas. Las utilizaba.

Sentía rabia y tenía ganas de darle, pero más por haber caído en su trampa.

O mejor, pensaba lo bien que lo había pasado con él y se olvidaba, y a otra cosa, mariposa, como hacía él y prácticamente el resto de los hombres.

Pero le daba rabia que no se lo hubiese dicho porque era una romántica ingenua que creía en el

amor de las novelas que ella misma escribía.
¡Maldito!

CAPÍTULO CINCO

El mes de agosto, en los primeros días, ella los dedicó a limpiar todo el apartamento. Lo dejó superlimpio. Montó su despacho, compró algunos objetos de decoración e incluso algunas plantas y marcos para su despacho del instituto con sus títulos y otro par de plantitas, que se las llevaría allí.

Compró materiales de oficina para el apartamento, comida y un maletín para las clases. Seguía corriendo por las mañanas.

Los días eran largos y se dedicaba a mirar las clases, las primeras, para darlas con los trabajos y ejercicios, y por las tardes las ocupaba en las novelas, daba un paseo y volvía de nuevo a casa.

Algún fin de semana salía a tomar una copa o a cenar. Otras veces a desayunar. Llamaba a España y a Sidney un par de veces y le dijo a su amiga que estaba como una diosa en el apartamento.

Miró su cuenta y tenía casi 70000 dólares.

Se fue de compras y llenó su vestidor. Compró ropa de otoño para las clases, ropa interior, de aseo, fue a la peluquería y a arreglarse el cuerpo de arriba abajo, ya que faltaban un par de días antes de empezar el curso.

El día que se fue de compras al centro comercial se encontró a Jacob, el abogado de Taylor, con una chica guapísima.

—¡Jacob! ¡Cuánto me alegro de verte! —Y lo abrazó, como él hizo con ella—. ¡Mírate qué guapo! ¿Y esta chica tan preciosa? —La chica se rio.

—Bueno, salimos juntos desde hace tres meses. Se llama Marta —le respondió Jacob—. Marta, esta loca es Nerea, la chica que trabajaba para Taylor.

Y ella la abrazó, entusiasta como era.

—Me encanta conocerte, Marta, Jacob es un buen chico.

—Sí que lo es.

—Debes cuidarlo.

—¿Dónde vas por aquí? ¿Tomamos un café y nos ponemos al día?

—Me encantaría, si a Marta no le importa.

—Mujer, pues claro que no me importa —dijo Marta.

Y mientras tomaban el café ella le contó todo.

—Me alegro de que te vayas y no seas una chica de la limpieza. Eres profesora y escribes novelas, el delantal para tu casa.

—Es verdad.

—¿Y has alquilado el apartamento que hay al lado suyo?

—Sí, era de mi amiga, por esa razón nos conocimos, me confundió con una chica que iba a limpiarle.

—Es verdad. Oye, no me gusta que estés a su lado.

—¿Por qué?

—Te hará daño, si te has acostado este tiempo con él. ¿Lo has hecho?

—Sí.

—Taylor no se compromete, Nerea, y perdona que sea tan cruel, pero con una chica como tú, jamás se casaría.

—Jacob —le dijo Marta.

—Déjalo, Marta, no te preocupes, prefiero saber la verdad.

—Si alguna vez se casa, será una transacción comercial con una hija de algún ejecutivo, ya sabes, alta, modelo, elegante y colgado de su brazo para sentirse vanidoso y llevar ese tipo de mujer.

—Creo que llevas razón.

—La llevo, y te aprecio, por eso no quiero que te haga daño, no te mereces a un tipo así, y eso que es mi jefe.

—Sí, no te preocupes, creo que lo nuestro terminó.

—Pues ni celebraciones, no necesitas ese dinero.

—Lo sé.

—¿Me harás caso?

—Lo haré.

—Si te busca para algo serio, bien, de lo contrario, ni una lágrima.

—Tienes razón.

—Lo siento —dijo Marta.

—No lo sientas, solo han sido dos meses. Más estuve con el novio que tuve en España. Ahora estoy en mi propia casa y soy independiente de él.

—Así me gusta.

—¡Vaya clase te he dado! —Y ella lo abrazó.

—Me has abierto los ojos y era necesario. Eres una buena persona.

Cuando tomaron café, y charlaron de sus cosas olvidando a Taylor, se despidieron con un gran abrazo.

—Te llamaré de vez en cuando.

—Cotilla, tu hombre es un cotilla, Marta.

—Lo sé, pero no tiene remedio.

—Bueno, espero veros alguna vez más.

—¿Nos invitas a cenar?

—Eso está hecho. En cuanto me ponga al día con las clases.

—Cuídate, guapa.

—Y vosotros.

Estaba algo nerviosa porque vería a Taylor en un par de días, si lo veía, claro. Y empezaba el curso.

Y llegó el día en que empezó sus clases. Iba con su maletín, su cola alta, maquillada, tacones y un traje de chaqueta y falda, y una camiseta debajo.

Los alumnos eran estupendos. Los cursos más bajos, mejor, pero bueno, para el primer día no estuvo mal, la veían como a una igual porque era joven y divertida, y ponía frases que se utilizaban en castellano y eran graciosas.

—¿Qué tal? —le preguntó el director el primer día.

—Me ha encantado, voy a mi despacho, hago un par de anotaciones y me voy a casa.

—Vale.

—Gracias, de momento para ser el primer día, estoy encantada. Espero que mis alumnos lo estén conmigo, y aprenderme sus nombres lo antes posible.

—Ya verás cómo sí.

Cuando trabajaba en su despacho, llamaron a la puerta.

—Pase —dijo, creyendo que era el director.

—¡Hola, profe de castellano! Me llamo Arnie Velásquez.

Y ella lo miró, pelo negro como el carbón, alto y ojos negros y profundos, sonrisa agradable y era mejicano seguro, apostaba su sueldo de un mes.

—Ese apellido...

—Es mejicano, sí, mis padres lo son.

—¡Ah! O sea, que hablas castellano.

—Mejicano.

Y se rieron.

—Soy Nerea González, terminado en z. —Y estrechó su mano—. Siéntate y cuéntame. ¿En qué curso estás?

—Muy graciosa. Bueno, Nerea González, terminado en z, ¿Qué tal te ha ido la primera clase?

—Estupenda, ¿qué das tú, Arnie?

—Historia.

—¡Qué bonito!

—Me encanta.

—¿Quieres que tomemos algo?, un café, almorzar...

—Pues mira, al almuerzo me apunto, no he comido y tengo hambre.

—Una buena hamburguesa para empezar.

—O un plato combinado.

—Te dejo elegir.

—Pues venga, vamos, eres el primer profe que conozco.

—Yo ya llevo cuatro años aquí.

Cerró su despacho, tomó el bolso y los cuadernos de ejercicios, los metió en su maletín y Arnie cogió el suyo que lo dejó encima de la silla y salieron.

—¿Dónde comemos?

—Hay una cafetería una manzana más arriba.

—Vale, Arnie. Bueno, ¿qué tal son los chicos?

—Tenemos uno de los mejores institutos, gente de pasta, española con z, educados, hay un grupo... ya te diré, del último curso, pero no son demasiado preocupantes.

—Bueno, aquí es.

—Entra.

Y la dejó entrar. Estuvieron viendo la carta menú.

—Bueno, ¿qué me cuentas? —Y ella le contó por encima los meses que llevaba en Nueva York, y cómo llegó allí y tuvo la suerte de encontrar trabajo.

—¡Qué suerte has tenido! ¿Y escribes novelas?

—Sí, me pongo dentro de un rato, cuando descansa un par de horas o tres, ceno y repaso las clases. ¿Y tú qué?

—Pues descanso y me voy al *gym* un par de horas.

—Se nota.

—Bueno, es que soy alto para ser mejicano.

—Sí, lo eres.

—Mi padre es un hombre alto y demasiado blanco, mi madre mejicana es bajita, y entre mis

hermanos, de todo hay.

—Pero eres moreno de pelo, negro y ojos del mismo color.

—Sí, eso sí. Bueno, hago eso, luego ceno y repaso las clases, leo temas de historia.

Y se rieron.

—¿No tienes novia?

—No, que yo sepa.

—¿Y tú?

—Pues he salido con alguien, más bien me he acostado con alguien hasta hace un mes. —Y le contó la historia.

—¿Y no te ha dicho de salir contigo?

Pues no lo he visto, seguro que ha venido anoche o hace dos noches.

—¿Y no ha pasado por tu apartamento?

—Pues no.

—¿Vives en esta avenida?

—Sí, ¿y tú?

—No soy tan exclusivo, casi al final de Manhattan.

—¿Y cuánto tardas en venir?

—Vengo en metro. Quince minutos.

—No está mal. ¿No has tenido novias?

—En el instituto, la universidad, chicas, en el trabajo no, la mayoría están casadas o tienen novio, eres la única soltera. Pero he salido con chicas, mujer. Tengo treinta años.

—Pues claro, eres guapo, simpático, eres profe, joven.

—¿Y tus padres?

—En Málaga, están divorciados. No tengo hermanos. ¿Y los tuyos?

—Viven en Miami.

—¿Y eso? ¿Cómo terminaste tú en Nueva York?

—Mi hermano Alejandro, pero lo llamamos Álex, y yo, estamos en Nueva York.

—¿Tienes aquí un hermano?

—Sí señorita, un hermano gemelo. No nos reconocerías. Bueno, sí, está más fuerte que yo. Por eso me machaco dos horas en el gimnasio. —Y ella se reía.

—No me digas, ¿competición entre hermanos?

—No, es broma, mujer.

—Ya decía yo...

—Te lo presentaré algún día.

—Y bueno, ¿cómo llegasteis aquí?

—La Gran Manzana nos llamó. Estudiamos en Harvard con beca de deporte. Los dos. Mis padres fueron emigrantes, pero nosotros, todos los hijos, nacimos aquí. Yo estude historia y él criminología y se fue al ejército. Ha estado en combate, en Irak, Afganistán, ahora afortunadamente se cambió de oficio y es el jefe de policía de una Central en Brooklyn. Y yo solicité plaza aquí.

—¿Cuántos hermanos sois?

—Hermanos, nosotros, gemelos, y cuatro hermanas.

—¿Cuatro hermanas?

—Sí, somos seis hermanos. Y nosotros, los pequeños.

—¡Madre mía!

—Casadas todas con mejicanos y con hijos, doce sobrinos, más los primos, tíos...

Y ella se reía.

—Una locura, ¡me encanta!

—Te encanta porque eres hija única.

Tomaron un café y se despidieron hasta el día siguiente.

—Aquí tomo el metro, guapa.

—¡Hasta mañana, Arnie!

—¡Hasta mañana, Nerea con z!

Y ella se rio.

Era guapo, alto, simpático y gracioso. Congeniaba con él, pensó. Pero estaba deseando ver a Taylor. Saber qué pasaba, aunque ya se hacía una idea si no había pasado ni llamado a su puerta en tres días.

Habían pasado ya tres días desde que Taylor había llegado y ni siquiera había llamado a su puerta. Estaría aún enfadado con ella. Si no quería tener ninguna relación, no pasaba nada, pero ella, por educación, y porque quería saber qué iba a pasar entre ellos, y a qué atenerse, llamó esa noche a su puerta a las diez y media. Sabía que era tarde, pero oyó ruido en la casa.

—¡Hola, Nerea! —Abrió Taylor.

—¿Quién es, cielo? —Oyó decir desde dentro una voz femenina.

Y se miraron. Taylor le bajó la mirada.

—Es Nerea, la chica que estuvo limpiando antes de Bea. —Y ella se quedó con la boca abierta

—¡Hola, Nerea! Soy Suzanne, la novia de Taylor, nos conocimos en las islas griegas, fue una casualidad y un flechazo. ¿Verdad, mi amor? Que fuésemos los dos de Nueva York, ¿cierto?

—Sí, bueno, solo quería saludarte, Taylor. Encantada, Suzanne.

—¡Oye, Nerea! —se adelantó Taylor.

—Dime.

—¿Lo de las celebraciones sigue en pie?

—No, no lo necesito, tengo con mi sueldo y las novelas, tendrás que contratar un *catering*.

—¿Es por Suzanne?

—Por Dios, no seas vanidoso. Que pases buena noche. Y suerte con Suzanne.

—Gracias.

Y nada más. Anda que había tardado en acostarse con otra el capullo. No la dejó salir con Jacob y ahora este salía con una chica, le había estropeado lo que podía haber sido una bonita relación. Era un imbécil y vanidoso. Pero eso ya lo sabía ella y además estaba advertida por Jacob.

Sin embargo, ella debía olvidarse de él en cuanto pudiera, lo antes posible y abrirse a otras personas, como él había hecho.

No pensaba hacerle de sirvienta, lo que le dijo a Suzanne fue humillante y era imperdonable.

Así que ya no tenía que ser su sirvienta. Para nada. Podía haberle dicho que era su vecina, profesora, pero no, su sirvienta...

Con sus clases y sus novelas tendría de sobra para vivir, correr y salir a pasear.

Y así pasaron dos meses y llegó noviembre, en los que ella sabía que Suzanne estaba

permanentemente en casa de Taylor, dormía allí y vivía allí, pero no vio a ninguna sirvienta quedarse a dormir.

Bueno...

Ella se hizo muy amiga de Arnie. Se divertía con él, a veces comían a la salida del instituto, otras quedaban los fines de semana para salir.

Uno de esos fines de semana, lo invitó a su apartamento a comer, el domingo.

Y cuando fue a abrirle la puerta, salieron Taylor y Suzanne, y él la miró.

—¡Hola, Nerea!

—¡Hola, Taylor, Suzanne!

—¿No nos presentas?

—Sí, perdona, él es Arnie, profesor de historia de mi instituto, y mi amigo. Y ella, Arnie, es su novia.

Era tan alto como Taylor y se saludaron. Y vio cómo Suzanne lo miraba de arriba abajo.

«Pues tú tienes a Taylor, listilla —pensó—. Si no te gusta con lo bien que hace el amor...».

Al final intercambiaron unas palabras y se fueron. Ella cerró la puerta.

—¿Este es el tonto y su muñeca? —le dijo Arnie.

—Sí, pero su muñeca te ha mirado bien.

—No me gustan ese tipo de mujeres.

—Pero si está muy buena. —Y le dio con el hombro.

—Anda, tontorrón, vamos a ver tu casita.

—Venga, te la enseño.

—¡Qué bonito apartamento, Nerea!

—¿Te gusta?

—Me encanta, tienes gusto.

—Yo no, estaba amueblado cuando entré.

—Ya decía yo...

—¡Qué tonto!, venga, vamos a comer algo, voy a hacer comida española, sin picante, y tomamos café. Tengo una tarta pequeña de chocolate.

—Mujer, la comida mejicana no es tan picante.

—Anda que no...

—Tarta de chocolate. Mujer, que voy al *gym*...

—Y yo a correr, un trocito no pasa nada, si eres fibra pura. No sé cómo no tienes una chica.

—Eso me pregunto yo. ¿Qué vas a hacer?

—¿Hacemos comida mejicana sin picante?

—Eres la monda. Vale. ¿Sabes hacer algo?

—Sí, poco, pero algo sé hacer.

—Pues vamos, manos a la obra.

—¿Me vas a ayudar?

—¿Quieres que me quede en el sofá?

—Pues no, la verdad.

—Pues entonces, yo me hago mi comida, pequeña.

—¡Qué completo eres!

Y él hizo unas quesadillas buenísimas, ella el postre y los entrantes.

Tenía una mesa de cuatro pequeña con sillones cómodos y bajos para comer, y allí hablaron de todo.

—Tengo la sensación de que nunca termino de hablar contigo de cosas, Nerea.

—Es verdad.

—Somos amigos.

—Sí, por supuesto.

—¿Y si fuésemos algo más que amigos?

—¿En serio, Arnie?

—Me gustaría. Me gustas, eres tan guapa y graciosa, y estás buena.

—¡Estás bromeando!

—No bromeo, lo digo en serio. Me gustas.

—Tú también me gustas.

—Pues espera que terminemos de comer, vamos a cambiar de fase de amigos a otra más intensa.

—Eso me suena.

—¿Qué te suena?

—Sabes que hace tres meses que no tengo relaciones y que fue con Taylor.

—No me importa, con alguno tenía que ser, si ese tonto no te valora y le gustan las modelos rubias, a mí, me gustan pequeñas y morenas.

—Tengo algo de miedo.

—Yo no lo he hecho desde que te vi, me gustaste tanto que no he podido.

—¿No lo dirás en serio?

—¿No me crees?

—No —dijo ella riendo.

—Lo digo totalmente en serio.

Cuando recogieron la cocina se llevaron al saloncito el café y la tarta, y al acabar, ella lo metió todo en el lavavajillas y fue a sentarse con él.

—¡Eres guapa!

—Tú también. No he conocido a nadie con los ojos tan negros y profundos.

Y él la atrajo a su cuerpo y la sentó encima con las piernas abiertas.

La abrazó y la besó. Le gustaba cómo besaba Arnie, era cálido y caliente. Resultaba ser un latino que se ponía en forma al segundo.

—¡Joder, Nerea!, me pongo así, no voy a poder. —Y le levantó el jersey—. Me gustan tus pechos y tus pezones grandes. —Los mordió por encima del sujetador—. Y tu ropa interior, nena.

Se desvistieron deseosos en segundos, y él la tumbó en el sofá. Se puso un preservativo y entró en ella, caliente como el polvo, aullando como un lobo.

Gemía y eso a ella la ponía más caliente, y ella, a su vez, también gemía, y eso a Arnie lo ponía más cachondo solo con oírla. El sexo fue fuego puro, sus sexos ardían como ascuas encendidas, el sexo de Arnie le hacía maravillas a su cuerpo.

—¡Por Dios!, estoy sudando.

—Nena, vamos a arder.

Y se corrieron calientes a la vez.

—¡Madre mía!, por Dios, Arnie.

—Nena, esto no es normal...

—No, no es normal, me va a dar un infarto.

Se quitó el preservativo y recobraron la respiración. Arnie la tomó por las caderas y la acariciaba entera. Le besaba los pechos la cintura, el cuello...

—Si sigues así, Arnie...

—¿Qué?

—Habrá un incendio en este apartamento esta noche.

—Sí. —Y se metió entre sus piernas.

—¡Ay, Arnie!, ¡Ay, buff!, Arnie... —y se le iba la voz, hasta correrse en la boca de Arnie.

Luego, ella se lo hizo a él, y este explotó como un caudal de lava, un chorro de lava ardiendo.

—Este sexo no es normal.

—No, no lo es...

—¿Lo has tenido así con Taylor?

—Ha sido muy bueno, era bueno, pero no como este. ¿Y tú?

—Tampoco, mujer. Si vas a matarme.

—¿Qué tonto!

Y se puso encima.

—¿No te cansas?

—No, vamos a estar toda la tarde, cenamos y me voy arrastrado por Manhattan.

—¿Qué loco estás!

Pero estuvieron toda la tarde hasta cenar. Hicieron la cena, y luego, él la cogió a horcajadas y le hizo el amor antes de irse.

—Nos vemos mañana, pequeña z.

—Hasta mañana, Arnie, si no voy a clase, di que tengo rotos todos los huesos.

—¡Tonta! ¡Hasta mañana, preciosa! —Y en la puerta la besó y Taylor entraba en su casa solo y los vio. Pero ella ni lo saludó.

Al cabo de un rato, repasó las clases del día siguiente en una hora y luego se puso con una novela nueva, cuando llamaron a la puerta.

Miró por la mirilla y era Taylor. ¡Qué honor! ¿Qué querría ahora?

—¡Hola, Taylor ¿Necesitas algo?

—¿Has cenado?

—Sí, he cenado pronto, ahora ceno antes.

—¿Con ese chico, Arnie?

—Sí, es un profesor de mi instituto, te lo presenté hace dos meses. ¿Quieres saber algo más?

—¿Estás saliendo con él?

—Pues no lo sé porque nos hemos acostado hoy todo el día... Ya veremos.

Y Taylor movió el mentón.

—¿Y Suzanne?

—Ya no salgo con ella.

—¡Ah, qué pena!, te ha durado dos meses y medio, te duran poco, Taylor. Bueno, ¿quieres algo?

—No, nada, pensé que no salías con nadie.

—¿Crees que soy tu comodín para cuando no sales con nadie? Lo siento, no soy tu sirvienta ya.

—Siento haberte dicho eso.

—Sí, deberías sentirlo, fue humillante, pero ahora lo siento, ya sabes, acabo de acostarme con un hombre maravilloso, divertido y bueno en la cama. Si buscas salir conmigo ahora no es el momento. Ni creo que me lo plantee contigo más.

—Bueno, buenas noches, Nerea.

—Buenas noches, Taylor.

—Lo siento.

—No lo sientas. Hiciste lo que querías. Eras libre, como dijiste. Y te esperé, que lo sepas, pero viniste con otra.

—¡Joder!

—Sí, ¡joder!, y ahora que vienes acabo de acostarme por primera vez con un hombre encantador. No llevamos el mismo tiempo ni el ritmo, Taylor, y no creo que seamos compatibles. No quiero ser un pasatiempo, sino una chica que sale con un chico como pareja sería.

—¿Y te lo ha pedido?

—Si no me lo pide lo dejaré, no importa, hay más chicos, pero ahora no puedo, Taylor. Quiero probar con Arnie.

—¡Está bien!, suerte

—Gracias, Taylor, de verdad.

Los días pasaban y transcurría noviembre. Se acostaba con Arnie y era feliz con él, su vida era maravillosa, sus novelas iban viento en popa y había meses que se vendían más y otras menos, pero con eso ahorra y del sueldo también al menos más de dos mil dólares. Era tan feliz...

Para Acción de Gracias, Arnie fue a Miami. Llevaban poco tiempo saliendo así que no tenía caso de que la invitara, y no oyó a Taylor, o sea, se había ido a casa de sus padres, pero ella ya celebraba esa fiesta, aunque se hizo una comidita especial.

Cuando Arnie y su hermano gemelo Álex iban en el avión para Miami a Acción de Gracias...

—¿Como te va Álex en Brooklyn? ¿Muchos problemas?

—Los normales, Arnie. Nueva York es peligroso, pero yo estoy en la oficina y mando patrullas, me encargo de todo. Tengo demasiado trabajo. Más peligro había en Irak y en Afganistán.

—¿Nada de chicas?

—Nada, no soy como tú, que tienes toda la tarde.

—Me machaco en el *gym*.

—¡Qué cara tienes!

—Pues salgo con una chica.

—¿En serio?

—En serio. Muy en serio. Me encanta, creo que estoy enamorado de Nerea.

—Bonito nombre. ¿Cuánto hace que sales con ella?

—Casi tres meses. Pero es perfecta. ¿Quieres verla?

—A ver. —Y le enseñó una foto y Álex sintió algo especial al verla. Era normal, les gustaban las mismas mujeres.

—¿A que es guapa?

—¡Es guapísima!

—Algo pequeña.

—Siempre te han gustado las mujeres pequeñas, salvo papá y nosotros en nuestra casa, que son chiquitas.

—Es verdad.

—¿Y qué me cuentas de ella?

—Es profesora de castellano en mi instituto, escribe novelas románticas.

—Uy, qué peligro, hermano.

—No me importa. Somos compatibles, y sexualmente, buff, ni te cuento, y es española.

—¿Española?

—Sí, de Málaga. Sus padres están separados, es hija única. Cuando alguna vez vea a nuestra familia, me deja. —Y Álex se reía.

—¡Joder, qué suerte tienes!

—La tengo, es buena, graciosa y trabajadora. Te la presentaré un día a la vuelta, salimos y cenamos.

—Me gustaría conocerla. Ver qué mujer ha conquistado a mi hermano.

—Seguro que te va a encantar.

—¿Por qué no la has invitado?

—Me pareció demasiado pronto, aunque se ha quedado sola.

—Hombre, como una amiga.

—Sí, bueno, si sigo con ella el año que viene. Este año lo dejaré correr a ver dónde nos lleva la historia.

—A ti lejos, estudiaste eso.

—¡Qué gracioso!, ¿y tú?

—Nada, no hay nada por ahí que me llene.

—Pero tendrás sexo, tío.

—Pues claro, ¿por quién me tomas...?

Arnie y Álex eran gemelos idénticos y tenían una conexión siempre especial. Solían verse, no tanto como podían por el trabajo de Álex. Y eran los únicos que tenían en su familia nombres americanos. Sus hermanas se llamaban todas con nombre mejicano.

La fiesta en casa de los Velásquez era, como siempre, una auténtica batalla de comida y risas.

Cuando se reunían siempre solía ser en casa de los padres de los gemelos, Alejandro y María. Primos, sobrinos, niños correteando, fuentes de comida por las mesas. Una auténtica fiesta.

—¿No se asustará tu novia cuando la traigas?

—Creo que será divertido para ella, hermano, es hija única.

—Bueno, siendo así, a lo mejor le gusta nuestro grupo loco.

Y se rieron.

CAPÍTULO SEIS

Cuando volvió a su apartamento, Arnie dejó el bolso en su casa y fue directamente a casa de Nerea.

—¡Hola, preciosa! ¡Joder! No puedo irme, te echo tanto de menos... Me he venido en sábado y pienso quedarme en tu casa hasta mañana por la noche.

—Pasa loco, no pienso echarte a ningún lado.

Después de hacer el amor unas cuantas veces...

—Nena...

—¿Qué pasa, hombre caliente? Pareces una estufa echando fuego.

—Quiero quemarte.

—Bandido, dime qué ibas a decirme.

—Llevamos ya un tiempo acostándonos y quiero salir contigo en serio.

—¿De verdad?

—Sí, ¿no quieres ser mi pareja? —Y ella se echó encima de él.

—Sí que quiero, eres guapo y un tío bueno, moreno mío.

—Que sepas que, si hablas en castellano, te entiendo.

—Lo sé, guapo.

—¿Entonces somos pareja?

—Lo somos.

—¿Te vienes en Navidad a Miami?

—¿Me invitas?

—Sí.

—Me voy, tengo ganas de ir a algún sitio, pensaba comprarme un coche.

—Tengo yo, no te hace falta.

—Bueno, cuando me haga falta me lo compraré cuando me dejes.

—No pienso dejarte.

—Ven aquí, que voy a comerte entera.

—Ay, Arnie, loco.

Y se reía.

Era tan feliz con Arnie... Era su alma gemela, Nerea se estaba enamorando de él. Seguro...

Fue en Navidad con él a Miami y conoció a su familia. Eran una gran familia, estupenda, de tíos, hermanas y primos, y ella lo pasaba estupendamente. Se integró con ellos.

Álex le sorprendió. Era idéntico a su hermano, más callado.

Y en un momento...

—¿Trabajas en Brooklyn, Álex?

—Sí.

—Eres un jefecillo, me ha dicho tu hermano.

Y él se reía.

—Te puedo quitar alguna multa.

—Vivo en Manhattan y no tengo coche.

—Mala suerte.

—¿Dónde vives?

—En Manhattan, como mi hermano, pero más al centro. —Y le señaló donde vivía.
—Vivo cerca, dos avenidas de distancia.
—Mi hermano dice que tienes un apartamento de un dormitorio.
—Sí, eso es lo malo, pero me encanta, es precioso, puedes venir un día a comer con tu hermano.
—Lo haré si me invitas.
—Es alquilado y caro.
—En Manhattan, cuñada, todo es caro.
—Tu hermano también lo tiene alquilado.
—Sí, de dos dormitorios.
—Lo que pasa es que está más lejos que el mío del trabajo, ¿y el tuyo?
—Tengo uno de tres dormitorios, y un despacho. Uno principal, dos de invitados y mi despacho. Me lo compré.
—¿Te lo has comprado? Los apartamentos valen una pasta aquí.
—Pues tuve mucha suerte, era de los padres de un amigo de los marines, y se lo compré barato.
—¿Y él?
—Está destinado en Alabama. Sus padres se fueron allí con él.
—¡Vaya suerte!
—Pues sí, lo tengo entero pagado, gané bastante en las misiones y solo llevo año y medio en la jefatura de policía.
—Bueno, te mereces algo bueno, después de ir donde fuiste.
—Gracias, guapa.
—¿Tuviste miedo en el frente?
—No piensas, actúas, a veces te quedas paralizado del miedo, pero ese mismo miedo te hace actuar. No eres tú mismo. Obedeces órdenes e intentas sobrevivir. Eres tú o el enemigo.
—Oye, deja a mi novia, ¿eh? —le dijo Arnie bromeando.
—¡Ah! ¿Pero no eras tú? —le dijo Nerea y Álex se reía.
—Muy graciosa —dijo Arnie.
—De verdad, Arnie, que pensé que eras tú, y si le doy un beso...
—Anda, ven, que no te puedo dejar sola un minuto.
—¡Hasta luego, Álex!
—¡Hasta luego, guapa!
Su hermano tenía razón, era una mujer especial, a él también le gustaba, ¡cómo no!...

Y así pasaron los meses y terminaron el año escolar en junio. Habían comido con su hermano unas tres o cuatro veces y lo habían pasado bien. Álex fue a ver su apartamento, y también acudieron a ver el de Álex, que era una preciosidad, grande, de casi 150 metros.

El de Arnie estaba bien, no como el de su hermano, pero a él no le importaba, vivían todos en el mejor sitio de la ciudad.

Cuando acabó el curso y le renovaron el contrato por cinco años, lo celebró con él, y una buena cena. Arnie tenía ya un contrato fijo. Pero ella estaba supercontenta. Tenía veintiséis años y por lo menos hasta los treinta y uno tenía trabajo allí, en lo que le gustaba. Y sus novelas, que nunca las dejaba.

La vida le sonreía.

Él le enseñó la ciudad y salían muy a menudo. Vivía con Arnie y era su amor.

Fueron de vacaciones a California y a San Francisco ese verano. El resto del tiempo, pasaron unos días por Miami a ver a la familia, y después en casa tranquilos. Ella escribía, limpiaba a fondo su apartamento para dejarlo listo de nuevo. Arnie metió una chica y ella le decía que tenía mucha cara.

—Cariño, me lo deja mejor. La limpieza a fondo no es lo mío.

—¡Ay, mexicanito! ¡Te quiero!

—Y yo, princesa. Soy un poco vago para esas cosas.

Empezaron un nuevo año escolar. Y se querían más que nunca, apenas veía a Taylor y el verano siguiente le dijo a Arnie que iba a España de vacaciones, quería ver a sus padres y él estuvo de acuerdo.

Y de nuevo fue con él a Miami a casa de sus padres en Acción de Gracias y en Navidad, había cumplido veintisiete años.

En Navidad, esa segunda navidad en la que cumplió años, recibió delante de toda la familia de Arnie un anillo de compromiso precioso, y fueron a comer fuera toda la familia.

Lloró emocionada, y todos los festejaron.

Fue un día maravilloso.

Salieron a tomar algo toda la familia a un bar de Miami, donde iban muchos hispanoparlantes.

De pronto, mientras comían, se oyó un revuelo y disparos. La gente se escondió bajo las mesas y ella sintió el brazo de Álex y ponerla tras él. Se quedó con el corazón parado, sin respiración.

A ella le pareció una eternidad, los disparos, los vasos y cristales rotos saltando por los aires, la gente chillando, había incluso niños y las balas silbando.

Llegó la policía y cuando se levantaron todos, ella buscó a su lado a Arnie, pero Arnie no se movía. Y empezó a gritar. Su hermano le hacía la reanimación llamándolo con impotencia. Sus padres y todos gritaban y lloraban, una de las hermanas le habían disparado un tiro también en el hombro y se la llevaron al hospital con el padre.

Pero cuando la ambulancia llegó, no hubo nada que hacer por Arnie.

Su hermano lloraba encima de él manchado de sangre y ella se abrazó a Álex, mientras los camilleros se llevaron a Arnie. Tuvieron que apartar a Álex que no quería dejarlo.

Estuvo a punto de desmayarse. Parecía más que un sueño, una pesadilla, hubo cuatro muertos y siete heridos.

Toda la familia lloró como nadie y ella se quedó sola, más sola que la una, sin el amor de su vida. Se quedó todas las Navidades con ellos, fue al entierro, y volvió sola con Álex al cabo de los días, abrazando a toda su familia.

—*Mija* —le dijo la madre.

—Sí.

—Eres nuestra hija, ven cuando quieras.

—Lo sé, María. Lo voy a echar tanto de menos, era mi amor, era mi vida.

—Era mi hijo —dijo la madre.

No pudo llegar más triste en la vida que esa Navidad a Nueva York. Las Navidades ya no serían las mismas, al menos en unos años.

Álex la acompañó en el taxi a su apartamento y cuando llegó, lo abrazó y no dejaron de llorar ambos durante un buen rato.

—¿Quieres comer algo, Nerea?

—No, no tengo hambre.

—Debes tomar algo, Nerea, no has comido nada en todo el día.
—Ni tú tampoco.
—Es cierto, por eso vamos a tomar una sopa.
—¿No tienes que trabajar?
—Pasado mañana.
—Y yo, y Arnie.
—Arnie ya no podrá, Nerea, ha sido horrible, era mi hermano, mis padres están destrozados, todos lo estamos. Pero vamos a seguir adelante.
—Sí, pero ¿cómo?
—Con fuerza, Nerea, como se pueda.
—¡Ay, Álex!...
—¿Quieres darte una ducha?
—Sí.
—¿Te ayudo?
—No, puedo sola.
—Está bien, si no sales entro, me da igual como estés y mañana te quiero ver deshacer la maleta, ¿entendido?
—Sí.
Ella se dio una ducha llorando y se lavó el pelo. Se puso unas mallas y una camiseta de manga larga.
—¿Le has dado a la calefacción? Hace frío.
—¿Dónde está?
—Ahí. —Y Álex le puso en marcha.
—Me voy a quedar contigo esta noche.
—Puedes ducharte, si quieres.
—Lo necesito, mientras se calienta la sopa nos comemos eso y un yogurt o fruta.
—Vale. ¿Tienes tilas o algo así?
—Tilas.
—Bien, hago una para cada uno.
Y Álex salió en pijama, estuvieron tomando la sopa en silencio y un plátano. Luego, se tomaron la tila.
—Vamos, tienes que descansar.
Y ella se abrazó a él.
—Lo voy a echar de menos, me acababa de regalar el anillo.
—Lo sé, mi niña, lo sé, te quería como a nadie. Me lo decía, quería casarse contigo y tener hijos.
—Ahora me he quedado sin nadie.
—Bueno, nos tienes a nosotros, vendré a verte los fines de semana hasta que estés bien, si tú quieres.
—Sí, aunque verte, me recuerde a él.
—No importa. Vendré de todas formas. Mi hermano no me perdonaría que te dejara en este estado.

La familia de Arnie la llamaba todas las semanas al menos dos o tres veces, sus tíos, primos,

padres, todo para animarla. Ella empezó sus clases y su padre vino a llevarse las cosas de su hijo y a cancelar el contrato del piso, y al instituto fueron Álex y su padre a por todo.

Y también al banco a sacar el dinero que tenía y un seguro de vida del instituto.

Se hizo una misa en el salón de actos del instituto y le dieron el pésame a ella y a Álex, unas semanas más tarde, y se contrató a una nueva profesora.

Hasta los alumnos la vieron triste, pero ella tenía que recomponerse, al menos en el trabajo, y seguir con su vida, pero no quería hombres, ni nada.

Álex iba a verla y la sacaba a la calle a pasear y comer los sábados o domingos que no tenía trabajo, y la veía mejor.

Hablaban de él de una manera distinta con el tiempo, con cariño, aunque a ella le caían algunas lágrimas y Álex le contaba algunas anécdotas graciosas de cómo se cambiaban por las chicas y hacían sus trastadas. Se lo decía para animarla y animarse él también, pero Álex estaba destrozado por dentro. Se había muerto su hermano, su media mitad, como si parte de su vida hubiese muerto con él.

Esa conexión y esa amistad que los unió desde el vientre de su madre se había roto.

En marzo aún no le había venido la regla. Pensó que era debido al disgusto. El dolor menguó un poco y cuando veía a Taylor por el pasillo, lo saludaba triste y este le preguntó un día por él y le dijo que había muerto en un tiroteo en Miami.

—Lo siento, Nerea, de verdad.

—Gracias, tengo que irme. —Y ella seguía adelante. No quería hablar con él.

Al final tuvo que pedir cita con el ginecólogo porque iba a entrar abril y no le bajaba la regla. Y cuando salió por la puerta del ginecólogo, lo primero que hizo fue llamar a Álex.

—¿Qué pasa, Nerea?

—¿Puedes venir esta noche a casa?

—Claro.

—Si no tienes que quedarte a trabajar...

—No, salgo a las siete, paso antes de ir a casa.

—Gracias, te espero.

—¿Pasa algo?

—Sí que pasa, pero no es grave, no te preocupes, te lo cuento cuando vengas.

—¡Está bien! ¡Hasta luego!

Álex pensó qué podría haber pasado y no dejó de cavilar en esas tres horas que se le hicieron interminables antes de terminar el trabajo.

Cuando llamó a su puerta...

—Hola, Nerea. —Y le dio un beso en la mejilla y un abrazo, como siempre que la veía.

—Pasa, Álex, ¿quieres café?

—Me vendría bien, no he tomado ninguno, me tienes en ascuas.

—¿Tarta?

—¿Tienes?

—Sí.

—Pues quiero. ¿Estás bien?

—Estoy bien, Álex, ya me encuentro mucho mejor, aunque tengo un problema.

—¿Qué tipo de problema?, si necesitas dinero o algo...

—No, no es eso.

—¿Entonces?

—Estoy embarazada de Arnie.

—¿Qué? Pero, ¿cómo...?

—Sí, debió ser en diciembre.

Y ella se estiró la camiseta.

—Tengo poca barriga, no me venía la regla y pensé que era del disgusto, pero ya llevo más de tres meses sin regla. Toma.

Y le dio la ecografía.

—Esta tarde he ido al ginecólogo. Voy a tener un hijo. No sé si niño o niña, el mes que viene en abril quizá me lo digan. ¿Lo ves?

—¡Joder, sí!

—Es un regalo, es parte de Arnie. Me lo ha dejado. me ha dejado parte de él.

—Pero, Nerea, ¿estás sola!

—Sí, hay madres solteras. No pasa nada, solo quería que lo supieras.

—Este apartamento es pequeño, no tiene una habitación para el pequeño.

—Alquilaré uno con otro dormitorio si hay, eso no es problema y tengo un contrato de cinco años. Nacerá en septiembre. Me apañaré. Me iré a vivir a un lugar más barato.

—No puedes tener un hijo de Arnie sola.

—Lo llevaré a que lo vea tu familia en las fiestas, te lo prometo. Y tú puedes venir cuando quieras, si me cambio. Tendré que ir buscando ya algo más grande.

—Nerea...

—Sí.

—Es el hijo de mi hermano, es como mi hijo.

—Sí, lo sé. —Y él se la quedó mirando.

—¿Qué pasa?

—¡Cásate conmigo!

—¿Qué? ¿Estás loco? Yo estaba y estoy enamorado de Arnie, y tú eres mi cuñado, te quiero mucho, lo sabes, pero no puedo permitirte ese sacrificio.

—No me importa cómo me quieras, pero quiero ser el padre del hijo de mi hermano, es como si fuese mío. Nadie lo cuidará mejor que yo y eso lo sabe Arnie. Si te dejas, no me lo perdonaría.

—Pero ¿cómo puedes pensar eso?, así, de esa forma.

—Eso pensarán mis padres en cuanto lo sepan.

—¿Crees que estarán de acuerdo con lo que quieres hacer?

—Por supuesto.

—Pero, por Dios, Álex, tú te mereces una vida con alguien que te quiera, una mujer, tus propios hijos.

—Su hijo es mi hijo.

—No seas testarudo.

—No lo soy.

—¿Y mujeres?

—Cuando quiera tener una mujer, será fuera de casa, ni te vas a enterar.

—¿Y yo? Cuando pase el tiempo quizá quiera rehacer mi vida Álex, o conocer a otro hombre.

—Si llega el caso, nos divorciamos. Pero tienes veintiocho años casi, no creo que estés pensando en tener un hombre ahora mismo.

—No, ni quiero.

—Está bien, hablaré con mi familia esta noche y tú lo piensas. Tengo casa. Te vienes a mi casa, y ponemos una habitación para el chico. Tiene tres dormitorios y el dinero de mi hermano seguro que mi padre te lo dará para su hijo.

—No puedo aceptar eso.

—Tendrás que hacerlo, es la costumbre.

—Pero Álex...

—Tengo que irme.

—¿No te quedas a cenar?

—No, quiero que lo pienses, voy a ir a casa y hablaré con ellos.

—¿Y yo?

—Mañana vengo a la misma hora y hablamos. Piénsalo.

—Ay, Álex. —Y se abrazó a él llorando.

—No estás sola, pequeña, tienes mucha familia contigo, y no van a dejar al hijo de mi hermano.

—¡Ay, Dios!...

Cuando se quedó sola pensó en el ofrecimiento de Álex. Iba a sacrificarse por ella, una mujer que era su cuñada, que no quería como mujer, tan solo por cuidar al hijo de su hermano. Serían infelices, aunque se habían consolado esos meses. Pero no podía hacerlo infeliz. Podía tener las mujeres que quisiera, era guapo como su hermano, era como su hermano. No podía hacerle eso, pero lo vio tan seguro... y ¿qué iba a hacer ella sola?

Tuvo tantos miedos, pero con Álex se sentía protegida. A lo mejor se sintió egoísta, pero...

Cuando Álex llamó a su casa esa noche habló con sus padres.

—Pon el altavoz, papá, tengo que hablar con los dos.

—¿Qué pasa, *mijo*? —dijo María, su madre.

—Nerea va a tener un hijo de Arnie, está de tres meses y pico, se quedó embarazada en diciembre, según sus cálculos.

—¿De verdad, *mijo*? —Y empezó a llorar.

—Mamá, no llores.

—Papá...

—Dime, hijo.

—¿No dices nada?

—Estoy emocionado, al menos nos queda algo de tu hermano. ¿Cómo está ella?

—Se le nota un poco la barriga, pero poco, va a cambiarse a otro apartamento más grande.

—Pero queremos ver lo que dice, que vendrá a veros siempre, en las fiestas.

—Pero Álex, es nuestro nieto.

—Lo sé, mamá.

—¡Ay, Dios!, me alegro tanto de eso, lo malo es que, con el tiempo, se case con otro hombre y se olvide de nosotros y a nuestro nieto no lo veamos tanto como queremos.

—No es así, no lo hará, en eso estoy seguro.

—Pero allí sola...

—Estoy yo, mamá.

—Tú vives cerca, pero no es lo mismo.

—Le he pedido que se case conmigo.

—Álex, hijo...

—Mamá, papá, quiero ser el padre del hijo de Arnie, es como mi hijo, quiero cuidarlo.

—Pero, hijo, ella quería a Arnie.
—No me importa, quiero ser el padre de ese niño. No quiero perderlo.
—Es una locura, si ella lo quería tanto...
—También puede quererme a mí, no digo ahora. Quizá con el tiempo.
—¿Estás enamorado de ella? —le preguntó la madre.
—¿Hijo? —dijo el padre.
—Sí, lo siento, nunca hubiese hecho nada en contra de mi hermano, nunca, pero no puedo dejarla sola y menos con nuestro niño.
—¿Pero se lo has dicho?
—Ni se lo diré. Ahora no.
—¿Y si nunca se enamora de ti?
—Cuando encuentre un hombre, si se enamora, me divorciaré, pero lucharé por ella y los cuidaré.
—Al menos tienes un piso para el pequeño y poder dormir separados.
—Te enviaré el dinero que tenía tu hermano para su hijo, se lo das. No lo he tocado.
—Ya lo sé, sabía que harías eso, papá.
—Le pertenece a su hijo.
—Se lo daré para que compre las cosas y lo que necesite.
—Hijo, sé que harás lo correcto. Veremos a nuestro nieto en Acción de Gracias, o nieta, nos da lo mismo. ¿Y si te dice que sí?
—Mamá, será una boda discreta aquí, siempre podemos celebrar una grande más adelante. Una de verdad. Si esto llega a ser verdad.
—Es lo mejor.
—¡Está bien! Si necesitas dinero...
—No, papá, aún tengo, y si me falta, pido un crédito. Lo gano bien y ella también.
—Nos llamas mañana con lo que te diga.
—Lo haremos.
—¡Ay, *mijo!*, ¡ojalá te diga que sí! Tu hermano lo querría así. Lo sé, es mi hijo y lo sé.
—Os quiero. Os dejo, voy a darme una ducha.
Todo el día siguiente, estuvo un tanto nervioso, como ella. Durmió poco y además ese día era jueves y tenía que salir a tomar algo y quedarse para ver a los padres y había tenido un problema con uno de los chicos, que resolvió bien.
Cuando llegó a casa se dio una ducha, y esperó a Álex.
Llamó a la puerta y le dio un beso y un abrazo cuando ella le abrió.
—¡Hola, guapa! ¿Cómo estás hoy?
—Nerviosa, Álex.
—Yo también lo he estado.
—Pasa, ¿quieres tomar algo?
—Si me tomo un café salgo por la ventana. —Y ella rio—. ¡Está bien!, un refresco sin cola.
—Mejor. Ayer hablé con mis padres, y como te dije, mi padre me ha enviado el dinero de Arnie, tienes que darme tu número de cuenta.
—Pero no lo necesito.
—Es para su hijo, el tuyo, no puedes decirles que no.
—¡Está bien! le compraré la cuna y lo que necesite, no sé qué tenía tu hermano, lo guardaré para su bebé.

—Tenía 100 000 dólares ahorrados con el seguro del instituto.

—Eso es demasiado.

—Se lo guardas, y lo que sobre de las compras, l va a necesitar, guardaría en guardaría y demás.

—Sí, eso sí.

—¿Has pensado lo nuestro?

—Álex...

—Mis padres están de acuerdo.

—Pero no quiero atarte a un matrimonio en el que puedes tener felicidad con otra mujer, Álex.

—Ese es mi problema. No pienso ahora en eso como tú no piensas en otros hombres, de momento solo pensaremos en el pequeño.

—Es verdad.

—¿Entonces?

—¡Está bien! Me casaré contigo.

Y sacó un anillo igual al de su hermano y le quitó el de Arnie. Le puso ese.

—Es igual, pero este es mío.

Y ella se echó a llorar por el detalle.

—Ese lo guardas.

—Lo haré.

—Voy a quitar un dormitorio para el bebé, lo voy a dejar vacío este fin de semana, puedes dormir en el dormitorio grande.

—No, duermo en el de invitados, frente al del pequeño.

—Como quieras.

—No quiero que cambies nada.

—¡Está bien! Duermes en el otro, tienes baño con ducha.

—Casi nunca me baño, me gusta la ducha.

—Y el otro para el pequeño. Te haré un hueco en mi despacho.

—Me llevo este, es de mi amiga.

—Perfecto.

—Te vienes al terminar el mes, no pagues el mes de mayo.

—Vale, es mejor, sí.

—Así iremos cambiando los fines de semana los muebles y tus cosas y di que te vas, que te devuelvan la fianza, dejas los gastos pagados y ya está. Te ayudo y nos llevamos todo. En casa no tienes que pagar nada.

Eso no puedo hacerlo, Álex, yo gano casi 7000 dólares, a veces menos con las novelas, no voy a dejar que tú pagues todo.

—Tengo el apartamento pagado, Nerea.

—Por eso, yo pago los gastos y la comida.

—Nerea...

—Esa es la condición. No pagaré ni la mitad de lo que pago aquí.

—Eres testaruda.

—Sí, pero pago los gastos y la comida. Me saldría más caro vivir sola.

—Hasta que nazca el pequeño. Entonces, yo quiero participar de los gastos.

—Bueno, ya hablaremos. Tiene lo de tu hermano. ¿Cuánto pagas de gastos?

—No demasiado, unos dos mil dólares con la comunidad.

- Pues ya está.
—Nos casamos en dos semanas.
—¿En dos semanas?
—Ya habremos llevado tus cosas.
—¡Qué pronto!
—Vamos a hacerlo por lo civil, solo nosotros.
—Sí, eso me gustaría. No estoy para otra cosa.
—Pues si te parece bien, sacamos los documentos, yo me ocupo y nos casamos.
—Este fin de semana vamos a preparar todo lo que necesites llevarte, y nos cambiamos.
—Pero aún quedan quince días.
—Da igual. Te vienes ya.
—¡Está bien!
—Andarás más al instituto.
—No me vendrá mal si tardo media hora. Haré ejercicio.
—Álex...
—Dime.
—¿Estamos haciendo lo correcto?
—No tengo ninguna duda de que sí. Te cuidaré bien.
—Cuando quieras, ya está, Nerea. Lo sé, mujer. No llores, ¿vale?
—Es que sufro por eso, como si te cortara tu vida. Es un sacrificio que haces.
—No pienses en eso ahora, nena. —Y la abrazó.
—¿Te quedas a comer?
—Si has hecho buena comida, me quedo.
—Sí, está buena.
—Pues como y luego me voy, me agrada verte hacer planes, y además tienes que estar contenta.
—¿Le parecería bien a Arnie?
—Seguro.
—¿Y a ti?
—Evidentemente, éramos iguales.

Los días transcurrieron rápido. Álex donó una de las habitaciones frente a la de invitados para el bebé, hizo limpiar bien el apartamento, y dejó para pintar la del bebé. Cambiaron todo, Álex le ayudó a poner su pequeño despacho. Le hizo un hueco, cambió la disposición, y ella dio su nueva dirección al instituto y puso su nombre en el buzón con el de él.

Ya tenía nueva casa, de Taylor no se despidió. Había pasado al olvido. Sin embargo, sí que llamó un día por la tarde a Jacob y le contó la historia.

- ¿Y te vas a casar con su gemelo?
—Sí.
—Creo que a ese hombre también le gustas.
—No digas tonterías, es por el hijo de su hermano.
—Ya verás, amiga, ya verás...
—¿Y tú estás bien?
—Me caso con Marta, te voy a invitar a la boda, dame tu dirección.
—Voy a ir gordita.

—Estarás guapísima, con tu hombre. Los dos.
—¿Qué día?
—El 15 de junio, sábado.
—Pues iremos.
—Va Taylor con su nueva novia bimensual. —Y ella se rio.
—¡Cómo no!
—Nos vemos, quiero verte allí.
—Iré, Jacob, si no hay problema.

Pero primero se casó ella.

El sábado, él le puso las alianzas, y estaba nervioso, y ella se había comprado un vestido color blanco roto y unos tacones a juego, de encaje por la rodilla, un velito corto y pequeño con un sombrerito, y él un traje. Estaba preciosa.

Cuando dijeron puede besar a la novia, Álex no lo pensó y la besó en los labios. Nerea se quedó sorprendida tanto como él, pero sintió la presión de los labios de Álex en los suyos. Fue tan caliente como cuando la besaba Arnie.

—Lo siento —le dijo Álex cuando salieron.

—No pasa nada.

—Venga, vamos a comer, tomamos café y nos vamos a descansar. Llevamos unas semanas largas. Y tengo trabajo.

—Sí.

—¿Quieres ir a por pescado, carne, parrillada? —Y ella lo miró.

—Parrillada.

—Sí. —Y fueron a comer parrillada con ensalada.

—Creo que no me cabe el café —dijo ella.

—Lo tomamos en casa más tarde, nos llevamos la tarta de paso.

—Sí.

Cuando llegaron, ella fue a su habitación, se cambió y se puso sus mallas cómodas y una camiseta de manga corta, unos calcetines; él se puso un pantalón de chándal y una camiseta negra.

—¿Cuándo vamos al ginecólogo?

—No hace falta que vengas, Álex.

—Iré, cómo que no, es mi hijo.

—Lo es.

—El 31. Y en junio tenemos una boda de un amigo mío, el abogado de Taylor.

—¿Crees que es buena idea que vayamos?

—Me importa un pito lo que piense, Álex.

—Pues iremos.

—¿Qué quieres que sea? —dijo ella tumbándose en el sofá y se puso un cojín en la cabeza y otro en la cintura.

—¿Te duele?

—No, pero estoy más cómoda así, mira ya qué barriga me está saliendo. —Y se subió la camiseta. Él la tocó barriendo su barriga con una caricia que le puso los vellos de punta.

—Y pensar que ahí hay un bebé.

—Sí que lo hay, no sé por qué, pero tu hermano y yo siempre utilizamos preservativos.

—¿No tomabas pastillas?

—No, no puedo, me ponen nerviosa y no me las recomendaron.

—Pues entonces con más razón, Nerea.

—Ahora me alegro.

—¿Te gusta la casa? ¿Duermes bien?

—Es preciosa, claro que me gusta, mientras te guste la comida...

Y él se reía.

—Sabes que cocinas muy bien.

—Gracias. ¿Quieres que sea un niño o una niña?

—Un niño, si pudiese elegir.

—¿Y eso, Álex?

—Podríamos llamarlo Arnie, como mi hermano.

—Sí, eso seguro.

—¿Y si es una niña?

—Si es una niña, María, como tu madre. Es un nombre precioso y se lo merece por lo que ha perdido.

—Eres una mujer estupenda, ahora sé por qué mi hermano te quería tanto.

—Y yo a él.

—Voy a trabajar un rato al despacho.

—Y yo a dormir, estoy muerta, acabo de casarme y eso cansa.

—Sí. —Rio Álex, cerrando las cortinas del salón y se lo dejó casi a oscuras para que descansara.

A las seis se despertó.

—Álex.

—¿Sí? —Salió del despacho.

—¿Qué hora es?

—Las seis.

—¿Quieres café y la tarta?

—Casi es la hora de la cena. ¿Prefieres cenar?

—No, prefiero el café, cenamos más tarde. Es sábado.

—Hago luego algo de cena.

—Hoy es el día de tu boda, no vas a hacer cena. Vamos a pedir lo que te apetezca.

—*Pizza.*

—Pues *pizza.*

—Eres tan bueno conmigo...

—Lo intento.

—Voy a hacer el café.

—Si quieres lo hago yo —dijo Álex.

—No, tengo que moverme algo y debería dar un paseo después.

—Vamos, al menos media hora. Y mañana podemos ir también al parque, aparco el coche y andamos por los alrededores, podemos comer allí.

—Pero tengo que hacer la cena.

—Bueno, como quieras.

—Vente al salón a tomar el café conmigo.

Y él se iba con ella al salón y tomaron el café con la tarta.

Luego ella lo recogió y se puso las zapatillas.

—Vamos a dar una vuelta, venga, que te va a doler el cuello.

—Vamos, sí.

—Luego voy a escribir una novela nueva.

—No has dejado de escribir, a pesar de todo.

—Tengo que pagar los gastos, además, no puedo, se olvidan de mí las lectoras.

—Cómo eres...

—Te lo digo en serio, como no saque al menos dos novelas al mes, luego no me leen y están esperando que saque más, pero no me da tiempo.

—No sé cómo puedes tener tanta imaginación y encima con lo que ha pasado.

—Tengo que hacerlo, Álex. Es un trabajo.

—Sí, lo es. Sé que es complicado escribir novelas eróticas y románticas con lo que he pasado y el dolor que tengo, pero hay que hacer de tripas corazón. Además, las novelas son ya como una obsesión, más que como una fuente de ingresos, que también. Necesito escribir, la imaginación no me falta y me encanta.

—Desde luego que no. Yo, no sería capaz.

—Sí que serías capaz, Álex, es como cuando me contaste lo del miedo en la guerra, te hace reaccionar en vez de dejarte paralizado.

—Pero a mí la guerra no me gustaba.

—Pero era tu obligación, una misión para salvar tu patria.

—¿Desde cuándo eres tan patriota?

—Siempre lo he sido.

—Y estás en esta.

—Pero no olvido la mía.

—¿Cómo eras de niña?

—Pues fui una niña muy buena, alegre optimista, traviesa, pero cuando mis padres se divorciaron, me convertí en una chica introvertida, no quería salir, me daba vergüenza de que mis padres se hubiesen separado, era como una señal que llevaba y que no me gustaba.

Luego mi padre me presentó a su novia y más adelante mi madre a Sergio. Y tuve cuatro padres.

—Bueno, mejor, mujer.

—He comprendido con el tiempo que uno no puede aferrarse a nada ni a nadie. Y nosotros lo sabemos, Álex.

—Pero está en nuestros corazones y en nuestra memoria. Y es muy distinto.

—Bueno, y luego en la universidad conocí a mi amiga, la más loca, la que me dejó colgada en Nueva York, Adriana. Y creo que fue mi salvación. Me empujaba a salir, a ligar, a ser extrovertida, a reír y a vivir la vida. Es una entusiasta, no para.

—Tú también eres optimista.

—Espero seguir siéndolo algún día.

—Si se es, no se cambia.

—Bueno, pues me vine como loca aquí en contra de la voluntad de mis cuatro padres y fijate por todo lo que he pasado, cosas buenas, horribles, y conocer a tu familia, me encanta tu familia, tu gran familia, cuando ponen platos arriba y abajo...

—Somos un poco exagerados, la verdad.

—No puedo comer tanto, exploto —Y Álex se reía.

—¿Y ese chico de la universidad?

—Sí, Jesús, bueno, dos años estuvimos saliendo, pero sin vivir juntos, nos veíamos los fines de semana, algunos, pero era más introvertido, ingeniero, aburrido, y cuando me vi de nuevo metida en casa después de vivir la vida de loca, bailes y salir a divertirme, lo dejamos. Era demasiado serio. Y a los dos meses estaba aquí, y Jesús pasó a la historia, a pesar de que fue con el primer hombre que me acosté. No pasó nada.

—¿Nada de qué?

—Que nunca tuve un orgasmo con él.

—¿Entonces?

—Fue con Taylor, con Jesús, sentí algo parecido un par de veces, pero nada especial, no. Y no me preguntes con tu hermano porque eso no te lo voy a responder. ¿Y tú qué?

—Yo, pues nada serio, guerras y citas.

—¿Eres Taylor 2?

—No. —Y se reía—. Menos de dos meses. Una noche, eso, más o menos. Llevo dos años aquí, mujer.

—¿Y ninguna?

—Sí, pero no especial.

—¿Nunca has tenido una chica especial?

—Tengo una mujer especial.

—Vamos, Alex...

CAPÍTULO SIETE

Al final de mes supieron que iban a tener un niño, y como su padre, ya tenía nombre: Arnie. Y los dos se emocionaron, tanto como toda la familia.

—Me alegro tanto, Álex... —le dijo Nerea al salir del hospital—. Era lo que querías y yo también. Merece tener su nombre. ¡Qué mala suerte!, ¡nunca podrá conocer a su hijo, ni mi niño a su padre!

—Vamos, no llores, Nerea, mujer, que te hace daño.

—Sí, es verdad.

—Tendrá un tío igual que su padre.

El mes siguiente, ella se pasó comprando cosas para el bebé porque Álex tuvo dos fines de semana seguidos trabajando de noche. Y ella se fue de compras y decoró la habitación que Álex pintó de azul en dos tonos.

Le trajeron todos los muebles y dejaría la ropa para más adelante. Se compró ropa de verano, aunque iba a ir con mallas cómodas y camisetas o blusas bonitas. Y tres o cuatro vestidos estrechos para las clases y salir al final, compró de todo, más de lo que pensaba, y se compró de paso el vestido para la boda de Jacob, bonito y elegante, con los complementos en color verde como sus ojos. A Álex le encantó.

Nunca decía si compraba mucho o poco, ni en la comida que le encantaba y siempre estaba llena la nevera y casi todo sano.

Habían contratado a una señora para la limpieza, dos veces a la semana, el lunes y el viernes, unas horas. Así ella ya no tenía que limpiar ni cargar con la compra. Álex dijo que no había discusión y la pagaba él. No quería que se cayera limpiando.

La boda de Jacob fue preciosa y Álex la miró, sabiendo que ella quería una boda así. Cada día que pasaba se enamoraba más de ella, ya lo estaba y sabía que su hermano había elegido bien. ¿Y si la había elegido para él? ¡Ah, Dios!

Iba a ser difícil vivir con ella, y por poder tener sexo como deseaba.

Nerea vio a Taylor, iba con una de sus modelos estupendas, y este la vio embarazada, se acercó a ella a saludarla y darle la enhorabuena.

—¿Y el padre?

—Murió, ya te lo dije. —Pero al mirar a Álex, se quedó confundido por el parecido.

—Pero...

—Es su hermano gemelo, ahora mi marido. Álex, te presento a Taylor. Ya te he hablado de él.

Y se dieron las manos. Cruzaron cuatro palabras y ella le dijo que iba a saludar a Jacob.

Ella había pasado la fase Taylor. Era feliz con su nueva vida, habían pasado ya unos meses de la muerte de Arnie y aunque no lo olvidaba ni lo olvidaría nunca porque iba a tener a su hijo, Álex era un remanso de paz que necesitaba para ella y gracias a él salía flote. Si hubiese estado sola, no estaría como estaba. Al menos, a veces sonreía y bromeaba con Álex, no estaba sola y estaba en una casa maravillosa, con alguien como el hermano de Arnie.

Álex, como su hermano, era un hombre maravilloso, atento y estaba tan bueno como su hermano, no era ciega, pero ahora no podía pensar en eso y menos como estaba.

Llegó el verano y ella compró la ropa para el bebé. Todo estaba listo y ella más gordita. Se pasó el verano andando por las calles para no engordar, porque todo dulce que veía lo miraba con ojos golosos, y no podía ser.

En agosto, apenas le quedaba un mes para dar a luz, estaba de ocho meses y Álex se tomó vacaciones.

—¿Dónde vamos?

—¿Cómo que dónde vamos? ¿Me has visto?

—Te veo. ¡Estás preciosa!

—Gracias, ¿es que necesitas gafas? —Álex se reía.

—No vamos a quedarnos en casa. Te queda un mes ya.

—Tengo todo preparado.

—¿Quieres que vayamos a ver las cataratas de Boston, Harvard, Cambridge? Nos quedamos en las cataratas cuatro o cinco días y vemos todo, las rutas...

—Sí, eso me gustaría y está cerca.

—Sí, mujer, al menos una semana, luego descansamos en casa. Vamos al parque y si quieres a ver algo de Nueva York...

—¡Me encanta! —Y lo abrazó, sin pensarlo.

Y Álex la abrazó por la cintura y la besó en los labios.

Ella se retiró y no dio importancia, pero él se puso duro, ¡joder!...

Fueron unos días maravillosos. A veces ella se dormía en la carretera, cansada, y pedían una habitación con dos camas, eso los unió por las noches y hablaban de cuando estuvo en Irak, que ella quería que le contara y en Afganistán, cómo era y si pasaba miedo, y lo que hacía en su trabajo.

—Me alegro de que sea un trabajo de oficina, Álex, si estuvieses en la calle, me pondría nerviosa.

A la vuelta de las vacaciones...

—Lo he pasado tan bien, me encanta haber salido, gracias, Álex. Necesito dos días de descanso estoy muerta.

—Mujer, ahora te cansas más. Y cuando entres en septiembre en el instituto...

—Lo tendré a finales de septiembre, podré dar un mes de clase mientras me buscan un sustituto para la maternidad y luego descansaré hasta final de enero. En febrero lo apuntaremos en la guardería de abajo. Lo dejo al irme y lo recojo al salir.

—¡Está bien!, tan pequeño...

—Tendrá cuatro meses, será un bichejo.

Una de las noches, Nerea tuvo una pesadilla y se levantó con el corazón a mil. Había soñado con Arnie y con el niño que lo mataban de un balazo. Era pequeño y veía sangre en el cochecito.

Tuvo tanto miedo que se fue a la habitación de Álex y se metió en la cama con él temblando.

Álex encendió la luz.

—¿Qué te pasa, nena?

—He tenido una pesadilla horrible, no puedo dormir sola.

—A ver, ven. —Y la abrazó. Solo tenía los *slips* y no quería ponerse duro con ella en esos momentos.

—Veía al pequeño en el cochecito, le habían dado un balazo y estaba el coche lleno de sangre.

—Vamos, nena, solo ha sido una pesadilla. Anda, quédate y te duermes, ¿te hago algo?

—No, solo abrázame.

—¡Estás agitada!

—Sí, ha sido horrible.

—Venga, estoy aquí contigo, no ha pasado nada.

Y ella se fue quedando dormida abrazada a Álex y él a ella, oliendo su pelo, con la mano en su panza y su cuerpo pegado al suyo.

Por la mañana amaneció abrazado a sus pechos hermosos y llenos y quitó las manos antes de que despertara.

Y se levantó con una erección.

—¡Joder!, ¡maldita sea! —Y se dio una ducha.

—Álex —le llamó ella.

—Sí, ¿qué pasa? —Salió con una toalla en la cintura.

—¡Estás muy *sexy* así!

—Seguro.

—No sabía si estabas.

—Estaba dándome una ducha. Vamos a ir a desayunar fuera.

—¿Sí? Me encanta.

—Por eso, anda, vístete.

Y ella fue a recoger las camas y se vistió.

—¡Qué miedo he pasado esta noche! El corazón me palpitaba y creía que iba a ahogarme.

—Duerme conmigo hasta que tengas al bebé, no quiero que tengas pesadillas.

—Sí, lo haré. Si no te importa.

—Sí, queda poco. Y no, no me importa, lo prefiero.

—Vale. Gracias, Álex.

Empezó el curso y Álex su trabajo. Ahora andaba más para llegar, pero le venía bien, dejaba las zapatillas en su despacho y se ponía los zapatos bajos para dar las clases.

A final de septiembre, como estaba previsto, mientras se bañaba sintió correr por sus piernas el agua más cálida de lo normal. Era sábado y le dijo a Álex que se vistiera, y cogiera los bolsos de la habitación y el suyo de mano, que se iban. Que estaba de parto. Había roto aguas.

El pequeño Arnie nació al mediodía del sábado 31 de septiembre. Álex entró al parto, ella quiso que entrara, iba a ser el padre. Y vio nacer a su hijo, y el de su hermano.

Ambos se emocionaron al ver al pequeño de ojos negros y una mata de pelo negra como el carbón.

Era igual a ellos.

La enfermera le dijo:

—Es igualito que su padre. —Mirándolo.

—Sí, es como yo.

Estuvo tres días en el hospital y Álex no se retiró de su lado. Llamó al instituto y Álex se encargó de recogerle los documentos de la maternidad. El director le dio la enhorabuena.

Le llegaron ramos de flores de sus alumnos del instituto, de Álex y de Jacob y Marta, que fueron a verla.

—¡Es precioso! —dijo Marta—. Y grande.

—Sí que lo es.

—¡Es tan bonito! —Lo tuvo en brazos, mientras en el pasillo, Álex hablaba con Jacob.

—¿Estás bien? —le dijo Marta.

—Sí, bien, los puntos me molestan un poco cuando me muevo, pero bien.

—Álex es maravilloso contigo. Yo creo que ese hermano también está enamorado de ti.

—¿Tú crees?

—Estoy segura, por cómo te mira.

En casa, no necesitó a nadie. Álex le curó los puntos. A ella no le daba reparo que lo hiciera, la había visto parir y en un par de semanas estaba recuperada y no tenía puntos.

Álex estaba loco de contento con el pequeño, sus padres fueron a verlos y le dejaron la habitación de invitados, y ella durmió esas dos semanas con Álex.

—Lo siento, Nerea.

—No seas tonto, hemos dormido antes. Y me gusta tenerlos en casa, me ayudan y están locos con el pequeño.

—¿Verdad?

—Sí, tienes una familia maravillosa, quiero ir el año que viene en verano a ver a los míos, iba a ir este, se lo dije a Arnie, pero con todo lo que ha pasado, el año que viene. Quieren ver al niño. Iremos en julio, cuando coja las vacaciones, así si te tomas agosto libre, estaremos contigo y podemos ir a ver a los abuelos a Miami.

—Gracias, Nerea.

Y él la abrazaba a su cuerpo y Nerea se dejaba porque se sentía bien allí en ese hueco hecho para ella, protegida.

En Acción de Gracias fueron a Miami, y todo el mundo conoció al pequeño Arnie, pero su madre dijo que de casa no se salía ese año, tenía miedo.

El niño recorría e iba de mano en mano. Era tan bonito.

La familia le dio dinero para el pequeño y ella no quiso.

—Coge ese dinero, es para el pequeño, lo pones con lo que le tienes guardado.

—Álex, me da cosa.

—No seas tonta.

Volvieron por Navidad como siempre hacían toda la familia.

Y en enero, apenas le quedaba menos de un mes para entrar al instituto y ya tenían plaza en la guardería. Con las comidas, excepto la cena.

—Álex...

—Dime, nena.

—Ya queda tan poquito para dejarlo, me va a dar pena. —Y él salió del despacho.

—Dame a ese pequeñajo. —Lo subía en alto.

Y se reía.

—¡Ay, Dios!, ¡lo vas a volver loco!

—Es mi niño mimado.

Se sentó con ella en el sofá y el pequeño se quedó dormido y lo acostó en el cochecito. Y cuando Álex se levantó para irse de nuevo al despacho...

—Álex, no te vayas.

—¿Qué pasa?

—Ven, siéntate a mi lado.

—Dime.

—¿No has estado con ninguna mujer en todo este tiempo?

—No, ¿por qué me preguntas eso?

—Por saberlo. ¿En casi un año?

—Pues sí, en casi un año, ¿qué tiene eso de malo? Tú tampoco.

—¿O es que no me he enterado?

—Lo sabes todo, Nerea, y no, no me he acostado con ninguna, ¿he faltado alguna noche?

—No, pero en el trabajo...

—¿En el trabajo?, mujer, estoy metido en el despacho con gente para arriba y para abajo.

—A lo mejor alguna chica...

—Sí, alguna chica, pero no quiero...

—¿Y eso por qué?

—No quieras saberlo, Nerea.

Y se levantó. Se fue al despacho dando por concluida la conversación.

—¿Por qué no debo saberlo? Quiero saberlo —Fue tras él.

Quería saberlo porque lo deseaba. No había dejado de querer a Arnie, pero tener a Álex a diario en su vida, era desearlo. Y no porque le pareciera a Arnie que era idéntico, sino porque... ni ella misma sabría explicarlo, pero era su marido. Aunque quizá esa unión ella se la tomaba demasiado en serio últimamente y tenía celos si se acostaba con otra, porque le gustaba mucho, más de lo que alguna vez podría haber pensado y en un impulso fue tras él al despacho.

Estaba sentado, serio, y lo abrazó por detrás del cuello, llevaba deseándolo ya unos meses y besó su cuello.

—Nerea, nena...

—Ummm...

—¡Estate quieta! Eso no...

—¿Por qué? Eres mi marido y no estamos con otros, y te deseo...

Pero ¿qué decía? Quería a su hermano.

Sin dejar de besarle el cuello, metió la mano en su pecho acariciándolo y bajando la mano hasta tocar su miembro duro y grande, de terciopelo, y él dio un pequeño respingo.

—Nena, si sigues por ese camino, no respondo.

—Ah, ¿no? Una pena, porque creo que esto responde. Y tocó su sexo grande de terciopelo entero.

—Pero qué... ¡Mujer, déjame!

—¿Quieres que te deje? —Y empezó a mover su miembro.

—¿Te quieres arrepentir? —casi gemía Álex.

—Nunca.

Y él se dio la vuelta a la silla giratoria y la sentó a horcajadas sobre sus piernas y la cogió por la cintura.

—¿Es porque tienes ganas de sexo?

—Es porque tengo ganas de sexo contigo.

—Nerea...

—¿Sí?

—Sabes que me gustas.

—Lo sé, tú a mí también.

—Que me perdone mi hermano, pero te deseo tanto...

—Que me perdone a mí también, pero te deseo tanto...

Y él la apretó a su cuerpo y la besó.

Se besaron como si no hubiera un mañana. Álex era tan caliente como su hermano. Su sexo emanaba fuego en el suyo.

Y ella lo buscaba.

—Para, loca —Y lo metió, pero cogió su miembro, lo metió en su sexo y empezó a moverse—. ¡Joder, Nerea! Chiquita. —Y así se la llevó al sofá cerca del carrito del niño y allí hicieron el amor como dos locos desatados.

Era tanto el deseo que habían aguantado que ella creyó morir en brazos de Álex.

No supo cómo, pero se quedaron desnudos después del clímax intenso que tuvieron.

Se quedó dentro abrazada a su cuerpo grande. Se sintió frágil y él también.

Se miraron y ella derramó unas lágrimas. Él también.

—Lo siento, Álex.

—¿Te has arrepentido?

—No nunca me arrepentiré, jamás, solo que la última vez que lo hice, fue con tu hermano. Era igual a ti...

—Es normal, preciosa, yo me siento como si le robara algo que le pertenece.

—Le pertenecía. Ahora eres mío y yo soy tuya. Y él siempre estará con nosotros.

—Tienes palabras para todo, pero este dolor hemos de superarlo, chiquita.

—Lo haremos.

—Tenemos a su hijo, al nuestro.

—Sí, y te tengo.

—En el momento en que mi hermano me enseñó tu foto la primera vez, me enamoré de ti, nena.

—¿Estás loco?

—Sí, estoy loco, pero por ti, pero mi hermano te conoció antes y ahora sé por qué. Llevamos juntos casi un año y no te he sido infiel porque no puedo. Pensé que algún día me amarías a mí como amaste a Arnie. No quiero que dejes de amarlo, o de recordarlo, es mi hermano gemelo. Es un sentimiento infernal ahora.

—Vamos, Álex, no digas eso, no hemos hecho nada malo, no hemos sido infieles, además, estamos casados.

—Sí, de esa manera.

—Bueno, más adelante nos casaremos de otra. Lo único que sé ahora mismo es que te necesito, necesito que me acaricies y me abrases por las noches. No quiero dormir sola y quiero hacer el amor contigo. Es como empezar a salir con alguien.

—Sí, haremos eso.

—Si luego no me quieres, te divorcias de mí.

—¿Después de estar enamorado de ti durante casi dos años y hacer ahora el amor contigo?
Nena, estás muy loca.

Y ella lo besaba en los labios.

Él metía su lengua en su boca y no se cansaba de besarla y así la penetró de nuevo gimiendo y mordiendo sus pezones y acariciándola. Ahora no podía ser más suave.

—No puedo, nena.

—No pares, Álex, no pares... —Y él no paraba.

—Me gustaría hacerte el amor más lento contigo, pero ahora es que... Te deseo tanto, que no puedo.

—No hace falta, me gusta así.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—Pervertida, morbosa.

—Tonto. ¿No puedo desearte?

—Me encanta que me desees y que me busques.

—Sí, porque si fuese por ti estaríamos años, y yo con cuernos.

—¡Eres tan bonita!

—No, estoy gorda aún.

—¡Estás perfecta! Tenemos un hijo de cuatro meses casi.

—Esto va a cambiar nuestra vida, Álex.

—Lo sé. Intentaré hacerte la mujer más feliz del mundo.

—Y yo a ti.

—Vamos a intentar que este matrimonio funcione.

—Sí. —Lo acariciaba ella.

Y en esas, el niño se despertó.

—Si nos deja...

—Tiene hambre, ya le toca, pero aprovecha ahora que cuando sea grande no nos dejará.

—Ummm... —La abrazó y empezaron a vestirse.

—¿Le doy yo?

—No, se lo doy yo y me lo llevo al despacho un rato para escribir.

—No sé cómo puedes escribir con él en brazos.

—Con un juguete luego se cansa pronto, es demasiado pequeño.

—Vas a ser una buena madre.

—Eres tan guapo...

—¡Qué tonta! Ahora cuando coma el pequeño, hago un café.

—Sí, luego haré la cena, si me deja al menos un par de horitas de trabajo.

Así empezó una nueva vida con Álex. La habitación de invitados se quedó cerrada y ella cambió todas sus cosas y la ropa a la de Álex.

—Me invaden —dijo él al bebé que lo tenía en brazos.

—Dile a papá que se calle, Arnie, tienes espacio de sobra. —Y los besaba a los dos—. Mientras guardes las armas...

—¿Qué armas?

—La pistola.

—Esa está aquí, ven.
Puso al niño en el cochecito.
—Que no, loco, que tengo que terminar esto.
—Que sí. —Y la cogió por detrás, penetrándola.
—¿La sientes?
—Sí. ¡Oh, Dios, Álex!, eres incansable.
—Me has dejado un año sin sexo, ¿qué crees que soy de piedra?
—Más o menos. —Y la embestía hasta hacerla feliz.

Y volvieron a una vida feliz. Nerea lo era, aunque pensaba y le daba miedo volver a sentir lo que sentía y encima con el hermano de Arnie, pero Álex era tan perfecto..., resultaba atento, detallista, de vez en cuando le traía una flor o un ramo o bombones, siempre estaba así.

Había sido un marine y tenía el corazón de un enamorado. A veces lo pillaba mirándola como si la adorara.

—Yo también te adoro, tonto.
—No tanto como yo.
—¿Qué sabes tú?
—Porque sé que aún te queda tiempo.
—¿Qué tiempo?
—Para amarme como yo te amo.
—Pero si te amo, Álex. Siempre piensas que no puedo amarte como a tu hermano.
—¿Sabes que tengo a veces celos? Celos de mi hermano muerto, eso es...
Y ella se iba a su lado.

—A ver... mírame, quise mucho a Arnie, era tu hermano, una persona estupenda que merecía que lo amara, y no solo yo, cualquier mujer.

—Lo sé.
—Pero tú, eres mi marido, un hombre al que amo y eres su hermano, yo también sufro por tener esos sentimientos, y a veces no sé si hago bien o mal al tenerlos, pero no puedo arrepentirme porque te necesito y te amo. No puedo evitar haberme enamorado también de ti.

—¿En serio?
—En serio, Álex, creo que te lo he demostrado con creces. Tienes que creerme.
—Sí.
—Pues sé feliz, si no, nunca lo seremos. Él quisiera vernos felices, por su hijo.
—Es verdad, nena.

—Mira, cuando llegue el verano, aún faltan unos meses y entro la semana que viene al trabajo, pero cuando lleguen las vacaciones, voy a ir a España sola, con Arnie.

—¿Vais a ir los dos?
—Iba a ir sola cuando hice planes con tu hermano, el año pasado.
—¿No te quedarás allí?, porque voy a por ti.
—No me quedaré, mis padres están divorciados, yo casada con un hijo y un trabajo y una casa que me encanta, ¿por qué iba a quedarme?
—No sé. Tengo miedo.
—¿Un marine y un policía?
—Sí, así es, ¿entonces por qué vas a hacerlo?

—Porque ese mes nos vamos a tomar un tiempo para poner en orden nuestros sentimientos y pensar. No me quedaré todo el mes, nos vemos antes y luego vamos a Miami a ver a tus padres, me quedo dieciocho días o así y luego el resto vamos a casa de tus padres.

—Pero, Nerea, te voy a echar de menos. ¿Qué voy a hacer sin ti ese mes?

—Descansar, mandar que limpien la casa a fondo y darte paseos para pensar, vas a Brooklyn a la playa, la tienes cerca, y piensas en lo nuestro.

—Si es lo que quieres...

—Sí, lo hemos hecho todo tan rápido..., por eso vamos a pensarlo bien.

—Pero no te dejaré sola estos meses.

—Ni yo.

Y empezó a trabajar de nuevo. Había pasado su maternidad y se puso al día con sus alumnos, a Arnie lo metieron en la guardería y se adaptó a ella, era pequeño y así fueron pasando los meses.

Nerea se sentía feliz, pero sabía que Álex siempre estaba pensando en su hermano y a veces, aunque él hacía el amor como un loco y la amaba, pensaba que su hermano no lo perdonaba, y tenía que superar eso, porque él era el que había querido ese matrimonio con ella y la amaba, y lo estaba matando esa culpabilidad.

Ella le dijo que fuera a un psicólogo si tenían, y él fue a uno que ellos tenían de la policía.

Mejoró bastante y empezó a ver las cosas de manera diferente.

—Creo que el psicólogo es bueno —le dijo ella una tarde.

—Es una psicóloga.

—¿Está buena?

—¿Estás celosa?

—Por supuesto que estoy celosa, te la recomendé yo.

—Está casada, mujer.

—¡Qué susto! Ya pensé perderte.

—No pienso dejarte ni que me dejes, lo sabes, a pesar de todo lo que pase. —Y la besó.

—Bueno, en todo caso, creo que estás haciendo un buen trabajo y debes dejar esa culpa, mi amor.

—¿Tú la has dejado?

—Sí, la he dejado, porque sé que él nos perdonaría, tú lo harías. Él no podría haber elegido un mejor hombre para mí y como padre de su hijo que a su propio hermano. Eso lo he entendido, y quiero que lo hagas tú. Aunque te cueste. Sé que mi posición es distinta, pero no te quiero ver con esa culpa a costas, Álex, mi amor, te quiero tanto...

—Lo sé.

—Ven, nene.

—¡Ay, mi niña, si pudiera...!

—Puedes por mí y por Arnie, y por tu hermano.

—¿Me ves mejor de verdad?

—Sí, ya verás, cuando logres entenderlo del todo.

—Te quiero tanto, chiquita...

—Y yo a ti.

—Anda, vamos a la cama que tengo un hombre que va a gemir.

—Ya te sale tu lado pervertido.

—Te gusta mi lado pervertido.

—Sí. —Y lo tumbó en la cama.

—Bruta.

—Sí, bruto tú ahora cuando te haga esto. —Y fue a buscar su miembro y lo metió en su boca, chupándolo y lamiendo sus paredes.

—¡Ah, Nerea!, nena, sí me pongo...

—Lo sé.

—Por Dios, nena, joder... Más despacio... ¡Ah, Dios! —Y él cogía la cabeza de ella y echaba la suya hacia atrás sintiendo tanto deseo por lo que ella le hacía que alcanzaba el cielo.

—¡Dios, Nerea!, nena. —Y ella seguía chupándolo y moviéndolo hasta que saltaba por los aires, bajando su cuerpo a pulso en la cama a impulsos—. ¡Ahgg, Dios!, chiquita, por Dios.

—Respira, cielo. —Y fue hasta su boca y lo besaba—. ¿Te gusta cómo te lo hago?

—¿Me lo preguntas, loca? Si ya sabes la respuesta.

—¿Te lo han hecho muchas mujeres? —le decía ella encima de él mirándolo con sus pechos pegados al suyo ancho y duro.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Para ponerme celosa.

Y él se reía.

—Sí, me lo han hecho unas cuantas, no recuerdo el número.

—Sí lo recuerdas, malvado.

—Siete o más.

—¿Siete?

—Tengo treinta y cuatro años, pequeña.

—¿Y soy de las mejores?

—Eres la mejor.

—Mentirosillo, me lo dices para que esté contenta.

—No, te lo digo porque eres tú y todo cuanto tú me hagas será lo mejor, porque te quiero.

Y ella lo abrazó.

—Te quiero tanto... no me faltes nunca, tengo celos.

—No tengas miedo, nena, ni celos, no tienes motivos.

Y la puso boca abajo y la penetró; y se movía en su cuerpo. Era suyo y era suya, y sus cuerpos ardían como fuego de leña. En eso era muy parecido a Arnie, recordaba lejano ella, pero era el calor del cuerpo de Álex. El hombre que amaba ahora. Al que estaba unida de por vida y no pensaba perder por nada del mundo.

CAPÍTULO OCHO

Pasaron los meses y terminó de nuevo el curso escolar y ella dejó al chico en la guardería el mes de julio también.

Quiso que le limpiaran el piso y no dejarlo para cuando Álex estuviese solo, llamó a Sídney, a su amiga con la que hablaba cada mes y a sus padres. Iba a ir a verlos y estaban encantados de conocer por fin a Arnie. Cuando fuera tendría casi un añito. Ya intentaba dar sus primeros pasos y caídas, y Álex se preocupaba.

—Álex, es normal, se tendrá que caer, menos mal que el suelo es de madera, en España son de losas.

—Me preocupo por todo.

—No seas tonto, además tiene el parquecito cuando me cansa, lo meto con los juguetes allí. Es bueno. Pero tiene que aprender a andar.

Los fines de semana lo llevaban al parque y ella fue preparando una gran maleta para la ropa de los dos, un bolso para las cosas que iba a necesitar en el viaje y su bolso. Metió a Arnie en su pasaporte y abrió una cuenta de un banco español con algo de dinero para estar allí ese tiempo.

Y sacó los pasajes.

—Te veo y me pongo malo.

—Pero, cariño, allí estaremos en casa de mi madre, vive cerca de la playa, lo pasaremos bien y tienen que verlo, no voy en tres años y no conocen a Arnie y me quedo solo tres semanas.

—Mejor, quiero que pienses en lo nuestro, no te acuestes con ninguna.

—La que no te tienes que acostar con ninguno eres tú.

—Quiero que salgas y andes o vayas al *gym* o a la playa, a una piscina, lo que quieras. Y, sobre todo, nos eches de menos.

—Eso ni lo dudes.

Ella sí que lo iba a echar de menos porque tanta pasión... iba dando clases a Álex, pero ella sí que estaba muerta de miedo con dos meses de retraso, no podía ser que se quedara de nuevo embarazada, no podía ser, se iba a llevar justo dos años con Arnie, un año y medio o así, ¿cómo iba a apañárselas con dos hijos?

Pero no se lo diría a Álex hasta la vuelta.

Se iba a olvidar de todo, iría con su madre allí a la la ginecóloga, y descansaría, lo necesitaba, habían sido tres años duros, amargos y felices, tuvo de todo en Nueva York.

Y ahora iba a casa a ver a sus padres, sobre todo con su madre tenía más confianza, por eso se quedaba en su casa con el niño, y su madre tenía preparada una cuna plegable y estaba encantada con Sergio, su pareja, de tenerlos en casa unos días. Habían pedido las vacaciones para estar con ella.

—Cielo —le dijo en el aeropuerto a Álex—, te quiero, te amo, que lo sepas.

—Vuelve, mi chiquita.

—Pues claro, tonto.

—Llevas a mi niño.

—Que sí, haz lo que te he dicho, descansa y haz ejercicio, cuando vuelva, vamos a Miami.

—Vale, aunque sean cinco días, el resto descansamos en casa.

Y él la besó y abrazo fuerte.

—Menos mal que mi madre ha comprado una sillita para pasear al niño. No puedo llevar tantas cosas, parezco una mula.

—¡Qué exagerada!

—Pronto volveremos. —Y la besó a ella y al pequeño. Ella lo vio triste al irse de allí, solo en el aeropuerto, mirándolos.

«Cielo —pensó ella—, espera que venga y verás. Tendrás a tu hijo también y eso te va a quitar toda la pena que tengas, vamos a llenar la casa».

El viaje se hizo corto porque ella lo cogió nocturno, en primera y el niño se durmió toda la noche como solía hacer.

Ella a veces daba alguna cabezada, ya le pasaría factura el *jet lag*.

Cuando llegó al aeropuerto de Málaga, llamó a Álex para decirle que habían llegado bien, que veía a sus padres fuera y que estaba esperando las maletas.

—Llámame cuando despiertes.

—Sí, cielo, te amo.

—Yo también.

Cuando salió por la puerta, la madre estaba loca y la abrazó; también al niño.

—¡Ay, mi niño!, pero qué guapo, es un mexicanito.

—Sí, su padre era demasiado moreno y con el pelo y los ojos negros también.

—¡Dios qué bonito, pero más alto!

—Su padre es muy alto y Álex también, ellos y su padre son hombres altos, casi 1,86.

—¿En serio?

—Sí, mamá.

—Con razón.

—¡Hola, Sergio! —y lo abrazó—. ¿Cómo estás?

—¡Muy bien, guapa! —Le cogió la maleta—. Venga, vamos a casa.

Y en el viaje a casa de su madre, ella le fue contando.

—Estoy muerta. El pequeño sí que se ha quedado dormido toda la noche.

—No te preocupes, cariño, me dices qué come y te echas a dormir, te das una buena ducha, comes y a dormir, nosotros nos ocupamos del pequeño. Nos dejas su ropa y ya está. Y mañana nos vamos a la playa y a descansar.

Y eso hizo.

Se quedó dormida casi un día entero, y su madre y Sergio se hicieron cargo del pequeño.

Era un encanto.

Por la noche vino su padre con su pareja Celia y fueron a comer todos juntos.

El padre también estaba encantado con su nieto.

Y este estaba como loco con tanta gente y juguetes.

Le encantaba la playa, y le compraron un cubito y una pala, y no paraba, aprendió a andar, aunque se caía a veces, pero se mantenía bastante en pie, y ella le enviaba vídeos a Álex.

—¡Hola!, mira a Arnie en la playa...

—Pero si anda solo...

—Anda, juega, se está convirtiendo en un traste.

Álex se reía.

—Lo llevaremos a Miami a la playa.

—Sí, para que lo veas. Bueno, te dejo, te amo.

—Y yo, pequeña.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes, estoy en la playa, piscina, *gym*... Y descanso.

—Eso es lo que quiero.

A los cinco días de estar allí en Málaga, le dijo a su madre:

—Mamá...

—Dime, hija.

—Creo que estoy de nuevo embarazada.

—¿Qué me dices?

—Sí, se van a llevar un año y poco.

—Pero ¿de cuánto estás?

—De casi tres meses, creo, quiero ir al ginecólogo.

—Pedimos uno privado.

—Sí, vamos a llamar.

Y solicitaron visita a uno privado.

Ella le había contado a su madre todo cuanto le había pasado.

—Hija, ¡qué mala suerte de lo de Arnie!, porque lo amabas. ¿Y a Álex?

—Álex es el hombre de mi vida.

—Pero él sufre.

—Cuando tenga a su bebé, se le va a quitar todo sufrimiento, no va a tener tiempo de pensar, tendrá que echar horas extras.

Y se reían.

—Ni lo digas, gana muy bien y tiene un piso precioso pagado y una habitación libre, menos mal, cambiaré a Arnie a una camita, le pondré una habitación y dejaré los muebles de Arnie para el nuevo o la nueva. Si es niña, cambio la pintura.

—Mi hija, vas a ser madre de nuevo a los veintiocho.

—No es mala edad.

—Serás luego madre joven.

—No creas.

—Bueno, tú siempre serás mi niña. No quiero que te vayas.

—Mamá, allí tengo todo lo que necesito, lo quiero y lo amo.

—Dos hermanos gemelos idénticos. Deberías escribir esa novela.

—Lo he pensado.

—Pues hazlo, porque es tu novela favorita.

—Sí, me temo que tendré que hacerlo.

—Espera, y al volver la escribes. Tenemos cita pasado mañana a las doce.

—¿Para el ginecólogo?

—Sí, es una muy buena, se llama Mercedes y esa es la que yo voy.

—¡Está bien! Iremos.

—Álex se va a llevar una gran sorpresa.

—¿Crees que no querrá hijos?

—No, lo que pienso es que cree que no quiero tener más hijos, pero deseo tener uno suyo, se merece tenerlo —dijo ella.

—Desde luego. Los va a querer a todos por igual.

—Eran tan idénticos... que jamás pensé que...
—Hija, si eran idénticos, con más razón. ¿En la cama también?
—¡Mamá!
—Quiero que me lo cuentes, me cuentas todo.
—Con Arnie era puro fuego, con Álex es igual, pero no los confundo, ni la primera vez pensé que era él, y yo creo que él sí cree que aún estoy haciendo el amor con Arnie. Tengo esa sensación.
—Hija, es normal, ponte en su lugar.
—Pero si cuando lo nombro digo su nombre.
—Sí, necesita más tiempo para creer que lo amas a él de verdad.
—¡Ay, mamá!, si lo amo de verdad, como amé a Arnie, pero es que Álex es tan..., detallista, me quiere tanto, es tan paciente y sexual, un loco.
—¡Ay, hija!, vas a ser muy feliz, ya verás.
—Tengo miedo de que le pase algo.
—¿Algo como qué?
—Como a Arnie y me quede sola.
—Ni lo pienses, y si pasa algo, te vienes. No consentiré que te quedes allí, eso seguro, aunque tengamos que ir tu padre y yo para traerte a rastras. No quiero que pienses esas cosas tan negativas, hija. Sé feliz, eso no puede pasar dos veces.
—Me da miedo ir a Miami.
—Como en cualquier ciudad, hija.
—Es verdad. Mira el loco, comiendo arena... ¡Arnie! —Y su madre se reía.

A los dos días fueron con el niño a la ginecóloga y Sergio se quedó con el chico fuera, mientras entraban ella y su madre.

—¿Es tu hija? —le dijo la ginecóloga cuando entraron.
—Sí, la que es americana.
—Casi —dijo ella riendo.
—Quiero que la mires. Le falta la regla desde hace dos meses.
—Desde mayo.
—Entonces casi tres.
—Sí, casi tres.
—Vamos a ver. Súbete y descúbrete que voy a hacerte una ecografía.
Y la miró. Nerea echaba la cabeza atrás para ver.
—¿Tienes gemelos en tu familia?
—Sí, mi marido es gemelo idéntico.
—Pues ya sabes qué te espera.
—¿Dos?
—Exacto.
—¡No me lo diga!
—¿No te lo digo? Pues no te lo digo, pero que tienes dos es más seguro que esa señora es tu madre.
—Mamá...
Y la madre estaba encantada.

—Mamá, por Dios, tres hijos...

—Mira los corazones.

—Dios mío.

—A prueba de bomba.

—¿Cómo te encuentras?

—Fenomenal, pero me va a dar algo y a mi marido, ya tenemos uno.

—Pues que sean tres.

—¿Cuándo puedo saber el sexo?

—Bueno, estás de tres meses y medio.

—Así tengo tanta barriga.

—Más de lo que creías, te quedaste a primeros de mayo.

—Claro, en mayo ya no tuve regla.

—Pues ya sabes, a primero de febrero, una semana más o menos, quizá antes son dos.

—Madre mía.

—¿Quieres saber el sexo?

—¿Ya puedo saberlo?

—Sí, están bien colocaditas.

—¿Colocaditas?

—Dos niñas preciosas e idénticas.

—Me va a dar algo, mamá.

—Mujer. Si tienes un marido gemelo idéntico, tenías todas las papeletas para ello.

—Solo te voy a recetar unas vitaminas, una al día y cuando vuelvas ve a tu ginecólogo y ya que lo lleve él, pero, enhorabuena, tendrás que cuidarte.

—Me van a echar del colegio.

—¿Por qué mujer?

—Porque mi hijo apenas tiene un año.

—Vamos, mujer, se alegrará el que te sustituya.

—Perderé casi un año de colegio.

—Vamos, lo importante es lo importante.

La madre le pagó. Ella no quería, pero su madre insistió en ello.

—¡Ay, Sergio! —le dijo al salir a la pareja de su madre.

—Dime, cariño.

—Voy a tener dos niñas.

—¿En serio?

—Y tan en serio, ¿qué voy a hacer con tres hijos?

—Cuidarlos, hay buenas guarderías.

—Coche doble, tres silletas atrás, y si estás cerca, el pequeño Arnie andando o que se suba atrás.

—¿Qué has tenido?, ¿una visión?

—Sí. —Y se reía—. Anda, dame un abrazo, enhorabuena, mujer.

—Ya verás que te las apañas bien, si no, tu hombre te mete una chica que los lleve a la guardería y haga la casa, te ayude a bañarlos, la cena y se vaya.

—Con eso no me da con las novelas.

—Pues del sueldo, ahorra menos.

—Sí, pero Álex no me dejará.

—Juntad ya el dinero y déjate de tonterías, sois una familia. Y ya está. Si gastas tu sueldo, todavía os queda lo de él y las novelas es una pasta, sois ricos, no sé de qué te quejas.

—Me gusta ahorrar.

—Pero si tienes casi un sueldo para ahorrar. ¡Qué hija tienes! —le decía Sergio a Estrella.

—Anda, vamos a casa, estoy muerta de hambre.

—Comemos fuera, Estrella —le dijo Sergio—, no vas a ponerte a hacer ahora nada.

—Es verdad, mamá, venga, comemos fuera pescadito, que se me apetece.

Durante el resto de las vacaciones hablaba con Álex, pero no quiso decirle nada, pero ella pensaba ya en dejar a Arnie aún en su cuarto; era aún pequeño, y compraría una doble para las chicas.

Sería mejor contratar a una mujer para todos los días cuando las tuviese y que le ayudara a llevar a los chicos a la guardería, y a bañarlos, y se encargara de la casa, así ellos solo estarían un rato con ellos y el fin de semana.

Como dijo su madre, su sueldo iría en eso y en los gastos y comida, aunque gastara todo lo de ella, aún quedaba el sueldo de Álex, se quejaba por gusto. Esa no era la cuestión.

La cuestión era que ahora iba a tener dos hijas de Álex y no sabía ni cómo iba a decírselo, además, ya estaba de tres meses y medio y Álex iba a notarlo en cuanto llegara.

Esos días en que estuvo en Málaga fue cuando le salió la mayor parte del vientre. No podía disimularlo.

Intentaba no ponerse en la cámara del móvil de cintura para abajo para que él no la viera.

Cuando llegó la hora de irse, la noche anterior, se había despedido de sus padres. Este le dio un cheque para los pequeños.

—Papá, no hace falta que me des nada, tengo dinero.

—No es para ti, es para mis nietos, quiero que te cuides mucho, cielo, y llames.

—Os llamo casi todas las semanas, papá, o al menos dos veces al mes.

—Me envías fotos.

—Por supuesto. Te quiero.

—Y yo a ti, pequeña, ten cuidado y ni hagas esfuerzos.

—Tendré cuidado, claro.

La noche siguiente, su madre y Sergio la llevaron al aeropuerto, facturó todo excepto la bolsa del pequeño y su bolso, como cuando vino.

Cuando se despidió de ellos, se fue con lágrimas en los ojos, su madre y ella. Lo habían pasado tan bien...

—Vamos, vamos —dijo Sergio—, cuando tengas a las niñas, a lo mejor vamos.

Y la madre miró a Sergio.

—¿De verdad?

—Sí, mujer, iremos a ver a nuestros nietos.

Porque Sergio no había tenido hijos y nunca se había casado. Y ella para él, era como una hija. Lo quería mucho.

—Gracias, Sergio. —Lo abrazó—. Eres como un padre para mí.

—Venga, que se te va el avión y no queremos que el papá no sepa lo que le espera.

Dormitó un poco en el avión. El pequeño Arnie fue durmiendo todo el viaje y cuando llegó, allí estaba su hombre fuerte y alto, esperándolos. Ella salió con la maleta, el niño y los bolsos, y él se acercó a ella deprisa, le cogió el niño y la maleta y la abrazó, besándola.

—Te quiero, Nerea, ¡Ah, Dios! Te he echado tanto de menos, mi niño —Y lo besaba—. ¡Qué grande y moreno viene!

—Tú tampoco estás mal, mi *güero*.

—¿Tu *güero*?, ¿qué has leído novelas o qué?

—No *mames*, *guey*.

—¡Será posible esta mujer! —Y Álex se reía.

—¡Ay, te quiero Álex!, vamos a casa.

—Anda sí, te vas unos días a España y vienes hablando palabras mejicanas de telenovela.

—¡Ah, mi hombre! Ya no recordaba lo grande que eres.

—Y lo que voy a hacerte.

—Cuando se duerma este monigote.

—Exacto.

Llegaron a casa y...

—¡Por fin!

—Por fin estamos en casa, Arnie, mira tus cositas...

Y lo dejaron en el parquecito jugando.

—Necesito una buena ducha, mi amor —le dijo ella.

—Venga, yo tengo cuidado de él, tranquila.

Se duchó y salió con un camisón corto.

—¡Ah, Dios, nena!, ¡qué guapa!

Y metió la mano entre sus muslos.

—Pervertida, no llevas nada.

—No, espero a ver qué haces después de tantos días.

—¿Qué hago? —Mordió sus pezones que se le transparentaban y se quitó la ropa, la tumbó en el sofá y entró en ella como hacían siempre.

El niño era ajeno a ellos y a sus gemidos, al amor que se tenían, al clímax cálido y ardiente en que acabaron.

—¡Ay, mi amor!, te he echado tanto de menos...

—No tanto como yo, chiquita.

Después de hacerlo otra vez de nuevo y no cansarse de besarla...

—¡Estás loco!

—Es que te he necesitado tantos días...

—Vamos a recoger un poco.

—Pero no te pongas nada, ¿vale?

—No me pongo, a ver quién es ahora el perverso.

—Hay que bañar al pequeño.

—Yo baño a mi niño.

—Vale, lo bañas y deshago las maletas, tengo que poner coladas y le hago el desayuno y para nosotros. ¿Has desayunado, Álex?

—No, solo tomé un café.

—Pues venga.

Y en tres cuartos de hora todo estaba recogido y el niño desayunando.

—Han limpiado esta mañana y cambiado las sábanas.
—¡Qué hombre tengo!
—Ahora desayunamos nosotros, no hay prisa, me tomo un café mientras.
—Cielo...
—Dime, nena.
—¿No me notas nada raro?
—¿Qué quieres que te note?
—Mira la barriga.
—¿Qué pasa?
Y ella se estiró el camisón.
Y soltó la taza.
—Eso es...
—Sí, mi amor, estoy de nuevo embarazada, me van a echar del colegio.
—¿Es mío?
—No, del vecino.
—Guasona, ¿de verdad?
—Sí y no es tuyo, son nuestras.
—¿Qué son nuestras? ¿No irás a tener dos?
Y le dio la ecografía que había sacado.
—Pero, Nerea, son dos...
—Sí, niñas idénticas como tu hermano y tú.
—¡Madre mía! —Lo vio rondando el salón.
—Para, o me vas a marear, que Arnie está desayunando y se va a poner nervioso. Tengo barriga, cielo.
—Pero yo no sabía que...
—Bueno, di algo.
—¿Qué quieres que te diga que no te quiero?
—Puedes decirme lo que quieras.
—Sí. —Y se acercó a ella por detrás.
—Te amo, Dios, nena, vamos a tener tres hijos en dos años.
—Lo sé —dijo ella preocupada.
—¿No querías?
—Sí quería hijos tuyos, al menos uno, pero dos, Álex...
Y él se reía.
—Soy potente.
—Ya veo que lo eres, por eso cuando los tengamos te vas a hacer una vasectomía, sabes que no puedo tomar pastillas.
—No importa, me hago lo que sea.
—No quiero más y tengo miedo de tener dos, si me hacen una cesárea.
—Bueno, yo estaré contigo.
Y cuando terminó de darle de comer a Arnie lo sentó en el parquecito de nuevo a jugar.
—Ven aquí.
—Tengo hambre.
—Vamos a hacer la comida.
Y se puso tras ella y la cogía por la cintura, se agachaba y la besaba en el cuello.

—Tonto, que no me dejas. —Se reía ella.

—¿Me quieres?

—Claro que te quiero, te amo, voy a tener dos hijas tuyas.

—Nerea, estoy emocionado, esto es una locura.

—Dímelo cuando tengamos tres pequeñitos y nos gastemos una pasta en guardería y demás.

—Su papá gana dinero.

—Y su mamá.

—Entonces, ¿qué problema tienes?

—Ninguno, salvo que te amo, pero me preocupa el trabajo.

—Nadie te va a echar del trabajo por cuatro meses de maternidad, les pongo una buena sanción.

—Loco.

Fue terminar de comer y ella recogió. Se lavaron los dientes. El pequeño se había quedado dormido y ellos se tumbaron en la cama, se llevaron al pequeño con el parque a la habitación.

—Ven, aquí estamos mejor en la cama.

—Desde luego, hasta la noche no me llames.

—Yo lo cuido, le daré su comida. Tú descansa.

—¡Ay, mi amor! Estoy muerta de toda la noche de viaje.

—¡Déjame verte desnuda!

Le quitó el camión.

Y le miró el vientre.

—Es verdad, no me había dado cuenta antes.

Y la acarició y la besó en el vientre y bajó más abajo.

—Nene, mi *güero*...

—¿Qué?, tu *güero* va a hacerte algo para que te duermas. —Entró en sus nalgas y tras quedarse en su boca, se quedó dormida, y él se quedó abrazándola hasta que el niño se despertó. La besó y se llevó al pequeño en el parquecito y le dejó la puerta cerrada para que descansara.

Eran las siete de la noche cuando despertó.

—Álex —llamó.

—Estoy aquí, cielo, en el salón.

Y se echó agua en la cara y fue a buscarlo.

—Estaba muerta.

—Dormilona. —La abrazó.

—¿Y el pequeño?

—Ya ha cenado y acabo de acostarlo.

—¿Has cenado?

—No, te esperaba para pedir.

—¿Y qué has comido a mediodía?

—Un bocadillo grande. ¿Quieres chino?

—Sí, tengo hambre.

Y mientras cenaban ella le contó lo que habían hecho, que sus padres le habían dado un cheque para los pequeños. Lo bien que lo habían pasado. Que lo amaba, que era verdad que no podía pensar en otra cosa.

—Amé a tu hermano, pero te amo, Álex.

—Lo sé, pequeña, estoy seguro de que me amas.

—Pues quiero que no pienses en nada más.
—No lo voy a hacer, no me va a dar tiempo, tenemos que sacar la otra habitación.
Y ella se reía.
—Al menos nos dará para ponerlas a las dos en ella con el dinero de mis padres.
—Y ahora, nena, nada de yo pago. Somos una familia al uso, todo es de todos, y no hay discusión posible.
—Si tú lo dices, tú ganas más, sales perdiendo.
—Nunca perderé nada contigo, he ganado tres hijos.
—Que te costarán el ojo de una cara.
—Nos costarán, ¿pero no merece la pena?
—La merece.
—Jamás pensé tener hijos contigo, creía que no querías más hijos.
—No era cuestión de dos, pero claro que quería uno tuyo, soy hija única y quería al menos otro contigo, te mereces tener un hijo.
—Pues voy a tener dos princesas.
—Pues sí.
—Tenemos que pensar en nombres.
—María, como dijimos cuando lo de Arnie.
—Mi madre estará encantada, ¿y la otra?
—Pues la otra abuela no puede enfadarse —dijo Nerea.
—Por supuesto que no. —Se reía Álex—. Me gusta Estrella. Es precioso.
—Pues ya podemos ponernos manos a la obra para pintar de nuevo.
—Rosa.
—Y malva.
—Creo que no hay tantas cunas juntas en una casa en Manhattan.
—Eso no lo sabes.
—¡Ay, mi amor!
—Ya te tengo en casa. ¿Vamos a Miami?
—Sí, deja al menos dos días de descanso y le damos la noticia.
—Sí.
—Al menos que tenga las coladas hechas.
—Te quiero.
—Y yo.

Pasaron tres días en Miami, no podían estar más, porque se les acababa el tiempo para entrar al trabajo, pero hicieron una comida familiar y celebraron el embarazo de los hijos de Álex.

—*Mijo*, te quiere, lo sabía —le dijo su madre.
—Sí, mamá.
—Y va a llevar una tu nombre, Arnie y el de la madre de Nerea. Ha sido cosa suya.
—Mis hijos tuvieron mucha suerte con la misma mujer.
—Me quiere, mamá.
—Lo sé, como quiso a tu hermano, pero tú eres el hombre de su vida, cómo te mira. Y serás un buen padre para el hijo de Arnie.
—Es mío, mamá. Jamás haré diferencias entre ellos.

—¡Ay, *mijo*, te quiero! Creo que has tenido mucha suerte con Nerea, me encanta, es tan familiar...

—Lo es, siempre está pendiente de mí. La adoro que me perdone mi hermano y se abrazó a su madre llorando.

—Vamos, mi hijo, tu hermano y tú, erais uno solo, vinisteis en el mismo sitio.

—Pero a veces creo que le estoy quitando su vida.

—No pienses en eso, *mijo*, él te la ha regalado, no seas infeliz, te la ha dado para que la cuides, para que seas feliz. Nadie tiene la culpa de lo que pasó, fue un accidente y desde donde esté estará feliz con los dos, venga.

—Te quiero, mamá.

—Lo sé, hijo, esta tarde vamos los dos a ver a tu hermano, no le digas nada a Nerea no quiero que llore, ahora que está embarazada y feliz.

—No, vamos los dos.

Y por la tarde salió con su madre a la tumba de su hermano y lloró sobre ella, últimamente lloraba, pero él, que jamás había llorado por nada ni incluso en las guerras, por su hermano aún estaba afectado, no había podido salvarlo porque la salvó a ella.

—Si la salvaste a ella, mi niño, es porque estaba embarazada de su hijo, no podía pedirte mejor cosa que salvar a su hijo.

—Tienes razón.

—Pues quiero verte alegre, feliz, contento, como él era y tú también, con tu gran familia. ¿Me oyes?

—Sí.

—No te puede ver triste, mi amor, no puede llevar todo ese peso, ella también se siente culpable porque ahora estáis enamorados, y ella lo puede todo.

—Cuando nazcan las niñas y pase un par de años quiero casarme con ella, como le gusta.

—¿En Miami?

—Sí, aquí lo haremos.

—Sí, se merece una boda bonita, y con toda la familia.

—Vamos a casa.

—Sí, mi hijo. —Le dejaron las flores. Limpiaron la lápida y se fueron a casa.

Su madre tenía razón, siempre había sido para él una fuente de sabiduría, un relax hablar con ella. A pesar de no tener estudios era más sabia que cualquier mujer. Había sido una buena madre para sus hijos, comprensiva y analizaba todo, y ella misma tenía su propio dolor, porque había perdido a su hijo y, sin embargo, debía consolarlo a él.

Sus hijos siempre habían querido a su madre, todos, y le consultaban sus problemas; no había nada que María no supiera de sus hijos.

CAPÍTULO NUEVE

Diez años después...

- Vamos, Estrella, María, Arnie, ¿estáis vestidos ya?
- Sí —dijeron los niños.
- Venga, que los abuelos están esperando, los papás se casan y vamos a llegar tarde.
- Papá, el novio llega primero, pero tú ya estás casado con mamá —decía Arnie.
- Sí, pero nunca tuvo una boda bonita, como ella siempre quiso.
- Arnie, ¿llevas las alianzas?
- Sí, papá, ¿estás nervioso?
- Este niño...
- ¿Estamos guapas? —dijeron las gemelas dándose la vuelta con sus vestidos.
- Estáis preciosas.
- ¿A que el vestido es como el de mamá?, eso dice la abuela.
- No he visto el vestido de tu madre, no puede verse, es un secreto.
- ¿Por qué es una sorpresa?
- Sí, mi niña.
- ¡Ah, bueno!
- Yo llevo los pétalos de flores.
- Yo, las arras, el dinero, ¿me lo puedo quedar luego, papá? —decía Estrella.
- Esta niña va para usurera.
- No, esos se guardan como recuerdo. Yo te daré algo luego.
- Y a mí.
- Y a mí.
- Venga, ¿cómo está papá?
- Guapo.
- Pues, hala, idos con el abuelo y la novia, yo voy delante con la abuela María en otro coche.
- Vale, ¡qué guapo estás, papá!
- ¿Estoy guapo?
- Eres joven.
- Con cuarenta y dos.
- Eres el papá más guapo del mundo. Eso dice mami.
- Os quiero, bichos. Venga...

La esperaba en la iglesia Nerea. Aún no había cumplido los treinta y ocho, los cumpliría a finales de marzo, pero nunca pensó casarse como siempre soñó, hasta que Álex se lo propuso, una noche en que se la llevó a cenar solos.

Fueron años duros con los pequeños, para sacarlos adelante. Con las niñas le tuvieron que hacer una cesárea, pero estuvo al lado de los suyos siempre.

Y compensó, tuvieron una chica que cuidaba a los niños hasta que los dejaba bañados, los llevaba a la guardería, luego al colegio donde estaban ahora, y les dejaba la casa recogida y la

comida hecha. Luego ella ayudaba con los baños y la cena, y así tenía tiempo de preparar sus clases y las novelas.

Álex se hizo una vasectomía y la hicieron fija en el instituto.

Cuando habló con el director le dijo que tuvo miedo por tener tantos hijos. Pero este le dijo que era una buena profesora y que estaría siempre con ellos. Así que cuando le renovaron el contrato fue para siempre, ella no pudo ser más feliz, porque le encantaba el trabajo.

Álex no podía subir más de escalafón, pero sí pidió traslado a una comisaría que quedó libre en Manhattan, cerca de casa y era más tranquila y estaba más cerca de casa.

Habían ido esos años a Miami y a Málaga.

Y ahora la esperaba en el altar y miró al cielo para que su hermano le diera su bendición.

Había superado sus miedos y su culpa. No tenía ni tiempo de pensar.

Las gemelas dormían juntas y tenían una mesa en su habitación para hacer sus deberes, y para sus juguetes. Arnie también tenía una habitación para él solo.

Alex dijo que comprar un piso más grande, pero ella dijo que no, que los niños crecerían y se irían, y que no necesitaban más habitaciones, le encantaba su casa, y no iban a meterse en préstamos, que el dinero que ahorraran era para los estudios de los niños.

—Tienes razón, cielo.

—Como siempre.

—Como siempre no.

—Ah, ¿no?

—Algunas veces, otras tienes tu carácter.

—¿No te gusta mi carácter?

—Algunas veces.

—Mira, mi *güero* que te enteras, no *mames* eh, *pinche*.

Cuando se enfadaba, le sacaba las palabrejas mejicanas de las telenovelas. Y terminaban haciendo el amor.

Cuando Nerea entró por la puerta de la iglesia estaba nervioso. Su madre y él esperaban en el altar, su familia y la de Nerea, los amigos y la familia.

Y ella era la mujer guapa que su hermano le enseñó en el móvil una tarde. Era una mujer preciosa y se casaría con ella todos los años, porque no había sido más feliz. Y no era porque no se le habían insinuado mujeres, pero él solo tenía ojos para su pequeña Nerea. Si lo supiera se pondría muy celosa.

Y ahí estaba caminando hacia él, porque la necesitaba. La amaba. Y eso no cambiaría nunca.

Era 14 de febrero, sábado, día de los enamorados. Más romántico no pudo ser con ella. Apasionado, ya lo era, Nerea lo sabía, pero ese día lo recordarían toda la vida.

Y fue suya en cuerpo y alma para lo bueno y para lo malo, en la salud y en la enfermedad, ante Dios.

—¡Te quiero!

—¡Te quiero, mi *güerito*!

—Te quiero, mi *güerita*!

Cuando todo pasó, la boda, los votos, las alianzas y el beso que se demoró más de la cuenta.

La comida, fiesta y baile...

Dejaron a los niños en Nueva York con la madre de ella y Sergio, y la llevó a París de viaje de novios una semana.

Eso fue un detalle y un regalo que ella no lo esperaba.

—Hace frío en París en este tiempo —dijo ella.
—Y ¿a nosotros qué?, llevamos un buen abrigo.
—La ciudad del amor.
—La ciudad de la luz.
—Tenemos que recorrerla entera.
—Por supuesto que sí, mi niña.
—¿Quién iba a decirme que nos íbamos a casar otra vez?
—Quería que tuvieras la boda de tus sueños.
—Ya tengo conmigo al hombre de mis sueños.
—¿Soy el hombre de tus sueños?
—Eres el hombre de mi vida.
—¿Y ahora qué digo yo?, ¿eh?
—No digas, haz, estoy esperando.
—Pervertidilla...
—Sí, es que siempre te deseo, bueno, esto solo. —Y tocaba su miembro.
—¡Malvada!

Y se ponía encima de él y lo dejaba entrar en su cuerpo rozando sus sexos y él le cogía los pechos y mordisqueaba sus pezones.

—Nena, estás más buena que a los veintiséis.
—Me has enseñado mucho, moreno.
—¿Tú crees?
—No creo, estoy segura.

Y conseguía que ella tuviese dos orgasmos moviéndose en ella, penetrándola y embistiéndola en cualquier rincón.

—Tienes razón en una cosa —le dijo cuando descansaban.
—¿En qué?
—En que ahora que son más grandecitos hay que tener cuidado.
—Te lo dije, la casa está llena.
—Como no cerremos la habitación...
—Y a la carrera...
—Habrá que hacerlo.

Y Álex se reía.

—Pero ahora no.
—No, ahora puedes tomarte el tiempo que quieras.
—¿Y si no vemos nada?
—Sí que vamos a ver, da tiempo de todo, mi amor.
—Ummm... ven, mi *güerita*.
—¿Te va gustando?, ¿eh?
—Sí, eres mi *güerita*, pero yo nací en Estados Unidos.
—Pero eres mejicano.
—Tu mejicano guapo.
—Tienes razón, mi amor.
—Ven aquí, calentita *güerita*.
—¿Para qué?
—Ya lo sabrás...

ACERCA DE LA AUTORA

Erina Alcalá es poeta y novelista, nacida en Higuera de Calatrava, Jaén, Andalucía, España. Ha impartido talleres culturales en el Ayuntamiento de Camas, Sevilla. Ha ganado varios premios de poesía, entre ellos uno Internacional de Mujeres, y ahora escribe novelas románticas de corte erótico. También colabora con Romantic Ediciones en las que encontrarás parte de sus novelas. También publica en Amazon en solitario con bastante acierto entre sus lectores.

Entre sus obras, por orden de publicación encontrarás:

- 1 *Una boda con un ranchero* (Romantic Ediciones) (Serie ranchos romántico-erótica).
- 2 *Un amor para olvidar* (Romantic Ediciones) (Serie romántico-erótica).
- 3 *Cuando el pasado vuelve* (Romantic Ediciones) (Serie romántico-erótica).
- 4 *Un vaquero de Texas* (Romantic Ediciones) (Serie ranchos romántico-erótica).
- 5 *Tapas en Nueva York* (Romantic Ediciones) (Serie romántico-erótica).
- 6 *Otoño sobre la arena* (Romantic Ediciones) (Serie romántico-erótica).
- 7 *Tu rancho por mi olvido* (Romantic ediciones) (Serie ranchos romántico-erótica).
- 8 *Una noche con un cowboy* (Serie ranchos romántico-erótica).
- 9 *Pasión y fuego* (Serie romántico-erótica).
- 10 *El amor viste bata blanca* (Serie romántico-erótica).
- 11 *Teniente coronel* (Serie romántico-erótica).
- 12 *La equivocación* (Serie ranchos romántico-erótica).
- 13 *El otro vaquero* (Serie ranchos romántico-erótica).
- 14 *El escocés* (Serie romántico-erótica).
- 15 *El amor no es como lo pintan* (Serie romántico-erótica).
- 16 *La lluvia en Sevilla es una maravilla* (Serie romántico-erótica).
- 17 *Tres veces sin ti* (Saga Ditton, serie romántico-erótica I).
- 18 *Consentida y caprichosa* (Saga Ditton, serie romántico-erótica II).
- 19 *Solo falta Jim* (Saga Ditton, sería romántico-erótica III).
- 20 *Trilogía Ditton* (Saga Ditton completa, serie romántico-erótica).
- 21 *La chica de ayer* (Serie ranchos romántico-erótica).
- 22 *Escala en tus besos* (Serie romántico-erótica).
- 23 *No tengo tiempo para esto* (Serie romántico-erótica).
- 24 *¿Quién es el padre?* (Serie ranchos romántico-erótica).
- 25 *Y tú, ¿qué quieres?* (Serie romántico-erótica).
- 26 *Segunda oportunidad* (Serie romántico-erótica).
- 27 *Te juro que no lo he hecho a propósito* (Serie romántico-erótica).
- 28 *Los caminos de Adela* (Serie romántico-erótica).
- 29 *Ojos de gata* (Serie romántico-erótica).
- 30 *Lo que pasa en Las Vegas se queda en Las Vegas* (Serie romántico-erótica).
- 31 *Un sheriff de Alabama* (Romantic Ediciones) (Serie ranchos romántico-erótica).
- 32 *El número 19* (Serie romántico-erótica).
- 33 *La vida de Eva* (Serie romántico-erótica).
- 34 *El Lobo de Manhattan* (Serie romántico-erótica).

- 35 *El hombre que más amo* (Serie romántico-erótica).
- 36 *¿Estás loca?* (Serie romántico-erótica).
- 37 *Los hijos de Mónica Amder. Cuatrilogía* (Serie romántico-erótica).
- 38 *Un grave error* (Serie romántico-erótica).
- 39 *Natalie no perdona* (Serie romántico-erótica).
- 40 *Yo soy la dueña* (Serie romántico-erótica).
- 41 *Corazón coraza* (Serie romántico-erótica).
- 42 *Esposa a la fuerza* (Serie romántico-erótica).
- 43 *Una visita inesperada* (Serie romántico-erótica).
- 44 *Bea da una última oportunidad* (Serie romántico-erótica).
- 45 *Brenda se lo piensa* (Serie romántico-erótica).
- 46 *Trilogía. Amores en Randolph* (Serie romántico-erótica).
- 47 *Un policía de Virginia* (Serie romántico-erótica).
- 48 *Un marido peligroso* (Serie romántico-erótica).
- 49 *Un vaquero tatuado* (Serie romántico-erótica).
- 50 *Ingenua secretaria* (Serie romántico-erótica).
- 51 *Tu nombre en los olivos* (Serie romántico-erótica).
- 52 *Amores cruzados* (Serie romántico-erótica).
- 53 *Un vaquero difícil* (Romantic Ediciones) (Serie ranchos, romántico-erótica).
- 54 *TRILOGÍA: LAS HERMANAS TORRES. ALICIA* (Serie romántico-erótica).
- 55 *TRILOGÍA: LAS HERMANAS TORRES. JUDIT* (Serie romántico-erótica).
- 56 *TRILOGÍA: LAS HERMANAS TORRES. ELSA* (Serie romántico-erótica).
- 57 *TRILOGÍA COMPLETA: LAS HERMANAS TORRES* (Serie romántico-erótica).
- 58 *A mi secretaria la conozco* (Serie romántico-erótica).
- 59 *Mil citas por Navidad* (Serie romántico-erótica).
- 60 *Me casé con tu padre* (Serie ranchos, romántico-erótica).
- 61 *Silbando al viento* (Serie romántico-erótica).
- 62 *Colgada en Nueva York* (Romantic Ediciones) (Serie romántico-erótica).

ÍNDICE

[CAPÍTULO UNO](#)

[CAPÍTULO DOS](#)

[CAPÍTULO TRES](#)

[CAPÍTULO CUATRO](#)

[CAPÍTULO CINCO](#)

[CAPÍTULO SEIS](#)

[CAPÍTULO SIETE](#)

[CAPÍTULO OCHO](#)

[CAPÍTULO NUEVE](#)

[ACERCA DE LA AUTORA](#)